

NOVELA

# ASFIXIA

**Autora: Michelle Ramirez**

**Seudónimo: Alex Mírez**

**C.I: 24227986**

Muchas cosas pasaron después del primero de septiembre:

La electricidad cesó.

Los relojes de cuerda se detuvieron.

El musgo comenzó a crecer por todas partes.

El silencio se apoderó del mundo.

Los satélites cayeron como lluvia.

Y la historia del hombre quedó en el pasado.

Pero, ¿qué sucedió ese día? Nadie lo supo.

En realidad, nunca hubo una alerta. Nadie dijo: «Los humanos se extinguirán hoy», así que sólo pasó como sucede cualquier cosa. ¿Qué si lo esperamos? Jamás. Despertamos pensando que sería un día normal, y para cuando dio la tarde ya todos se habían asfixiado sin razón aparente.

Sí, como si de repente todo el aire del mundo desapareciera.

«Algo» ocasionó que los habitantes de la ciudad presentaran severos problemas para respirar, por lo tanto, también causó desesperación e histeria. Fue un caos total, a decir verdad, porque todos parecían gusanos retorciéndose en el suelo y emitiendo sonidos extraños.

El día del incidente —como suelo llamarle— me salvé gracias a mi padre, o creo que fue así. Con sus últimas fuerzas logró encerrarme en el sótano, en donde por el miedo me desmayé. Al despertar tenía una máscara puesta en el rostro y demasiadas dudas, así que salí en busca de mi familia, pero sólo encontré muertos en las calles, en las casas, en los establecimientos y en toda la ciudad.

Poco después, sin comprender cómo era que la población había fallecido, me enteré de que formaba parte de un pequeño grupo de supervivientes conformado

por seis personas de diferentes ciudades que, al igual que yo, no le hallaban explicación a lo que había pasado.

A los seis los encontré tres semanas después del incidente, al abandonar mi ciudad natal porque se había quedado sin luz eléctrica, y terminé viviendo con ellos porque para ese entonces era una niña asustada, débil y desesperada; una persona incapaz de sobrevivir por sí sola.

No nos conocíamos, incluso desconfiábamos unos de otros, pero así intentamos iniciar una nueva vida. Si es que a eso se le podía llamar «vida».

Hicimos muchas cosas durante el primer año, pero supongo que vale la pena mencionar las más importantes.

Encendíamos la televisión esperando encontrar señales de vida en otras ciudades o países, pero no había programación, tampoco radio, ni mensajes, ni señales, nada. Lo único que había eran millones de cuerpos descomponiéndose, millones de malditos cadáveres emanando olores nauseabundos que requerían que usáramos máscaras para poder movernos por las calles, pues era el único modo de no vomitar por el asco.

También viajamos a otras ciudades, pero en todas encontramos lo mismo: malditos cadáveres. Cuerpos que después de seis meses, reposando al aire libre, aun se mantenían en un casi perfecto estado; un hecho que Diana — integrante de los seis— se había propuesto estudiar.

Después de esos viajes, estuvimos más que seguros de que éramos las únicas personas con vida, así que con el pasar del tiempo no llegó nadie más.

Éramos siete personas en el país, siete personas que de día intentaban llevar una vida como si nada hubiera pasado, pero que de noche lloraban a escondidas mientras pensaban en el suicidio como una vía rápida para huir de lo inexplicable.

Las noches en un mundo despoblado eran incluso más frías, porque —según Diana— sin los millones de humanos que produjeran dióxido de carbono, el ambiente se volvía más fresco.

Perder a todas las personas fue una pesadilla. Ver la ciudad repleta de malditos cadáveres, también, y parecía absurdo, pero aunque los humanos fuesen el mayor peligro para la tierra, esta era nada sin ellos.

Los animales también habían muerto —un hecho que podía impedir nuestra supervivencia— por lo tanto, el silencio era casi ensordecedor. Ni siquiera había

una mosca que zumbara alrededor de nuestros oídos o un zancudo que osara alimentarse de nuestra sangre, y ni siquiera había zumbido, sólo silencio espeso del que podía inducir locura.

Nos quedamos completamente solos.

Así que pasé los días del primer año sentada frente a una de las ventanas de la casa en donde habíamos decidido alojarnos, dedicándome sólo a mirar el cielo mientras me preguntaba cómo aquello había sucedido, y cómo era que nosotros siete seguíamos con vida.

Poco a poco caí en la depresión, fue inevitable. Me convertí en una muchacha callada que casi nunca entablaba conversación con alguna otra persona del grupo. Hablaba nada más que para preguntar lo necesario, agradecer por la comida o instruirme en alguna tarea.

Lo único bueno fue que con el grupo aprendí lo básico para la supervivencia, y cuan necesario era el uso de la gasolina. Dan, el policía, me enseñó el manejo de nuestra pequeña central eléctrica a base de energía eólica, la que usábamos para seguir teniendo una vida más o menos parecida a la que habíamos perdido; también me enseñó a elegir enlatados que duraran mayor tiempo, y de qué forma abrir cualquier auto por más cerrado que se encontrara.

Y así pasó el primer año.

Cuando llegó el segundo, los seis comenzaron a morir.

Inició en octubre, para ser específica. Fue repentino y muy desgarrador para mí. Los veíamos bien una noche y al día siguiente encontrábamos sus cuerpos sin vida. ¿Cómo sucedía? Ni siquiera lo sabíamos, porque sus cuerpos inertes no se parecían a aquellos que habían muerto por asfixia. Parecían haber muerto de forma natural.

Diana falleció primero, tenía cuarenta años. Aunque se había pasado casi la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación realizando análisis —porque era doctora en algo que nunca me esmeré en recordar— lo más relevante que nos dijo fue que la naturaleza presentaba un cambio un tanto alarmante; que el color natural de las plantas se había transformado en un tono opaco, y que las hojas de los árboles habían adquirido un matiz rosáceo bastante curioso. Además de eso nos advirtió que, raíces de un tamaño enorme y anormal, estaban surgiendo de la tierra y que aquello era inexplicable.

Ella murió el primero de octubre de 2020.

Susy, una anciana, nos dejó después. Fuerte, decidida y muy inteligente, se aseguró de mantenernos cuerdos sin recurrir a las mentiras. Murió el primero de noviembre de ese mismo año sin aportarnos nada importante sobre el suceso.

De tercero siguió Dan, mi instructor, el hombre al que le debía mis conocimientos adquiridos durante el tiempo de soledad. El policía más noble que había conocido, una compañía que, al irse, le había sumado otro vacío más a mi alma. Falleció el dos de diciembre.

Un mes después nos dejó Jackson ya casi entrado en los cincuenta. Su vocación fue profesar la palabra de la religión a la que había pertenecido. Sus días consistieron en vociferar que lo sucedido era un castigo de Dios y que los que sobrevivimos éramos los elegidos para ir al paraíso.

Murió el tres de enero de 2021.

Quino, el quinto del grupo, murió el cinco de marzo a la edad de treinta años. Adicto a la lectura, muy culto y muy preciso. Formuló muchas teorías junto a Dan, pero omitíamos sus palabras porque casi siempre terminaban discutiendo. Él nunca aportó nada sobre el incidente, porque, de hecho, había llegado a decir que esperaba la muerte como si de un vecino se tratase.

Cuando el ocho de abril murió Marie, la pequeña de quince años y la última que quedaba del grupo junto a mí, me había quedado sentada en el piso mirando su cuerpo, preguntándome si pronto sería mi turno, si finalmente me iría. Me pregunté si la muerte dolería, pero entonces me di cuenta de que el dolor físico que pudiera sentir, no sería más fuerte que el dolor emocional que experimentaba en esos momentos. Sólo debía esperar. Tenía que seguir esperando; pero pasaban los días y no moría.

Ni siquiera sé por qué no morí.

Esperé y esperé, pero no llegó, y entonces me cansé de aguardar por ello. Me vi obligada a aceptar la realidad, y me detuve a pensar si realmente quería quedarme sumida en la depresión, mirando a través de la ventana.

Ese día entendí que no iba a morir, y si no iba a morir, tampoco me iba a quedar encerrada para sólo sufrir, así que me obligué a cambiar, a verme como la única persona que quedaba, y me exigí comprender que lo que debía hacer era sobrevivir. Decidí no pensar más en lo que me agobiaba y salí de aquella casa con una actitud diferente.

La depresión comenzó a desvanecerse y a hacerse presente sólo durante algunas noches. Un instinto de exploración se desarrolló en mí y comencé a pasear por las calles tratando de encontrarle algún sentido a mi existencia.

Decidí mudarme de nuevo de ciudad, porque el lugar en donde había vivido con los demás estaba impregnado con el eco imaginario de sus voces. Tomé un auto, conduje hacia algún lado y llegué a un pueblo al que le había faltado la llegada del desarrollo; en él escogí la casa más bonita y luego fui al supermercado más grande para abastecerme con los enlatados que aun estuvieran aptos para ser consumidos. Mi dieta se basó en algunas ensaladas con plantas que podían ser digeridas, granos, y, además, algunos trigos que prometían durar hasta treinta años.

También había tenido que encontrar otro pasatiempo además de la lectura, algo que me hiciera pensar poco, así que usé todos mis conocimientos en electricidad —aquellos que había obtenido de Dan— y con gasolina, plantas eléctricas y energía eólica, obtuve la electricidad necesaria para poder disfrutar de ciertas comodidades. Conecté una consola y hallé en los videojuegos una forma de maximizar mi concentración y de minimizar los pensamientos de soledad.

Después de eso viví cómo cualquiera lo hubiese querido, pero sola. Tomé todos los autos que aun podían conducirse, junté todo el dinero que había en los bancos —aunque no me servía de nada— y rompí las reglas de conducta social que pudieran existir. El mundo se convirtió en mi mundo, y durante las tardes de aburrimiento incluso me divertía un poco creando leyes y estatutos como:

Toda la comida es gratis.

No existen las escuelas.

Queda establecida oficialmente la paz mundial.

Quedan disueltas las religiones.

Porque con dieciocho años aún tenía un alma adolescente que surgía de vez en cuando.

Algunas veces me preocupaba mi salud mental, aunque ser una desequilibrada no debía ser grave si no había nadie más en la tierra que pudiese tacharme de loca.

Llegué a pensar que ya estaba cruzando la línea que separaba la cordura de la demencia, porque durante tres meses mi único pasatiempo había sido juntar

los cadáveres del pueblo que tenían un peso ligero para, en un acto de entero respeto, quemarlos y no tener que pasar sobre ellos al caminar por las calles.

En el transcurso de esos tres meses pude darme cuenta de que lo que Diana había querido investigar tenía mucho sentido, porque, después de dos años, los cadáveres se habían transformado en una masa de carne amorfa no descompuesta y putrefacta.

No necesitaba haber estudiado medicina para comprender que algo no estaba sucediendo como debía suceder, y que un cuerpo no lucía de esa manera luego de tanto tiempo, pero viéndome inhábil para analizar esa rareza como un científico lo hubiese hecho, lo único que podía hacer era especular y seguir mi camino.

Entre los pasatiempos que se me ocurrían, la soledad era como una moneda lanzada al aire. Cuando caía por un lado, mi día era interesante y entretenido, y el hecho de que no hubiese nadie más, era beneficioso; cuando caía por el otro lado, no salía de casa ni por un momento, lloraba por horas y el suicidio era lo único que rondaba mi mente.

Cada día podía ser distinto, pero yo siempre era la misma, aunque por suerte había aprendido a controlar mis emociones para que no fuesen tan volubles. Me adapté al desierto que se había convertido el mundo, pero en el fondo extrañaba escuchar otras voces y deseaba compartir con alguien más todo lo que tenía. Pero eso no sucedería, porque, probablemente, era la única persona que quedaba en el mundo.

Ya no había nadie más.

...

Un primero de agosto me encontraba en la vieja tienda de videojuegos. Era apenas medio día y así el pueblo no se veía tan mal, porque de día todo era mejor y de noche lucía macabro gracias a la oscuridad, como si fuese un pueblo embrujado.

Para distraerme tomé algunos juegos de consola. Lamentablemente no había nada nuevo y los títulos se habían quedado en el año dos mil diecinueve, pero me conformaba con lo que podía encontrar.

Al menos me distraían, hacían que mi mente se pusiera a trabajar y eso era lo único que necesitaba para soportar el día a día.

Guardé los juegos dentro de la mochila que siempre llevaba colgando de los hombros y salí de la tienda. Me cubrí el rostro con una máscara de gas. Lo hacía a menudo por si llegaba hasta el pueblo alguna emanación toxica proveniente de las industrias de las grandes ciudades, aunque también servía para no vomitar por el hedor que producían los malditos cadáveres que aun reposaban en sus sitios.

Las calles asfaltadas tenían musgo y en algunas aceras la hierba se expandía, amenazando con apoderarse de todo en el futuro. Los autos estaban en las mismas posiciones, algunos estrellados contra otros y unos pocos bien estacionados. De ellos había extraído toda la gasolina posible.

La tierra sin humanos se había transformado, pero los cambios en tres años no habían sido tan drásticos. Llovía menos y el aire estaba más limpio en los pueblos. Estaría a salvo mientras que no me alcanzara la contaminación nuclear, eso también lo había aprendido de Dan.

Me coloqué los audífonos para tener algo que escuchar y comencé a andar rumbo a casa. Podía trasladarme en auto, porque tenía uno —en realidad tenía todos los autos que aún funcionaran— pero a veces me gustaba alargar el camino y ejercitar las piernas.

Mientras avanzaba, inmersa en la letra de la canción, me encontré ante los restos de dos grandes faroles que probablemente habían caído por el deterioro de su estructura. Los rodeaba una enorme y verdosa raíz de aquellas que, misteriosamente, habían comenzado a aparecer en distintas partes de la tierra; y en el piso también se veía una larga y profunda grieta que el mismo tubérculo había causado al salir. No podía pasar por ahí, ni siquiera trepar, y no lo recordaba porque casi nunca andaba por ese camino.

Evalué mis alrededores para buscar alguna vía alternativa y vi un callejón angosto que podía dar salida al otro lado de la calle. Lo tomé como ruta. Cuando llegué al final, segura de que encontraría la carretera principal de nuevo, me desorienté. Salí al inicio de una calle que daba a una pequeña y reservada urbanización.

Me llamó la atención la última vivienda de la esquina. Tenía un lazo de color negro sobre la puerta de entrada, como cuando alguien moría y la familia quería encargarse de que supieran que estaban de luto.

Aunque temía encontrar otro cuerpo mal oliente, me adentré en la casa por pura curiosidad, porque era de día y porque así cualquier cosa me asustaría menos. Era valiente, pero estaba completamente sola. Si escuchaba algún ruido, sufriría un «infarto diarreico» término que había inventado porque era la dueña de todo y porque no había nadie que pudiera corregirme, ¿qué más daba?

Abrí la puerta con confianza, así como entraba a todos los lugares de la ciudad, y me introduje. Percibí el ambiente familiar de inmediato. Una sala, cocina, armario y jardín vacíos, por suerte. Imaginé una familia de cuatro, con dos niños y una madre cariñosa que había dejado una tarta en la ventana. Para ese momento ya estaba podrida y de seguro, de no haber sido por la máscara, habría comprobado que olía muy mal.

«Una lástima que nadie haya podido saborearla», pensé.

Subí las escaleras y en el segundo piso encontré lo que habría querido evitar. Había una mujer en el suelo de la habitación principal. El maldito cadáver estaba en muy mal estado. Su piel hinchada y difícil de descifrar había adquirido un color negro, y sus extremidades daban la impresión de estar tiasas. En la mano, o al menos lo que quedaba de ella, brillaba algo que pude reconocer cómo un relicario de oro.

Lo tomé para fisgonear.

Salí de la habitación, me detuve en medio del pasillo y miré el interior del relicario. Lo que había eran dos fotos bastante bonitas: una mujer y un niño de unos diez años. Supuse que la mujer era la que estaba inerte, y que, si seguía en aquella casa, lo más probable era que me encontrara con el cadáver de un infante que no quería ver.

La imagen madre e hijo me conmovió. No podía dejar ese objeto desvanecerse en el olvido, así que lo guardé en mi mochila y me dispuse salir de allí, pero antes de bajar las escaleras vi que una de las habitaciones estaba abierta y que, en su interior, adherido a la pared, había un poster de *Arctic Monkeys*—mi banda favorita— que podía tomar para decorar mi casa. Entonces, sólo por eso me atreví a atravesar la puerta. Me pregunté si había sido la habitación de una chica, pero rápidamente me di cuenta de que era la de un chico, porque todo era muy simple, porque había ropa masculina en el suelo e incluso una revista *playboy* sobre la cama.

—Al menos se divertía —murmuré mientras miraba la portada de la revista.

No había nada interesante ahí salvo por un pequeño libro sobre un viejo escritorio de madera. Tenía una tapa de cuero negro y un raro símbolo en el lomo, como de una flor. Lo tomé, intrigada, y entonces lo abrí en la primera página.

### ESTE LIBRO PERTENECE A LEVI H.

—Veamos qué escribías, Levi H —dije en voz alta sin apartar la mirada del libro.

La primera hoja estaba en blanco, así que pasé a la segunda y vi que algunas páginas habían sido arrancadas. Me pregunté por qué, pero avancé hasta encontrar las letras y comencé a leer desde donde se podía:

Primera anotación de Levi:

Algo muy malo va a ocurrir. Lo sé porque el abuelo no deja de repetir: «tienes que estar preparado». Me gustaría preguntarle que para qué debo prepararme, pero sería perder el tiempo. Desde que le diagnosticaron Alzheimer lo tachan de viejo loco, y yo sé muy bien que él siempre estuvo cuerdo. A veces pienso que también sufro de Alzheimer, pero sé que no es así, que eso es imposible al ser tan joven. Hay cosas que no puedo recordar, como si mi mente estuviese en blanco o no tuviera un pasado. Me alegra haberme dado cuenta de ello. Por ahora mis dudas son demasiadas, pero poco a poco me iré aclarando. Espero que mamá no descubra que robé este libro de la biblioteca del abuelo, porque si no me mataría.

Hubo algo entre lo escrito que me atrajo de forma inmediata. Después de tres años, era la primera vez que mi interés se despertaba con tanta intensidad. «Algo muy malo va a ocurrir», decía, y realmente había ocurrido. ¿Lo habría predicho Levi H? Y si era así, ¿en dónde estaba?, ¿en dónde se encontraba su cuerpo?

Guardé el libro en la mochila apelando a la idea de que no podía dejarlo, y entonces rebusqué en cada habitación para encontrar el cadáver masculino que en ningún momento hallé. El único cuerpo que había en toda la casa, era el de la mujer.

Lo leído me dejó a la expectativa. Ya no me detenía a pensar cómo era que todos habían podido morir tan de repente. No me interesaba demasiado por el tema pues sólo me concentraba en sobrevivir, pero en ese instante tenía muchas más dudas de las que Levi H había escrito tener. ¿Quién era él? ¿Por qué decía no poder recordar?

Había más hojas por leer en el libro, así que salí del lugar y fui a casa sin hacer parada para realizar alguna otra cosa.

Quizás era momento de comenzar a buscar la verdad.

Segunda anotación de Levi H:

Me desespero cuando mamá le dice al abuelo que se calle, a mí me gusta escuchar sus historias. Siempre habla sobre que algo malo nos espera, pero ella piensa que él está desvariando. Ja, si alguno de mis amigos supiera que escribo en un libro, seguro me dirían gay, pero es que no sé a quién contarle esto que me está atormentando. Anoche tuve un sueño muy extraño, vi intensas luces y una habitación muy blanca, sólo eso. A veces sueño esas cosas, como que estoy atrapado en algún lugar, pero entonces no recuerdo nada más. Es tan extraño. Intentaré hacer que el abuelo me hable de lo que cree que sucederá.

Me quedé mirando con detenimiento la caligrafía. Era torpe, separada, pero bien trazada cómo la de cualquier adulto. Entonces me pregunté cuántos años habría tenido Levi H al escribir aquello. No había fecha ni referencias; nada que pudiera considerarse una pista.

Cerré el libro y lo dejé reposar sobre mi pecho. Recostada sobre mi cama, lo único que veía era el techo de cristal. Tenía un techo precioso con vista a las estrellas porque había decidido alojarme en una de las mejores casas del pueblo, ya que la sensación que producía el espacio abierto y la vista al cielo, me ayudaba a conciliar el sueño durante las noches de insomnio.

Volví a abrir el libro en la siguiente página:

Tercera anotación de Levi H:

Nada. Eso es lo que obtengo del abuelo, nada. Mejor debería preocuparme por estudiar, pero es imposible si toda mi mente es un revuelo. No dejo de pensar en que recuerdo poco de mi infancia y en que las lagunas mentales son cada vez más frecuentes. Extraño a papá, quizás él se habría preocupado por mí y me habría entendido. ¿Por qué las personas que más amas, mueren? ¿Por qué la vida te hace sentir que no mereces lo que tienes, al quitártelo? Bien, entrando a otro tema, tener que estudiar es un asco, ni siquiera puedo concentrarme. Sigo teniendo demasiadas preguntas y ninguna respuesta. Vaya mierda.

La vida de Levi me pareció muy intrigante e inusual, sin embargo, me agradó en cierto modo porque sentí que estaba conociendo a alguien con tan sólo leer sus escritos. Lo repetí en mi mente: estaba conociendo a alguien más. Después de tantos años, con aquel libro entre las manos, sentí una compañía, aunque fuera inexistente.

Ya sin poder parar, continué leyendo mientras que una chispa de emoción me recorría el cuerpo.

Cuarta anotación de Levi H:

Siento que poco a poco voy cambiando, lo he notado. Antes me gustaba salir, conocer gente, relacionarme y socializar. Ahora cada vez que me hablan, deseo que dejen de hacerlo. Pero, ¿por qué sucede esto? ¿Por qué el cambio tan repentino? Hay algo en mí, hay algo, pero no sé qué es. Al menos me miro en el espejo y soy igual, pero, temo que un día el reflejo cambie. ¡Ah! Estoy desvariando ahora. Quizás el loco soy yo y no el abuelo, pero, ¿cómo sé si esto es demencia?

Quinta anotación de Levi H:

Han pasado unos tres días, creo. Estaba tan empeñado en investigar dentro de la biblioteca del abuelo que olvidé todo lo demás. Bueno, no encontré nada importante, sólo libros de historia, biología y genética. El abuelo era todo un friki. A mí me parece que molaba bastante, pero a mamá como que no, hay cierto recelo en su voz cuando le habla.

¿Acaso lo odia? Es su propio padre, y él nunca ha sido malo. De todos modos, mamá tiene esa actitud con todo el mundo, como si despreciara lo que le rodea, incluso a mí. No necesito su cariño, en verdad, sólo necesito saber quién soy.

Fue inevitable no pensar en mi madre. Ella había sido muy dulce, todo lo contrario a lo que Levi describía que había sido la suya. La mía, cuyo nombre de pila había sido Andrea, se había encargado de ser muy comprensiva y muy amorosa conmigo, su única hija. Hasta recordaba muy bien lo último que le había escuchado decirme:

«¡Drey, ordena esa habitación o no saldrás de casa aunque se acabe el mundo!»

Y vaya que había resultado irónico.

Pensando en los escritos de Levi H, me pareció muy injusto que su madre no le quisiera. El cadáver en aquella casa habría de pertenecer a esa mujer, y pensar que había podido dirigirle una gélida palabra a un hijo tan consternado como él, me hizo sentir un dejo de rencor hacia ella.

Ante el recuerdo del hinchado cadáver femenino, me pregunté en dónde estaría el cuerpo del tan mencionado abuelo. No había encontrado nada más en aquella casa, pero por supuesto que eso no implicaba que quizás estuviese vivo, porque lo más lógico y más probable era que, cuando todo había ocurrido, tanto Levi como su abuelo hubieran estado en otro lugar. También existía la posibilidad de que el abuelo hubiera muerto antes del incidente.

Entre tantas ideas y posibilidades, solté un bostezo. Doblé la punta de la hoja para marcar la página y cerré los ojos con aquel libro sobre el pecho.

...

Las mañanas siempre eran una mierda.

Me levantaba, lavaba mis dientes, desayunaba y rondaba por la casa o me dedicaba a jugar videojuegos. Pero al día siguiente, al despertar, todo pareció distinto, porque apenas abrí los ojos hice cada tarea con entusiasmo para luego subir a la terraza y sentarme a leer.

La casa en donde residía tenía una vista hermosa y muy amplia. Desde mi posición podía visualizar el inicio del pueblo y las calles desoladas que a esa

hora no lucían inquietantes, sólo pacíficas. Ante esa imagen, la mañana podía ser el mejor momento del día.

Me senté en uno de los cómodos sofás que adornaban la terraza y abrí el libro en la página que había marcado.

Sexta anotación de Levi H:

Existe algo llamado suerte que al parecer no me conoce. Yo creo que, de todas las personas en el mundo, soy el que tiene que lidiar con muchísimas situaciones estresantes. No, no estoy exagerando. Verás, estoy intentando ser normal, muy normal, porque han pasado dos días y no he tenido lagunas mentales ni extrañas sensaciones. La cosa es que intenté invitar a salir a una chica, claro, porque mi autoestima no está tan baja como podría parecer. Lo intenté y fue fatal. Dijo que no salía con raros como yo, que tenía cosas más importantes que hacer y que lo mejor era que no perdiera mi tiempo. ¿Sabes qué? Tenía razón, ahora no quiero perder mi tiempo en esos asuntos. Si ni siquiera puedo controlarme yo, las mujeres serían algo que jamás podría comprender.

Me causó cierta diversión aquella anotación, incluso solté una pequeña risa porque leerle resultaba gracioso y entretenido. También me sentía sin suerte, sobre todo porque me había quedado enteramente sola, así que lo comprendía a la perfección, y más que comprenderlo, en un claro gesto de empatía sentía su angustia; pero en cuanto a intereses amorosos, ¿qué sabía yo? Nada. Tenía dieciséis años recién cumplidos cuando se dio la catástrofe. Me había perdido lo mejor de la juventud y nunca podría recuperarlo.

Séptima anotación de Levi H:

Es mi cumpleaños. Antes me gustaban, cuando estaba papá, claro, porque él me llevaba a pescar o a acampar, pero ahora que no está, no sucede nada. Es un día común y corriente, muy simple. Mamá hace una tarta, me da unas secas felicitaciones, y el abuelo pregunta que de dónde salí. Al menos de él lo entiendo, se le olvidan las cosas, pero de mi madre es un poco injusto. No tengo la culpa de que su vida no sea como siempre quiso, así que me limito a encerrarme en mi habitación,

a existir y a comer. ¿Es tan malo eso? Cuatro días sin lagunas mentales. Eso me alegra. ¡Feliz cumpleaños a mí!

No pecaba de ignorancia en ese tema. Entendía muy bien lo que se sentía extrañar a alguien, así como él había extrañado a su padre, y ese era un sentimiento desgarrador. Levi había estado rodeado de personas y, aun así, se había sentido muy solo. Ese destino era muchísimo peor que el mío, porque al menos yo tenía la excusa de ser la única en el país, probablemente también en el mundo, pero él que había estado con la humanidad durante esos días, había sentido una intensa soledad entre las voces de la multitud.

—Feliz cumpleaños, Levi —murmuré al vacío.

Las otras cinco hojas que seguían, eran anotaciones un tanto entretenidas sobre su vida y lo que le sucedía a diario. Evidentemente, parecía tener mala suerte, porque cuando quería hacer algo no le salía bien.

Entre todas esas palabras no encontré ninguna que me revelara su edad. En mi mente era una silueta sin rostro ni altura definida, como un hombre con un signo de interrogación por cabeza, algo bastante extraño, pero me consolaba el poder imaginar perfectamente su personalidad.

Dio la tarde y seguía sumergida en el libro.

Duodécima anotación de Levi H:

Había pasado un mes entero sin lagunas mentales, y ayer me sucedió lo peor. Olvidé por completo mi pasado, en donde estaba y cuál era mi nombre, y un dolor de cabeza palpitante casi me tumba al suelo. Esto es lo que no comprendo, ¿por qué sucede de esa forma? Siempre olvido toda mi existencia y durante la noche sueño con esas luces y una habitación blanca. No sé por qué siento que un doctor no podría darme respuestas, pero entonces, ¿a quién acudir? Esto es como un castigo. Tengo malas sensaciones, náuseas y terribles presentimientos. ¿Por qué mi cuerpo reacciona de esa manera? Necesito ayuda, pero no sé en dónde buscarla.

Decimotercera anotación de Levi H:

Las náuseas siguen y la sensación punzante en el pecho también. El dolor de cabeza viene y va. No puedo explicarme esto y en internet tampoco encuentro nada específico. Dicen que las lagunas mentales pueden ser por lesiones en la cabeza o por una ACV, pero eso no puede ser posible, no podría estar tan enfermo, ¿o sí? No, yo no lo creo, creo que hay algo más. Desearía que papá estuviese aquí, él estaría preocupado y entonces seríamos dos los preocupados y no uno solo, y supongo que cuando no eres el único agobiado, sientes que lo que sucede no es tan mal, aunque en realidad sea terrible. Sí, así todo sería más fácil.

Estoy muy confundido.

Decimocuarta anotación de Levi H:

No he salido de la habitación en dos días y nadie parece darse cuenta. Eso no importa porque igual me siento muy mal como para levantarme de la cama. Me siento enfermo física y mentalmente. Apenas duermo dos horas y me despierto de repente con un intenso dolor de cabeza. Consideré ir al hospital, pero no sé si me entenderían. No tengo hambre, tampoco quiero ver a alguien más. Quiero que esto se termine.

¿Decimoquinta? anotación de Levi H:

Mejoré en un día, pero mamá entró a la habitación para decirme que no soportará que sea un vago toda mi vida. Le dije que estaba un poco enfermo y lo único que hizo fue traerme un té. Lo que tengo no lo podría curar ni un té, sólo la verdad, o eso creo. No abro las cortinas porque entonces el dolor de cabeza se hace más intenso. Sin embargo, hoy no he tenido náuseas y puedo levantarme de la cama. ¿Qué es lo que me sucede y por qué no lo sé? ¿A dónde debo ir para saberlo? ¿Y si realmente estoy loco? He pensado demasiado, aunque eso empeora mi estado, pero no puedo dejar de hacerlo, esto es muy confuso para mí.

Decimo... anotación de Levi H:

Me vi obligado a salir, aunque fue más bien que mamá me sacó de la cama a gritos. Fui a ~~clases~~ clases y en el aula casi me desplomo. Sentí mareos y todo se escuchaba muy ~~legame~~ lejano como si las personas poco a poco se fuesen distanciando. Al final intenté pedir un permiso para poder ~~irme~~ irme, pero tampoco hallaba las palabras correctas para expresarme. Un profesor muy generoso me ayudó, pidió el permiso por mí y regresé a casa tan pronto como pude. A mamá no le importó porque al menos vio que salí, pero no quiero hacerlo de nuevo, no puedo estar afuera así. La multitud me inquieta, me perturba y probablemente esta noche me hunda en otra laguna. ¿También estoy olvidando cómo escribir?

Anotación de Levi H:

¡Fui un ~~tomb~~ tonto todo este tiempo! ¿Cómo no pude verlo si estaba ahí mismo ante mis ojos? Nunca ~~nunca nunca~~ noté que, en la última hoja de este libro, había ~~una cosa~~ una dirección al lado del dibujo de una flor. Al leerla sentí ~~un olor~~ un dolor punzante en la cabeza, como si eso bastara para decirme que debía ir. Iré, porque en ~~ste~~ esta casa no tengo más que hacer, porque a mi madre no le importo y porque el abuelo ya tiene su destino marcado, pero yo aún no tengo el mío. Allí estaré, allí encontraré la verdad.

Di un salto fuera de la silla al leer la anotación. Había una dirección en la última hoja, una a la que Levi había ido, y decía «allí estaré». ¿Y si su cuerpo estaba ahí? ¿Y si Levi H se encontraba en ese lugar? Mi mente fantaseó con la idea de encontrar a otra persona, pero... ¿viva? No podía estar segura, y si lo pensaba bien era absurdo. Probablemente él estaba ahí, muerto, y yo quería creer que estaba vivo porque lo único que deseaba era compañía.

De inmediato pensé en ir. Pasé a la última página para saber de qué lugar se trataba y sí, ahí estaba, una dirección con el dibujo en líneas de una flor. ¿Qué podía perder? Nada. ¿Sería peligroso? No del todo, porque era la única persona en el país y si tenía la suerte que Levi H no había tenido, probablemente habría alguien más en ese planeta.

¿Y si no estaba realmente sola? Tenía un pequeño viaje por hacer. Y también, una pequeña esperanza.

...

Cuando dio la tarde, emprendí el viaje hacia la dirección que había en el libro. Me subí al auto, aquel que casi siempre usaba, me coloqué la máscara para evitar gases y malos olores, guardé una botella de agua en la mochila y salí de casa con ella colgando de los hombros.

Una llama de esperanza se había encendido en mi interior. Tenía un buen presentimiento, una punzada positiva. No paraba de imaginar el sonido de la voz de alguien más, ni de calcular las probabilidades de poder estar cerca de otra persona para erradicar por completo la agobiante sensación de soledad que me atenazaba día a día.

Conduje rápido, pero no en exceso. Llegó a mi mente el recuerdo del día en que aprendí a manejar un auto. Quino me había enseñado alegando que era sumamente necesario para el grupo, pues todos debíamos colaborar durante los viajes que hacíamos tratando de hallar a otros supervivientes, y también durante las búsquedas de alimento. Aun así, podía definir el conducir como lo que menos me gustaba hacer. Algo que me frustraba bastante eran los autos estacionados en medio de las vías con cadáveres en su interior. Trataba de no mirar porque los cuerpos causaban un gran impacto visual, pero era inevitable cuando debía rodear los automóviles para poder seguir avanzando.

Coloqué un *cd* de música, subí todo el volumen para alejar la imagen de los cadáveres de mi mente y aceleré cuando el camino se despejó.

Por primera vez me sentí bien, como si estuviese pisando la entrada a un objetivo de vida, a un destino que podía valer la pena, y esa era una sensación que no había experimentado en tres años.

Conduje aproximadamente cuatro horas sin hacer ninguna parada para descansar. Las ansias no me lo permitieron. Aquella ciudad tenía malditos cadáveres por todos lados; en las calles, en las aceras, dentro de los autos y en dónde se pudiese ver. Eso suponía un gran problema para mí porque no podía seguir avanzando con el auto, así que, aunque no quisiera, tenía que dejarlo. Aplastar los cuerpos nunca había sido una opción, por lo tanto, preferí caminar.

El sol todavía brillaba a esa hora, era plena tarde. Me reacomodé la mochila y traté de memorizar el lugar en dónde estacioné el auto para después encontrarlo con facilidad. Cuando me sentí lista, me adentré en la ciudad.

No supe exactamente cuánto caminé, pero confiando en los letreros pude hallar la dirección. Al estar frente al lugar que marcaba el libro, lo reconocí como un laboratorio clínico. Volví a mirar la página para asegurarme de que había llegado al sitio correcto y efectivamente estaba en él. Admití que había imaginado algo distinto, una casa o algún refugio, pero en ningún momento un laboratorio.

Dudé ante la idea de entrar porque me causaba temor. Debía aceptarlo, en algunos momentos era cobarde y temerosa, incluso tenía una lista estricta de lugares a los que no entraba ni de día, ni de noche.

No escuelas.

No iglesias.

No hospitales.

Los laboratorios siempre parecían versiones más pequeñas de los hospitales, y de todos los sitios del mundo los hospitales me parecían los lugares más inquietantes y perturbadores, sobre todo porque con el planeta vacío el silencio en aquellos lugares casi inducía a la locura, ya que ni siquiera había zumbido; pero, por otro lado, ¿qué tal si Levi H estaba ahí, refugiado? ¿Y si su cuerpo se encontraba en aquel sitio? ¿No merecía al menos verlo?

Di pasos hacia adelante pero luego volví a darlos hacia atrás. Quería entrar, pero a la vez no. Aun sostenía el libro, así que lo apreté fuertemente contra mi pecho, aferrándome a todo lo que había sentido desde que lo había empezado a leer. Una esperanza. Eso significaba el diario para mí, una posibilidad.

Inhalé profundamente e induje pensamientos forzados a mi mente para otorgarme valor. No iba a pasarme nada, no vería nada extraño, sólo buscaría la verdad, así que, con los nervios de punta avancé hasta atravesar la entrada del laboratorio.

Ya no había vuelta atrás.

...

El corazón me latió con rapidez como a cualquier persona que hubiese visto una maravillosa película de terror. El interior estaba sumido en una densa oscuridad y en un profundo silencio, de aquel que dejaba a uno solamente con los más angustiosos pensamientos.

Me acerqué a las paredes, porque avanzar sin ver por dónde iba era una idea poco inteligente que sólo podía llevarme a tropezar y caer. Encontré un encendedor de luz después de moverme un poco y cuando lo accioné, las bombillas no reaccionaron. ¿Cómo podía pensar que la luz funcionaría después de tres años? Rebusqué con premura en la mochila y extraje una de esas linternas a las que antes de la catástrofe les habían hecho bastante publicidad, porque se recargaban con luz solar y llegaban a durar mucho más tiempo del que cualquier otra podía.

Incluso tarareé la cancioncilla del comercial para apaciguar el nerviosismo:

«Siempre dura, siempre brilla. ¡Es la única que necesitas!»

Mientras avanzaba por los pasillos, apreté aún más el libro contra mi pecho. No me dirigía a un punto exacto, no sabía en donde terminaría, por lo tanto, miré con atención cada habitación con puertas abiertas, evitando ser yo la que abriera alguna.

A medida que caminaba podía notarlo; no había ningún cadáver.

—No hay nada malo aquí, Drey, tranquila.

Vi algunas casetas de recepción, algunos pequeños consultorios de esos en donde se extraía la sangre, y cuando me adentré más por el pasillo también observé las habitaciones en donde analizaban las pruebas.

Me pareció extraño no ver los cuerpos, era como si todos hubiesen tenido la oportunidad de escapar de la muerte, o como si el lugar hubiese estado vacío antes de la catástrofe.

El pasillo por el que andaba era muy largo, y al final de él había sólo una puerta. Al verla el miedo acrecentó, porque el pasaje parecía perfectamente diseñado para dirigir a cualquiera a un destino espantoso, como si el mismísimo maestro del terror Stephen King lo hubiese diseñado con su puño y letra como una vía factible al horror.

Avancé con las piernas flaqueando por el miedo. El corazón comenzó a latirme mucho más rápido y los nervios afloraron de una forma agobiante. Los jadeos que emití debido a mi respiración agitada, fueron audibles a través de la máscara que me cubría el rostro.

Después de detenerme frente a la puerta, coloqué la mano sobre la fría perilla, la giré y...

—¡Oh, mierda! —solté de inmediato, pasmada, dejando caer el libro.

Sobre el suelo de la habitación reposaban cuatro malditos cadáveres y todos estaban en un estado de descomposición impactante, peor que aquellos que se hallaban en las calles. Sus labios se habían secado y separado formando una expresión de dolor, creando una imagen totalmente espantosa y casi abstracta.

Traté de calmarme. Había visto demasiados malditos cadáveres, esos no podían hacer la diferencia.

Examiné mejor la sala y además de los cuerpos —los cuales eran todos femeninos— sólo había instrumentos médicos y algunas camillas.

Un escalofrío me recorrió la espalda y el pensamiento hincó en mi mente; estaba sola y lo estaría siempre. Me sentí estúpida. En aquel lugar no había nadie con vida. Me había formado falsas esperanzas deseado creer en algo que no era posible. Entonces, cuando el miedo se disipó, dio paso a otras emociones y me desesperé tanto que sentí un nudo en la garganta y una rabia indescriptible.

Ni siquiera el fétido olor de los muertos que no podía colarse por mi nariz gracias a la máscara, sería más fuerte que mi desilusión. Haberme imaginado un mundo diferente en donde otra persona también tuviera lugar y que esa fantasía se desmoronara en segundos, me devastó.

Me agaché para recoger el libro del suelo. Sentí rabia además de dolor, y cuando todos mis sentimientos terminaron de mezclarse, corrí fuera del edificio.

Pensé en todo de un solo golpe: la soledad, los cadáveres, el miedo, la tristeza, la decepción, la desilusión y la rabia. Comencé a sentir que me ahogaba, que no podía respirar, como si alguien hubiese puesto una enorme almohada sobre mi cara para impedir que continuara inhalando oxígeno. Mi corazón se aceleró, las manos me temblaron, sudé y sentí un gran dolor en el pecho, pero, aun así, corrí sin detenerme y como pude llegue hasta el auto.

Cuando me subí a él, me quité la máscara y la dejé a un lado. Quise estampar mi cara contra el volante, quise liberarme de todo eso que me atormentaba, quise compañía, un abrazo o lo que fuese necesario para no sentirme tan vacía.

Miré el libro de nuevo y lo abrí haciendo contacto con las envejecidas hojas. Había tanto en sus páginas, había demasiado de una persona y en ese instante sólo quería arrojarlo lejos para deshacerme del recuerdo de los sentimientos que en él se habían descrito. Pero no podía hacerlo.

Vi la caligrafía y las palabras. Lo vi todo de nuevo.

Anotación de Levi H:

En algún mundo ~~para~~ paralelo, supongo que existe alguien igual a mí a quien no le molestaría acompañarme. Qué se yo, quizás hablar de esto con alguien debe ser ~~gena~~ genial, pero a mí demasiadas cosas me parecen geniales, como la pesca, las series policiacas, los comics y esos chicles enormes que siempre están dentro de una gran maquina en los supermercados, los que son de colores, sí, bueno, todo eso me parece genial. La feria también es increíble. ¡Y los carros chocones! Una pasada. ~~Aora~~ ahora no puedo disfrutar nada de eso. ~~Siem~~ siento que mi vida es así, como estar en una pista de carros chocones, pero solo. Intento golpear los demás carritos, pero es completamente aburrido si no hay alguien más que devuelva el golpe. Mi existencia es tormentosa, aburrida, incluso predecible. Quiero liberarme de todo esto, saber si hay un lugar para mí en la tranquilidad. ¿Lo habrá? ¿Habrá un lugar para mí?

Dejé el diario en el asiento de al lado. No podía leer más y seguir pensando que él había sufrido de la misma forma que yo sufría en ese momento. Era un acto masoquista continuar atormentándome con la idea de que era posible encontrar a alguien, de que podía encontrarlo a él, porque eso jamás iba a suceder.

Me sentí agotada, así que intenté calmarme para poder regresar a casa y a mi rutina. Había conseguido alejar los pensamientos suicidas para darle oportunidad a la vida, y si lo había logrado antes, sería capaz de lograrlo de nuevo. Podía arrojar el diario a la carretera, dejarlo atrás y hacer como si nada había pasado. Podía olvidar a Levi. O al menos, podía intentarlo.



Al despertar, supe que me había quedado dormida sobre el asiento del auto. Miré por la ventana. Había caído la noche y aún estaba muy lejos de casa y de todo lo que conocía. Debía regresar.

Seguía decepcionada y un tanto triste, era inevitable, pero poco a poco había entrado en un estado neutral que funcionaba para no permitir que, en lo que quedaba de día, otra situación pudiera afectarme, o al menos eso quería creer. El estómago me rugió del hambre, pero no llevaba nada de comer conmigo.

Más razones para volver a casa.

Contemplé el libro de Levi en el asiento de al lado y por un instante me arrepentí de haberlo encontrado. Había estado muy bien antes de él, porque había logrado aceptar que me encontraba sola e intentaba hallar razones para que ese hecho no me afectara más, pero al leer sus palabras había pisado el borde de un abismo, todo se había desequilibrado y de nuevo sentía la depresión tratando de hacerme caer a un precipicio. Volví a sentirlo reciente, a sufrir porque todos se habían ido, como si tuviera dieciséis años y aún no pudiera asimilar la muerte de la humanidad.

Entre tantas cosas recordé el objeto. ¡Por supuesto! Rebusqué en la mochila y lo extraje del interior para poder mirarlo. Era aquel relicario que había tomado del cadáver en la casa de Levi H y que había ignorado por completo hasta ese momento. Lo abrí con cuidado y vi las fotos que había en él. Observé al niño. Una pequeña sonrisa se dibujó en mi rostro porque en ese instante lo entendí. Sí había conocido a Levi H, y estaba mirándole en ese preciso momento. En la foto se mostraba como un pequeño muy sonriente de lacios y despeinados cabellos oscuros con grandes ojos color aceituna. No sabía a qué edad Levi había escrito su diario y tampoco podía adivinarlo, pero me llenó de alegría ver

una parte de él, aunque fuese tan pequeña. Examiné con mayor detenimiento el relicario y vi que en la parte posterior había un grabado:

FELIZ DÍA DE LA MADRE, TE AMO. CON CARÍÑO, LEVI.

Él había querido mucho a su madre y ella lo había querido muy poco a él, y saberlo me causó cierta molestia. Guardé el objeto dentro de la mochila y tomé el libro del asiento. Podía echarle otro vistazo, ¿por qué no? Sus escritos eran entretenidos, el problema era yo que no terminaba de entender que lo que había en ese cuaderno era parte del pasado.

Anotación de Levi H:

Hay algo totalmente hipnotizador en la forma que una mariposa vuela. Ese movimiento ascendente y descendente es increíble. Me gustan mucho los animales, los insectos y todo lo que sea contrario a la vida humana. A veces también quisiera poder volar, así podría huir de esta tortuosa vida y qué se yo, ir hacia algún lugar mejor. Hay veces en las que imagino a una enorme pantera negra, eso es algo más de mis rarezas, pero... no lo hago porque quiero, sino porque viene a mí. Es una pantera muy misteriosa, se mueve con soltura, con detenimiento, y tiene esos ojos felinos que parecen hechizar. Bueno, hay demasiadas cosas en mi mente, no sé qué sucede conmigo. Sin duda soy lo raro dentro de la rareza.

Cuando me tranquilicé por completo, coloqué la mejor canción de *Panic! At The Disco* y seguí la carretera rumbo a casa. Debía regresar a mi monótona vida, olvidar lo que había sucedido, quizás lanzar el diario muy lejos y volver a mentalizarme, hacer como si nada pasó.

Nunca había conducido a horas de la noche, porque estando con los demás supervivientes, confiarles el auto a los más jóvenes sucedía sólo en casos de emergencia. Mi experiencia conduciendo era media, pero conduciendo a oscuras era nula. Al menos tenía las luces delanteras del auto para iluminar la carretera, pero no podía mentirme, estaba realmente nerviosa.

Traté de sosegarme, pero fue inútil porque a mitad de camino el auto comenzó a fallar hasta que, repentinamente, se apagó. Había olvidado llenar el tanque de gasolina.

Me sentí estúpida.

Intenté cuanto pude ponerme en marcha, girando la llave y tratando de encenderlo, pero no dio resultado.

—Creo que ni al Pato Lucas que tiene la peor suerte del mundo, le habría pasado esto —bufé al girar la llave por última vez.

Después de que me rendí, miré a través de las ventanas. Alrededor no había más que terreno vacío, algunos árboles y el seguimiento de una carretera solitaria. ¿Por qué me sucedían esas cosas? ¿Por qué había olvidado llenar el tanque? Asumí toda la culpa y también se la atribuí a mi repentina y abrupta reacción al salir del laboratorio.

Suspiré e intenté de nuevo encender el auto, pero no lo logré, así que me dispuse evaluar mis opciones. Podía quedarme ahí hasta que el auto encendiera —algo que probablemente no iba a suceder— o podía bajarme y caminar hasta encontrar otro para poder seguir. Con suerte algunas veces se encontraban autos en las calles que llegaban a funcionar, lo malo era que generalmente olían muy mal porque algunos mantenían malditos cadáveres dentro, sin embargo, no todo el tiempo eran conducibles. Lo medité por unos segundos. ¿Qué podía sucederme si caminaba por la carretera entre la noche? probablemente nada, porque estaba sola. A veces era tan cobarde que tenía que recordarme a mí misma las sabias palabras que mi padre me había dicho un día:

«El mayor peligro en la tierra es el hombre, y cuando ya no exista habrá verdadera paz mundial.»

Sin humanos no había peligro. Pensar que podía sucederme algo, era ridículo, no había nada que temer, nada podía dañarme. Guardé en la mochila todo lo que necesitaba, volví a ponerme la máscara y salí del auto cerrando la puerta tras de mí. Casi pude escuchar un eco.

Hacía frío, mucho frío, pero por suerte llevaba un blue jean algo holgado y un suéter de mangas largas muy a mí estilo con un estampado en el centro que decía *Maroon5*. Normalmente vestía lo que encontraba en cualquier tienda, ya que podía mantenerme limpia. No estaba en un estado crítico.

«Al menos no fue un apocalipsis zombi porque entonces estaría muy sucia... o muerta —pensé— sí, debo ser realista, estaría bien muerta.»

Avancé justo por el centro de la calle. Después de media hora, aún no había señales de algún otro auto. Era absurdo que, aunque ya había pasado por aquella carretera, no recordara en donde había visto uno por última vez. Eso demostraba la poca atención que le ponía a mi entorno. Hice una nota mental para corregir mi error pues debía dejar de ser tan distraída y me detuve en donde había un árbol para poder descansar las piernas. Pensé en sentarme por unos minutos, pero mientras estudiaba los alrededores mirando en todos los ángulos posibles, algo llamó mi atención.

En el tronco del árbol había un grabado. Cuatro letras que se cruzaban como si alguien hubiese querido tallarlas para formar algo significativo. Era difícil diferenciarlo por la oscuridad, pero en cuanto pude alumbrar con la linterna, detallé a la perfección cada uno de los grabados:

L. R. A. I.

Me pareció raro. Para mí lucía como algo simbólico. Era una «L» de... ¿Levi? No. ¿Por qué lo relacionaba todo con él? ¿Por qué no sólo lo dejaba pasar? Pero y si era de Levi, entonces, ¿las demás letras qué significaban? No, definitivamente no podía ser así. Estaba vinculando todo al tema del diario y debía dejar su recuerdo en paz, no podía seguir creyendo que el chico estaba vivo. Sin embargo, las iniciales lucían tan intrigantes, como si a gritos pidieran ser investigadas. Negué con la cabeza rápidamente. Si había algo peor que ser cobarde, era ser cobarde pero con un gran instinto curioso. Temía enfrentarme a algunas situaciones, pero me gustaba la sensación de llegar hasta la situación. Siempre experimentaba ese: «quiero hacerlo, pero a la vez no». Era curiosa pero no arriesgada. Me gustaba el misterio, pero era asustadiza, así que entraba en batallas épicas contra mí misma para saber qué debía hacer; pero en ese momento no había batalla que librar, lo único que tenía que hacer era ignorar la marca, ignorar el diario, cohibir mis impulsos y regresar a casa sin pensar que podía haber posibilidades de hallar lo que no existía. Lo había decidido ya, no más falsas esperanzas, por lo tanto, debía mantenerme firme, así que me levanté de la base del árbol para seguir mi camino y entonces observé algo más.

Había una flecha tallada justo por debajo de las letras y señalaba el camino de tierra que se formaba más allá de la carretera. Estaba muy oscuro en esa dirección porque no había concreto, ni una orientación específica, pero después de haber visto la flecha casi como una indicación, la curiosidad y la intriga me latieron por todo el cuerpo.

«No debes ir.»

«Sí debes ir.»

«No debes.»

«Sí debes.»

«De seguro es sólo el escondite que usaban dos personas para sus encuentros sexuales.»

«O podría ser el camino a algún lugar secreto.»

«Eso es tan absurdo.»

«Pero posible... ¿tienes algo mejor que hacer? Ah, sí, hundirte en los videojuegos y lamentarte día a día. Maravilloso.»

La discusión mental conmigo misma me aturdió un poco. Mis «yo» interiores tenían razón, pero lo cierto era que no había peligro alguno en ese mundo y que no podía decepcionarme más de lo que ya estaba. Así que, aunque no tenía que hacerlo y aunque no hallara nada, lo hice.

Segundos después me encontré avanzando a través del camino de tierra, y para cuando me di cuenta, ya había dejado la carretera atrás.

•••

Todo estaba incluso más oscuro ahí.

Todavía con la linterna en mano y sabiendo que le quedaba bastante batería, caminé sin prisa y con cuidado. Podía escuchar el sonido que hacían mis zapatos contra la tierra y mi respiración contra la máscara. No había demasiado que ver por esos lares, todo lucía desolado y no abundaba la flora. Llegué a pensar que había hecho algo poco inteligente y que lo más sensato era regresar, pero antes de poder rendirme vi otro árbol a pocos metros y corrí hacia él.

En el tronco estaba la misma marca, pero la flecha que señalaba hacia la izquierda se encontraba más escondida, así que me tomó un minuto hallarla cerca de las raíces. Seguí entonces por ese lado, iluminando el camino con la linterna y manteniendo los ojos bien abiertos, atenta a cualquier eventualidad, aunque las probabilidades de que algo sucediera fueran casi nulas.

Encontré un tercer árbol diez minutos después y me tomó más de dos minutos hallar la flecha cerca de las ramas. A donde fuera que diera aquel camino, debía ser importante porque ameritaba mucha caminata.

Un cuarto árbol se hizo visible luego de quince minutos. Cuando llegué a él decidí sentarme por un momento para descansar. Rebusqué en la mochila y saqué la botella de agua que había guardado. Ya no estaba fría, pero era líquido y eso era lo único que necesitaba. Apoyé mi espalda del tronco, me quité la máscara, tomé un sorbo y miré la luna. Al menos ella representaba una compañía para mí, así no me sentía tan miserablemente sola.

Cinco minutos después, cuando casi vacié la botella de agua, volví a colocarme la máscara y procedí a seguir. Ya no importaba que cosa encontrara en el lugar de destino, lo tomaría con calma, respiraría profundo, luego regresaría a casa por el mismo camino y esa sería —realmente— la última vez que me dejaría llevar por la curiosidad.

El último árbol lo hallé en poco tiempo y señalaba una formación rocosa que se levantaba entre la nada. Caminé hasta acercarme a él. De lejos se había visto como una cueva, pero cuando estuve más cerca supe que no era un nido de sexo y que lo único que había era una grieta bastante grande en el suelo, cubierta por una rejilla y rodeada por grandes rocas. ¿Era una entrada? ¿Una fosa? ¿Un camino peligroso?

Con sumo cuidado me acerqué y me incliné un poco hacia adelante para mirar mejor. Me atreví a apartar la rejilla, pero sólo vi negrura y unas escaleras colgantes de madera muy maltratadas a las que incluso le faltaban algunos escalones. Apunté la luz de la linterna hacia el interior y no le encontré un final. Era muy profundo. ¿Qué era, entonces? ¿El camino hacia «El País de las Maravillas»? Fruncí el ceño y me eché hacia atrás.

Había caminado demasiado para encontrar nada más que un viejo agujero que probablemente conducía hacia alguna mina. Me saqué la máscara e inhalé hondo. Había decidido tomarlo con calma, pero tenía que hacerle entender a mi cabeza que la soledad estaba apoderada del mundo. Debía resignarme por completo como ya lo había hecho antes.

Me llevé las manos a la cabeza, frustrada, y cerré los ojos por unos segundos. Dejé caer los brazos y entonces la linterna y la máscara se me resbalaron de las manos, cayendo dentro de la grieta. Ante mis ojos descendieron en cámara lenta.

Solté un grito de desesperada negación. La oscuridad me envolvió. Ya no tenía linterna, ¿cómo encontraría las flechas? No recordaba del todo el camino, de nuevo, por mi falta de atención. Todo lo olvidaba. Era tan tonta. Los nervios me atenazaron, el temor cayó sobre mí y las manos me comenzaron a temblar.

Di algunas vueltas sobre mi sitio. No quería descender por las escaleras pues no tenía ni idea de lo que podría haber en el fondo de aquel hoyo, pero tampoco deseaba estar a oscuras.

Caminé hasta la orilla de la grieta y me empiné para mirar. Solamente vi un ligero brillo al final, ¡era de la linterna! Me incliné un poco más para examinar el estado de la escalerilla, intentando establecer un plan para recuperar el objeto, pero entonces sentí como si una fuerza invisible me impulsara hacia adelante y caí por el agujero del mismo modo que Alicia, sumiéndome en la oscuridad.

•••

Intenté levantarme del suelo, pero no pude hacer más que sentarme.

Había caído con la barbilla, los codos y la barriga contra el piso. Sentí un inmenso dolor por todo el cuerpo, en los músculos y casi en los huesos. Me llevé la mano a la boca y palpé el líquido entre mis dedos. Estaba sangrando, aunque no en exceso.

No tardé en descubrir que tenía un diente roto y una pequeña abertura en el mentón. Emití un gritito de desesperación. Nunca me había lastimado de esa forma. Traté de elevar el brazo izquierdo, pero intentarlo resultó ser peor. El dolor en mis músculos aumentó, una fuerte punzada me recorrió el hombro y comprendí que el hueso no estaba en su lugar.

El miedo que sentí en ese momento fue más grande que el dolor que me había ganado por creer que podía curiosear sin que eso trajera malas consecuencias. ¿Cómo lidiaría con una fractura? ¿Qué debía hacer? No sabía nada de medicina, ni de curaciones, ni de cualquier cosa que tuviese que ver con primeros auxilios. ¿Por qué no había aprendido con los demás supervivientes? Por supuesto, porque nunca nos encontramos ante situaciones así. Siempre estuvimos a salvo, nunca tuvimos que arriesgarnos para conseguir algo pues todo había estado a nuestro alcance. Dos años acompañada de seis personas y un año completamente sola no habían logrado endurecerme, y maldije por ello.

Miré con impaciencia hacia todos lados. No veía salida, ni nada que se le pareciera. Observé la linterna que descansaba en el suelo alumbrando el

espacio. Su luz me permitió ver que más allá, en el fondo, reposaban unas grandes maquinas que no reconocía, y entre ellas una puerta doble de hierro en un muy mal estado. Desde mi posición también visualicé la escalerilla de madera vieja que colgaba contra la pared y que se perdía en dirección a la entrada de la grieta. Esa era mi salida. Tenía que subir e irme sin pensar demasiado.

Me levanté del suelo ignorando el intenso dolor que presionó los músculos de mi brazo. Avancé pesadamente hasta la escalera y con determinación y ayuda de mi mano derecha, me impulsé hacia arriba sosteniendo una de las maderas que lucía más estable.

Gran error.

La madera se desmoronó entre mis dedos y caí de espaldas al suelo con todo mi peso. Me retorcí ahí mismo, sobre la dureza del gélido piso. Mi respiración se agitó de forma descomunal, convirtiéndose en lo único que se escuchaba dentro del lugar, y ante la incapacidad de poder subir porque la escalera estaba rota, empecé a sollozar sin control.

El ambiente era claustrofóbico.

Tenía la boca ensangrentada, el hombro fracturado, los codos ardiendo, una abertura en la barbilla y un ligero dolor en la parte baja de la espalda, ¿cómo no explotar si, además, mi única salida se había desmoronado? Estaba pérdida y todo por culpa de mi curiosidad y de mi torpeza.

Sabía muy bien que, aunque gritara, nadie iba a escucharme. Sabía que nadie acudiría en mi ayuda. Moriría ahí, o peor aún, me quedaría en ese sitio para sufrir lentamente hasta que mi cuerpo se deshidratara y no pudiera seguir sosteniéndome. ¿Por qué me había tomado toda la botella de agua?

Reparé rápidamente en la puerta de hierro. No la había visto como una posible salida, porque si se abría tendría que adentrarme más en donde fuera que estuviera. Quería salir, no ahondar en la fosa. Aun así, en un intento desesperado por hacer algo para no quedarme tendida en el suelo, me impulsé, me erguí y fui hasta ella para empujar la manija. Estaba cerrada o bloqueada desde el otro lado.

Negué con desespero y me hundí más en el pánico. No había salida.

Sacudí la cabeza con celeridad. El dolor en mi hombro se agudizó. Esa era una herida que no podría curar por mi cuenta, al menos no ahí, por lo tanto, me tranquilicé para poder pensar mejor. Poco a poco dejé de llorar y analicé mi

entorno en busca de algo que pudiese ayudarme. Sí, eso era lo que debía hacer. Era lo que hacían las personas competentes.

Observé las tres máquinas del fondo en muy mal estado. Me pregunté para qué servirían, pero no pude responder la pregunta. En el suelo reposaban algunos trozos de hierro muy poco servibles, así que los ignoré. Me acerqué más a donde estaban los cachivaches para estudiar mayormente el lugar y vi que las máquinas tenían selladas las letras L. R. A. I.

Tratar de adivinar qué significaban, era lo que menos me importaba en ese instante. Me volví hacia la escalerilla y la escudriñé. No había forma de recuperarla, la madera estaba podrida y rota. Me giré de nuevo y enfoqué la puerta de metal. No se abría, así que no había nada que hacer con ella. Lo peor era que no se veía ninguna otra posible salida.

Recargada de la pared, me deslicé poco a poco hacia el suelo y me quedé ahí sentada, mirando el vacío. Me vi las manos manchadas de sangre e intenté limpiarlas al frotarlas contra mi ropa. Se convirtió en un desastre. Procedí a abrir la mochila, pero nada de lo que había en ella podía ayudarme. Lo único importante que guardaba en su interior eran el diario y el relicario.

Con la intención de calmar mi temor, extraje el libro y lo abrí.

Anotación de Levi H:

¿Qué papel juegan esas personas que dicen no comer tocino? Digo, es delicioso, es necesario para el cuerpo. ¡Es tocino! Bien, ya, creo que hay personas que hacen dieta y otras que son vegetarianas y no lo comen, pero, es el ciclo de la vida, ¿no? Los animales comen otros animales, no creo que un león se vuelva vegetariano por querer que su presa viva por más tiempo. Estoy siendo muy insensible, sí. Respeto a los vegetarianos, pero nunca seré uno, ya he dicho. En otras noticias... Mis dolores de cabeza son cada vez más frecuentes, quizás pueda acostumbrarme a ellos. Son insoportables, pero son parte de mí. Son más bien como el vello púbico, uno no lo quiere cuando llega, pero igual hay que aprender a vivir con él. Venga, que asco, necesito salir... aunque no quiero, para ser sincero. Debo hacerlo o mamá va a sacarme igual. A veces quisiera que entendiera, pero nadie puede comprender esto que me está pasando. En fin, anoche soné con esa

pantera negra, es muy intrigante. Voy a investigar qué significado tienen las panteras.

De manera repentina sentí una punzada en la parte trasera de la cabeza. Supuse que la fractura, el miedo y todas las emociones que había experimentado, me estaban afectando, pero pasaron unos pocos segundos y volví a sentir la punción.

Sin que se cumpliera un minuto, la punzada se hizo presente. Emití un quejido de dolor y apreté los dientes. Mi cuerpo debía estar exhausto. Me llevé la mano derecha a la frente. La molestia era muy extraña, como si de repente los dolores de los que Levi se quejaba en su diario, se hubiesen trasladado a mi cabeza.

Intenté ignorarlo, pero segundos después volví a sentirlo con más fuerza.

—Pero, ¿qué...? —solté mientras cerraba los ojos.

Sentí otra punzada y, tanto la cabeza como el cuello, empezaron a palpitarme. No lo comprendí, una fractura no podía causar un malestar de ese tipo. ¿Y si había alguna sustancia tóxica en las máquinas y eso me estaba haciendo daño? Dan me lo había repetido muchas veces, era común que el mundo se contaminara y más aún si había industrias cerca.

Con cuidado me arrastré para coger la máscara y la volví a colocar en mi rostro, pero experimenté el dolor nuevamente. Cerré los ojos con fuerza y entonces la confusión se apoderó de mí. Comencé a escuchar una melodía cuyo volumen ascendía poco a poco. Entre pequeños jadeos, traté de buscar desesperadamente con la mirada el origen de la música, pero no había nada. Estaba en mi cabeza.

Sentí otra punzada y solté un nuevo quejido de dolor.

Sonaba como una caja de música o quizás una balada. Pero, ¿qué era? Otra punzada hizo vibrar mi mente, ocasionando que se me erizara la piel. A la melodía se le sumó otro sonido aún más inquietante: el de una respiración acelerada. Alguien respiraba pesadamente... alguien... ¿a mi lado? Volteé abruptamente. No, no había nadie a mi lado. Estaba sola y lo que sucedía estaba en mi cabeza. Todo estaba en mi mente y me dolía, me dolía mucho.

Apreté con fuerza el libro de Levi. Me aferré a él sin importar que eso hiciera acrecentar el dolor en mi hombro. Continué escuchando la melodía y la

respiración. Sentí miedo. ¿Estaba muriendo como los demás habían muerto? ¿Era así como pasaba? ¿Finalmente había llegado mi turno?

Deseé que acabara, tranquilidad, poder irme de ahí. Una punzada mucho más fuerte e intensa me hizo soltar un gran grito y luego todo se detuvo. La melodía, la respiración y las punzadas cedieron. Me quedé quieta, jadeando, con los ojos humedecidos y el cuerpo exhausto. Tenía las manos temblorosas y el cuerpo frío. Había acabado.

De repente escuché un ruido.

Algo golpeaba la puerta de hierro desde el otro lado, y ante el pánico perdí la conciencia.

No supe cuándo ni cómo pasó, pero al abrir los ojos ya no estaba en el fondo de la grieta. Un tanto adormilada, parpadeé repetidamente para poder aclarar mi visión. Vi un techo o eso me pareció. Apreté con fuerza los ojos y volví a abrirlos. Me sentía exhausta y mis movimientos eran lentos.

Ladeé la cabeza, confundida. Estiré los brazos y tanteé la suavidad que había debajo de mí y de mis palmas. Estaba recostada sobre alguna cama. ¿Mi cama? No, no podía ser posible porque aquel no era mi techo, no tenía la maravillosa vista al cielo; entonces, desorientada, analicé mi entorno con detenimiento: luces blancas, paredes grises y... ¿aparatos clínicos?

Me incorporé de inmediato. Estaba en una camilla y lo que había a mí alrededor era una habitación blanca y vacía separada de otra por un gran cristal. Fruncí el ceño y observé mi cuerpo. Tenía puesta una bata de hospital, un dedo conectado a algo y para mayor sorpresa varias vendas en el hombro izquierdo.

Me fijé en el enorme cristal separador detrás del cual me observaban.

¿Me observaban?

¡Me observaban!

Ahugué un grito y, sin comprenderlo, aferré la mano a las sabanas de la camilla. Abrí los ojos de par en par, estupefacta. Podía ser un sueño o quizás una alucinación producida por la caída dentro de la grieta, pero, ¿aquello realmente había sucedido?

Dos personas me observaban a través del cristal. Debía estar imaginándolo. Cerré los ojos en un intento desesperado por aclarar mi realidad, pero al abrirlos ellos seguían ahí, todo seguía ahí.

Imaginé que podía estar dentro de un sueño muy profundo. Tenía que despertar o salir de esa alucinación, así que por tercera vez apreté con fuerza los párpados, pero cuando los abrí seguía en el mismo lugar.

No era capaz de creerlo.

Un hombre y una mujer.

Ahí.

Frente a mí.

Vivos.

Respirando.

Moviéndose y sosteniendo libretas.

Desconecté lo que había en mi dedo y bajé de la camilla. Mis pies descalzos hicieron contacto con el suelo. No estaba frío. Mis dedos se contrajeron advirtiéndome que todo era real, que tocaba un verdadero piso. Con cuidado y un poco de desconfianza, avancé hacia el cristal. Me detuve frente a ellos, taciturna, observando a través de la transparencia y delgadez del vidrio.

Eran personas, individuos reales. Una repentina e impulsiva oleada de emoción y temor hizo que no pudiera reconocer si lo que sentía era alegría o miedo. Después de que sus manos se movieran por encima de las hojas en las que hacían anotaciones, sus miradas se posaron sobre mí. Por primera vez en tres años, sentí la dicha y la satisfacción de ser observada por alguien más. Las lágrimas amenazaron con salir, pero me contuve.

En los ojos del hombre había duda, pero también un escaso brillo de fascinación, como si nunca antes hubiera visto a alguien como yo. La mujer lucía más como una muchacha; y aunque era notable que tenían edades diferentes y que sus pieles eran muy pálidas, ambos vestían batas médicas. Ella se inclinó hacia adelante y acercó la cabeza a algo que no pude reconocer bien.

—¿Hablas español?

Su voz resonó en toda la habitación. Asentí con la cabeza, dubitativa. Se mantuvo inclinada mientras apuntaba en su libreta.

—¿Nos puedes decir tu nombre? —inquirió con detenimiento.

—Drey —respondí con voz temblorosa.

—Tu nombre completo, por favor.

—Audrey Moretti, pero siempre me han dicho Drey.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó. Sonaba amable.

Atribuí las preguntas a la necesidad de crear un archivo médico.

—Dieciocho —contesté.

No dijo más, se enderezó y anotó algo en la libreta al igual que el hombre a su lado.

—¿Ustedes...? —solté por impulso. Ambos alzaron su mirada hacia mí—. Están vivos.

—Claro que sí, Drey —respondió ella mecánicamente después de inclinarse por segunda vez—. Tenemos varias preguntas para ti, y si cooperas todo será muy fácil de aclarar.

—De acuerdo —murmuré, nerviosa. Pasó un minuto de entero silencio.

—¿Quién te envió hasta acá? —inquirió con tranquilidad.

Los dos pares de ojos se fijaron en mí, interesados en mi respuesta, aunque no sabía por qué razón me hacían esa pregunta. ¿Quién podía enviarme? ¿Y enviarme de dónde hacia dónde?

—¿Quién me envió? —manifesté con desconcierto hundiendo el entrecejo.

—Recuerda que si cooperas será más fácil —añadió la mujer.

Sus cejas eran finas, sus dientes estaban ligeramente amarillentos y me miraba como si tuviese que reaccionar ante algo. Bajé la cabeza y fruncí el ceño. No entendía la pregunta, por lo tanto, no sabía cómo responderla.

—Nadie me envió —confesé—. ¿A qué se refieren?

Ellos se observaron y se dijeron algunas palabras que no pude escuchar. Poco después, cuando asintieron con la cabeza y pareció que habían dejado claras las cosas, la mujer se inclinó de nuevo para hablarme y preguntó:

—¿Sientes dolor en este momento?

—No.

—Muy bien, Drey. ¿Estás segura de que no quieres decirnos quién te ha enviado hasta acá? —volvió a indagar.

—No sé a qué se refieren —declaré.

—Gracias.

No entendí, pero después de eso ambas personas se dieron vuelta y se alejaron, desapareciendo. No quería que se fueran, sino que se quedaran, que me hicieran más preguntas y que me explicaran en donde habían estado durante todo ese tiempo. Lo supe de inmediato, no estaba tan asustada, estaba un tanto emocionada porque había entablado una conversación con otro sujeto dando

buenos resultados. Había cumplido, después de un año y sin ningún problema, con la estructura básica de la comunicación, de las relaciones sociales, del lenguaje verbal. Adaptarme sería pan comido, acoplarme a la vida que había perdido y que recuperaba, no me costaría trabajo.

Me di vuelta para estudiar mejor el lugar. Me fijé en que mi hombro estaba en recuperación y que tenía una sutura en la barbilla. Debían ser buenos médicos, pero, ¿por cuánto tiempo había estado dormida? El recuerdo de la grieta, de haber caído en ella, del intenso dolor que había sentido y de la pérdida de toda esperanza de poder escapar, llegó a mi mente y entonces me pareció que tenían que haber pasado días para que alguien me encontrara en lo más recóndito de la ciudad. También lo recordé, estaba lejos de casa, aunque probablemente tendría que hallar otra en donde habitaban las personas. Fuese donde fuese, ahí iba a estar, cerca de ellos.

La posibilidad de que el mundo volviese a ser lo que había sido antes, me embriagó de calma.

Súbitamente, escuché el sonido de una cerradura. Mi atención recayó en la puerta de color gris situada al lado del cristal. Alguien iba a entrar. ¿Más personas? ¿Los doctores? ¿Me sacarían ya? Estaba ansiosa por hacerles preguntas. La puerta se deslizó hacia adentro. Vislumbré dos figuras altas, cubiertas por un traje blanco semejante al de un astronauta. Me sentí diminuta ante tan imponentes cuerpos y de manera automática di pasos hacia atrás, alejándome.

«No hay nada que temer —pensé— ellos no me harán daño.»

Las figuras avanzaron más rápido cuando intenté tomar distancia. Uno de ellos se situó a mi lado, me tomó los brazos y los juntó tras mi espalda; el dolor que me recorrió clavícula me obligó a soltar un quejido. El otro hombre se detuvo justo en frente, levantó una inconfundible bolsa negra y me cubrió la cabeza con ella. Todo se oscureció y el pánico se apoderó de mí.

—¿Qué hacen? ¿Por qué me cubren? —pregunté, confundida.

Al no obtener respuesta, el momento que había creído maravilloso se convirtió en un instante de horror. Sentí que se me templaban las manos y que un miedo ensordecedor recorría cada parte de mi cuerpo. Intenté zafarme, pero ellos me sostuvieron con firmeza, haciéndome entender que no iban a soltarme aunque se los pidiera.

Me obligaron a caminar.

Las cosas no iban bien, me había apresurado al creer que estaba a salvo. La idea de que fueran malas personas, me decepcionó. ¿Qué había pasado en la grieta? ¿Quiénes me habían capturado?

—¡Suéltanme! —exclamé mientras forcejeaba con sus agarres—. ¿Por qué hacen esto? ¡Oigan! ¡Respóndanme! ¿Quiénes son? ¿En dónde habían estado?

No respondieron. Mientras avanzábamos, escuché el sonido de una puerta abrirse. Temblé. Podía respirar porque la bolsa estaba puesta sobre mi cabeza sin presión alguna, pero temí que en algún momento se adhiriera a mi rostro y mi propia respiración se convirtiera en mi asesina.

Antes de que pudiera protestar, fui impulsada bruscamente hacia abajo. Me sentaron. Alguien detrás de mí me ató las manos a la silla. El miedo se intensificó y se mezcló con la confusión, la desesperación y la impotencia. Segundos después, también me ataron los pies.

En ningún momento extrajeron la bolsa de mi cabeza. Me dejaron amarrada de pies y manos, incapaz de observar quienes eran mis opresores y como era el entorno. Permanecí ahí alrededor de diez minutos a merced de mi oído, respirando frecuente y pesadamente, empujando y atrayendo el plástico a mi cara, temblando y haciéndome cientos de preguntas que no podía responder, hasta que, en un momento, una carrasposa y profunda voz masculina llenó el recinto:

—Drey, ¿no? —dijo—. ¿Qué tal si nos conocemos un poco? Soy el especialista en interrogación, Carter. Estoy seguro que has escuchado de mí. Si es así, me gustaría aclarar que esas terribles historias de tortura en las que se me menciona, son ciertas, así que asumo que no quieres protagonizar alguna de ellas, ¿o sí? —Pude oír el sonido de sus zapatos golpear el suelo—. ¿Sabes? No imaginé que enviarían a una fémina, ¿será que pensaron que por eso íbamos a ablandarnos? Siempre he considerado que la igualdad es primordial y mucho más cuando escorias como tú llegan con objetivos tan sucios como el que tienes, ¿cierto? Sí, tú lo sabes, lo sabes muy bien. Pero bueno, para dejar a un lado tanta charla, te diré que si cooperas no habrá castigo y podremos considerar llegar a un acuerdo, pero claro, eso sólo sucederá si nos das toda información

que poseas y si te rindes, porque si te pones dura, terca y de repente padeces amnesia, las cosas se pondrán muy pero muy feas y eso no es lo que queremos.

Cada centímetro de mi cuerpo se paralizó. ¿Escoria? ¿Objetivos cómo el que tenía? ¿Castigos? ¿Torturas? ¿De qué hablaba? ¿Información?

—¡No sé de qué habla! ¿Por qué no me sueltan? ¡No comprendo! —hablé con premura—. Suélteme por favor.

—Repito, no te pongas terca —expresó él. Sonaba tranquilo—. Mejor empecemos. ¿Quién te envió? Ya sabemos que El Imperio, pero, ¿quién? ¿Gregori? ¿Alguien más? Necesito nombres —preguntó.

Ya era tortuoso no poder ver nada, pero temblé al pensar que venía algo peor.

—Nadie me envió —respondí con torpeza. Me tiritaron los labios y todo el cuerpo—. Caí en esa grieta por accidente.

—¿Dices que caíste en nuestros terrenos, dentro de nuestra fosa, por accidente? Vamos, ya te dije que no quiero que esto se ponga feo —dijo él con un tono de diversión.

—Pero le digo la verdad —mascullé. Escuché una risa burlona de su parte—. Hace tres años todos murieron, ustedes lo saben, ¿cierto? Yo sobreviví.

—Ah, claro, muchos sobrevivimos, pero eso no es lo que me interesa saber —soltó con indiferencia—. ¿Quién te envió? —volvió a preguntar, esa vez, enfatizando las palabras.

—¡Le digo que nadie me envió! ¿A dónde iban a enviarme? ¿Quiénes son? —hablé. De nuevo escuché sus pasos.

—¿Vamos a jugar a eso? Y yo que hoy estaba de buenas y quería hacer las cosas del mejor modo —dijo con un inquietante regodeo en el tono de voz.

—¡Le juro que le digo la verdad! —aseveré casi como suplica. Tiré de mis manos con fuerza, pero no podía liberarlas.

—Imagino que debes estar muy bien entrenada para el papel de joven inocente, ¿no?

—No estoy entrenada para nada, explíqueme qué está sucediendo.

La voz se me quebró. No podía maquinar alguna forma de desatarme, no sabía cómo hacerlo. Mi cuerpo se estremeció y mi rostro, sudoroso bajo el plástico, se empapó de lágrimas.

—Responde mis preguntas y esto acabará rápido —profirió de manera mordaz—. ¿Qué venías a buscar aquí?

—No venía a buscar nada, no aquí, iba de vuelta a casa —contesté entre pequeños sollozos. Lo escuché resoplar.

—¿En dónde dejaste el traje? —preguntó, aumentando el volumen de sus palabras.

—¿Cuál traje? No tengo ningún traje.

—¿Te inyectaron algo? ¡Habla, maldita rata! —gritó violentamente.

Casi pude sentirlo encima de mí. Imaginé que me mataría, que anudaría la bolsa en mi rostro para que muriera por falta de aire y un sinfín de cosas más. Todos esos pensamientos amenazadores consiguieron acrecentar el horror.

—¡No sé nada! —chillé, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

Él se quedó en silencio. Mis sollozos y gimoteos eran lo único que se escuchaba en la habitación. Mi respiración parecía el siniestro estertor de la agonía y las gotas de sudor que resbalaban por mi frente, hacían un recorrido hasta caerme por el cuello, causando un sutil cosquilleo que aumentaba la inquietud y desesperación.

Volví a escuchar los pasos un minuto después, pero esa vez acercándose a mí. Trepidé cual cachorro asustado y cuando sentí el peso de una mano sobre mi omóplato, me sobresalté, atemorizada. El corazón me sacudió el pecho con fuerza, tanta que pensé que podía causarme un infarto.

—¿Qué te pasó en el brazo? ¿Te fracturaste cuando caíste dentro de la fosa? Qué torpe, qué inútil. Bien, ¿sabes qué? Vamos a probar algo distinto, algo que te puede refrescar la memoria.

Oí un chasquido y más pasos. Alguien me sostuvo por el cuello mientras que otra persona desataba los nudos. Aproveché ese momento para forcejear e intentar huir, pero de nuevo fue imposible. Siendo más débil y más delgada, mis posibilidades eran diminutas.

Me forzaron a levantar de la silla y, sin piedad ni compasión, elevaron mis brazos, juntaron mis manos y las ataron a una cuerda que supuse que colgaba del techo. El dolor que sentí cuando el hombro articuló hacia arriba, fue indescriptible. El grito salió de mi boca sin que pudiera evitarlo. Lo sentí punzante e incómodo. Se extendió por mí brazo, por el pecho y hasta la nuca. No les

importaba en lo absoluto mi seguridad, ni yo, y lo demostraron al dejarme colgando de la soga con tan sólo las puntas de los pies tocando el suelo.

—Te dije que iba a ponerse feo —le escuché decir—. Ahora, repetiré las preguntas y espero que tu mente se haya aclarado. ¿Qué venías a buscar aquí? ¿Te ordenaron hacer algo?

—No venía a buscar nada —respondí después de un minuto de silencio, cuando pude aminorar mis sollozos.

—Estás muy bien entrenada. —El sonido de sus palmas juntándose como aplausos, me intimidó—. Pero siempre se llega a un límite.

Tan pronto se quedó en silencio, sentí un potente golpe en el hombro izquierdo que agudizó aún más el dolor de la fractura. Solté otro grito que me escoció la garganta. Todos mis músculos se tensaron, mi cuerpo se sacudió, retorciéndose, haciendo que deslizará las puntas de los dedos sobre la dureza del piso.

—¡Le digo la verdad! —sollocé con fuerza.

—¿Y crees que soy idiota? —enunció súbitamente.

El golpe esa vez fue en la boca del estómago, lo suficientemente intenso como para dejarme sin aire. Me tragué el quejido y me retorcí. Las muñecas me ardieron por la fricción que causaba la cuerda.

—¡Habla, maldita rata! ¡Habla! —gritó el especialista.

—Yo... —musité con dificultad, incapaz de completar la frase.

—¿Con qué objetivo te ha enviado El Imperio?

—No... yo... no sé... —pronuncié entre el llanto.

—¡Mientes!

La piel se me erizó cuando sentí una carga de agua helada caer sobre mi cabeza, pero la desesperación se apoderó de mí cuando el líquido hizo que la bolsa se adhiriera a mi rostro. La incapacidad para respirar con normalidad me obligó a estremecerme, a forcejear y a moverme con insistencia, produciendo más dolor en el hombro. Abrí la boca queriendo gritar, intentando pedir ayuda, piedad, pero el plástico lo impidió. Lo único que podía hacer era moverme de un lado a otro como pez fuera del agua.

—¡Di la verdad!

Sentí que mis pulmones comenzaban a doler. Traté de respirar, pero la bolsa continuó apegándose. Pensé que mi cuerpo no aguantaría aquel trato, que mis

miembros no soportarían esa tortura y que todo mi organismo colapsaría, pero en un intento desesperado por hallar la forma de obtener oxígeno, exhalé enérgicamente logrando que el plástico se alejara de mi piel. El aire pudo colarse por mis fosas nasales devolviéndome lo que había perdido, otorgándome un respiro de vida.

—¿Por qué me hace esto? —clamé después de un gran suspiro.

—¿Por qué no respondes a mis preguntas? —inquirió como respuesta—. Todo sería más fácil si lo hicieras, ya que te estoy dando una gran oportunidad —bufó el hombre. Se le escuchaba molesto, implacable.

—Le digo la verdad, créame.

Una bofetada en la mejilla me tomó por sorpresa, sintiéndose como si mi cara impactara contra una piedra; entonces, la sangre impregnó mi boca.

Sin que se cumpliera un minuto, otro golpe en el pómulo contrario me removió los sentidos. De nuevo me empapé de lágrimas, sangre y de todos aquellos fluidos que podían brotar de mi garganta.

—¿No vas a hablar? ¿Tan leal eres a esos canallas?

—Por favor... —imploré.

Pensando que aquel hombre acabaría conmigo y arrepentida de haber puesto un pie fuera de la ciudad a causa de mis impulsos, me rendí, dejé de forcejear y permití a mi cuerpo reposar lánguidamente colgado de la cuerda. No podía contra él, ni contra el miedo, ni contra los dolores que presionaban mis músculos. Otra vez, como lo había hecho al ver a mi familia y a la humanidad extinguirse, sentí que lo único que merecía era la muerte.

Esperando el golpe de gracia que pudiera dejarme inconsciente, se hizo presente una voz masculina que no reconocí.

—Basta, la vas a matar —pude escuchar. Era otro tono de voz, uno más sereno.

—¿Y crees que me importa matar a una rata como esta? —replicó con furia el especialista. Si no le importaba, ¿por qué no acababa conmigo de una vez?

—No puedes matarla sin permiso del comandante —objetó el otro hombre.

—No te metas en esto, Julian, estoy haciendo mi trabajo.

—Antes de proceder en tu trabajo —habló aquel que debía llamarse Julian—, debes proporcionarle información sobre él al comandante, y me parece que desconoce totalmente lo que está sucediendo, ¿no es así?

—¿No ves que quería infiltrarse? —señaló el especialista después de un corto silencio, con exasperación en el tono de voz—. De no ser por Pantera, jamás lo habríamos sabido y quien sabe qué habría pasado. No se están resguardando del todo bien las entradas, pero qué suerte que es muy tonta esta rata, porque quiso ingresar atravesando la fosa abandonada —expuso. Se le oía frívolo, nada compasivo, justo como un verdugo debía ser.

—Entonces, será el comandante quién decida su destino, no tú —alegó el hombre.

¿Había un destino peor que ese? ¿Mi vida tenía que pasar por diferentes manos para poderse dictar un final? Porque prefería que las cosas sucedieran rápido.

—De acuerdo, pero antes tendré que cumplir con mi protocolo. No ha dicho nada, sólo lo niega y sabemos que es imposible que no sea lo que creemos que es o que no venga de donde creemos que viene. —El especialista hizo una pequeña pausa, y luego continuó—: Tendremos otra cita, Drey, y espero que, para ese entonces, estés dispuesta a confesar.

Los pasos se alejaron lentamente. ¿Me dejarían colgando? No escuché nada más, así que supuse que todos se habían ido y que tendría que mantenerme en aquella posición incómoda e hiriente.

—Ayúdenme a bajarla —pude oír.

Alcé la cabeza que había tenido gacha y respiré agitada, confundida. ¿Aquel llamado Julian se había quedado ahí durante esos pocos minutos? Para mi entera sorpresa, unos brazos me rodearon la cintura, sosteniéndome. Quise moverme para evitar que me tocaran, pero sus palabras me tranquilizaron:

—No te haré daño, sólo voy a bajarte.

—Usted no puede trasladarla solo, doctor Julian, es peligroso —escuché decir a otra voz más grave y más extraña.

—¿Crees que así es un peligro? No puede ni moverse. Vamos, desamárrenla, necesita ser atendida.

—Sí, doctor.

No puse objeción alguna porque mis brazos, mi cuerpo y mi mente estaban agotados. Sin una mínima esperanza y con la resignación predominando, permití que aquel hombre me sostuviera entre sus brazos hasta liberarme. Estaba a salvo, aunque de seguro no por mucho tiempo.

Julian me transportó con mucho cuidado, como si fuera una carga valiosa. Me dejó reposar sobre una camilla y con suma delicadeza retiró la bolsa que había obstruido mi vista. Pude ver todo con claridad, incluso los restos de las lágrimas atrapadas en mis pestañas. Estaba en otra habitación médica, una un poco diferente, más normal. Frente a mí reconocí al hombre barbudo y de gafas que había visto junto a la mujer al despertar. Él era Julian. Cuando lo detallé mejor, supuse que debía tener unos cuarenta y tantos años.

—Te voy a poner algo para el dolor y vas a poder descansar —susurró.

Sentí un ligero pinchazo en el brazo, pero no me inmuté porque estaba segura de que nada de lo que pudiera hacerme en ese momento, sería más doloroso que lo que ya me habían hecho en aquella habitación. Nunca había pensado que, al estar con otras personas, la realidad pudiera cambiar. La humanidad era buena en su mayoría, o lo había sido, ya que en ese instante eran completamente diferentes, haciendo que el recuerdo de la gente que había existido se pareciera a la vaga imagen de unos habitantes prehistóricos.

Escuché a Julian hablar, pero no quise moverme. Pude ver gente andar a mí alrededor con implementos y medicinas. Mientras, mi única duda era: ¿con qué clase de personas estaba y qué atrocidades iban a hacerme?

Desperté tan asustada que casi hice caer los implementos médicos conectados a mis extremidades. Me encontraba en la habitación médica de nuevo, pero esa vez con el cuerpo hinchado y la mente plagada de dudas. No sentía dolor, sin embargo, una punzada incomoda en el hombro izquierdo amenazaba con perturbar la calma que me inspiraba la estancia.

Me incorporé con cuidado y me senté. No había nadie más ahí, sólo las máquinas y yo. Agobiada, traté de recordar lo ocurrido. No había sido una pesadilla, realmente había pasado y sí, estaba en peligro.

Debía irme de ese lugar, pero tenía miedo de poner un pie afuera y ser llevada nuevamente a la habitación de las pesadillas. Además de eso, una docena de preguntas revoloteaban por los compartimientos de mi mente. ¿En dónde estaba? ¿Por qué me habían interrogado como si fuera una enemiga? ¿Cómo podía huir?

Me exalté cuando la puerta de la habitación se abrió. Automáticamente me deslicé hacia atrás y me acurruqué cerca de la cabecera de la camilla. Era inevitable, mis sentidos estaban descontrolados, por lo tanto, mi cuerpo reaccionaba ante cualquier sonido o movimiento desconocido.

Un hombre atravesó el umbral de la puerta para hacerse visible. Era él, el doctor.

—¿Cómo te sientes, Drey? —se apresuró a preguntar en tono afable. Vestía una bata blanca y sostenía una libreta.

Lo estudié rápidamente. Su cabello estaba ligeramente ondulado y vetado en canas, entre las cuales se veía un color rubio. Aunque su presencia no me intimidaba en lo absoluto y no me infundía miedo, no quise responder a su pregunta. Por alguna razón, como si no dominara el habla, mis cuerdas vocales no emitieron sonido alguno.

—No voy a hacerte daño —arguyó. Después de ser víctima de mi silencio, sumó—: Permíteme presentarme, soy el doctor Julian Palafox.

Me tomé un momento para analizar su nombre y analizarlo a él. Realmente no parecía que fuese a lastimarme, pero estaba consciente de que no podía confiar en las personas de ese lugar. Mirándome a través de sus gafas, esperó a que contestara, así que unos minutos después de que mi cerebro diera la orden, hablé:

—Quiero irme —murmuré, tratando de que las ganas de ceder ante el llanto no me quebraran la voz.

—Entiendo, pero no puedes, no estás en condiciones —dijo el doctor. Rápidamente anotó algo sobre su libreta y luego volvió a observarme—. Mira, Drey, lo que pasó fue... fue terrible, lo sé, así que, si hay algo que debas decirnos, puedes confiármelo a mí y yo me aseguraré de que no vuelvan a lastimarte.

—Es que... no sé qué es lo que quieren que diga —respondí lentamente, mirando a mí alrededor como si en cualquier momento fuese a aparecer de nuevo el especialista—. Ese hombre me hizo preguntas que no puedo responder porque no las entiendo.

El doctor Julian soltó una pequeña y falsa risa, sin embargo, aquel gesto no le hizo perder el brillo de afabilidad en sus pequeños ojos.

—No creo que esa actitud pueda ayudarte. ¿Por qué no dices la verdad? Quizás vaya contra la lealtad que te pidieron jurar, pero vale la pena si hace que no te maltraten más, ¿no lo crees? Piensa en ti, Drey, vamos —razonó.

—Eso es lo que he estado haciendo, he dicho la verdad —sostuve. Un ligero cosquilleo de impotencia me recorrió el cuerpo, como cuando se era culpado injustamente por algo que realmente había hecho alguien más.

—¿Quieres mantener ese engaño? A Carter no le importará acabar contigo. Tragué saliva y la garganta me ardió.

—¿Por qué no me creen? —inquirí con voz trémula—. Esto es tan confuso, tan...

Me vi incapaz de completar las palabras por la rabia. El hombre se quitó las gafas y con su dedo índice y su dedo pulgar, frotó sus ojos casi con frustración. Seguidamente, se cruzó de brazos y me miró con cierta diversión, como si mi actitud fuera una buena función de circo.

—Bien, dime, ¿cuál es la verdad que tanto sostienes? —preguntó, vacilante.

Tomé aire con la intención de no titubear, de mantener una firmeza que podía fracasar por mi sensibilidad, pero que si lograba sostener podría otorgarme el beneficio de la duda, o si tenía suerte, de hacerle ver que no mentía.

—Mi verdad es que no sé a qué se refieren con las preguntas que me hacen. No fui enviada por nadie, no pertenezco a ningún grupo y no estoy entrenada para mentir —confesé con esfuerzo, manteniendo la barbilla en alto—. Venía de la ciudad porque había estado buscando... algo que no encontré. Tenía toda la intención de regresar a casa para seguir con mi solitaria vida, pero entonces hallé unos grabados extraños en los árboles y mi curiosidad fue más grande que mi sentido común, obligándome a seguir el camino de las flechas, ese que me llevó al agujero. Caí en él y me desmayé. Al despertar los vi, después de tanto tiempo, después de tanta soledad, por primera vez vi personas. Viví todo este tiempo pensando que sólo yo existía en el mundo, y ahora que sé que no es así, lo que ha pasado me hace dudar mucho... Ustedes son peligrosos.

El doctor Julian me miró con intriga. Ya no había diversión en su rostro, sino curiosidad y desconcierto. ¿Acaso comenzaba a ver la autenticidad de mis palabras?

—¿Estás diciendo que vivías arriba? —inquirió despacio, a lo que yo asentí con la cabeza, afirmando—. Drey, eso es imposible, más que imposible y todos lo sabemos. Realmente no quisiera que te maltraten, me parece que apenas eres una niña, quizás un peón. Sería muy injusto que... por favor, reconsidéralo.

—Lo injusto es que no crean en lo que digo —me apresuré a decir—. No sé nada de lo que sucede, ni nada de lo que me dice. Esto es lo que sé: hace tres años, una tarde, todos comenzaron a morir asfixiados. Yo sobreviví junto a otras seis personas, luego ellos también fallecieron poco a poco, pero no de la misma manera, entonces me quedé sola, pensando que era la única en el mundo hasta ahora —declaré, tratando de no entrar en la desesperación que me suscitaba el ser considerada una mentirosa.

—Bien, espera, espera —soltó mientras se pasaba la mano por la frente. Fijó su vista en el suelo, pensativo—. Sí, eso sucedió, la mayor parte de la población mundial murió a causa del incidente, pero es imposible que cualquier civil sobreviviera. —El doctor dio un paso hacia adelante y me miró con incredulidad—. Drey, ningún ser vivo es capaz de mantenerse sobre la tierra

debido a la gran acumulación tóxica en el aire. No puedes decir que vivías en la ciudad porque el planeta tierra es una cámara de gas letal justo ahora.

Mis labios se entreabrieron a causa del estupor que me produjo su confesión. No podía estarse refiriendo al mismo mundo que habitaba, sobre el que me había mantenido cada día desde la tragedia, sobre el que estábamos en ese momento.

—¿Qué? No, creo que se confunde. ¿Cámara de gas? ¿Me está tomando el pelo? Estamos respirando en este momento, ¿qué acaso no ha salido? Todo está normal a excepción de... los cadáveres. Estuve afuera hasta hace... ¿Cuánto ha pasado desde que me sacaron de la fosa? ¿En dónde...? ¿En dónde estamos? —solté, pronunciando aceleradamente cada frase. Si la intención del doctor Julian era confundirme, lo había logrado.

—Estamos bajo tierra y te encuentras con nosotros, La Resistencia Antiimperialista o mejor conocida como La RAI —contestó haciendo énfasis en cada palabra como si fuese muy obvio.

—¿La Resistencia Antiimperialista? La... Resistencia —emití, y la imagen de aquellas iniciales grabadas en el tronco de los árboles, me llegó a la mente: L. R. A. I.

Analiqué lo dicho. ¿La tierra era una cámara de gas letal? ¿De cuál gas? Era imposible, más que eso, absurdo. Una pequeña punzada en la cabeza me obligó a considerar que tantas dudas iban a llevarme al límite del agotamiento. ¿Quiénes eran La Resistencia Antiimperialista? ¿Por qué se encontraban bajo tierra? ¿Habían estado ocultos durante los años en los que yo había permanecido sola? Volví la mirada al doctor y lo hallé observándome con extrañeza.

—Doctor... ¿qué fue lo que sucedió? ¿Qué fue lo que realmente pasó tres años atrás? —pregunté con voz aguda, casi como una súplica. Necesitaba saber la verdad.

—Hace tres años lo que causó la exterminación del ochenta y cinco por ciento de la población mundial, fue el incidente que ahora conocemos como proyecto ASFIXIA —respondió él, ceñudo, demostrándome que había mucho que no sabía.

—¿Proyecto ASFIXIA?

El doctor Julian inhaló hondo y desvió la mirada para asentir con la cabeza, afirmando. Su expresión manifestó cierta incomodidad.

—El Proyecto ASFIXIA fue el incidente más catastrófico en toda la historia de la humanidad. Tuvo éxito en el noventa por ciento de su objetivo principal, el cual era eliminar al ochenta y cinco por ciento de la población para generar un nuevo orden mundial que estaba pre establecido en secreto —explicó—. Un plan siniestro, pero, sobre todo, ingenioso. Por más de veinte años se estudió la posibilidad de crear un arma química igual de letal que un ataque nuclear, pero mucho más silenciosa. Lo lograron al incluir gas ciclosarín mezclado con sarín en un componente de la naturaleza: las flores. Claro que, estos eran gases modificados y estas eran flores alteradas genéticamente para soportar la combinación gaseosa y para que, al realizar la fotosíntesis, la expulsaran directamente al medio ambiente. Las flores fueron el arma, y esas que se plantaron y dispusieron minuciosamente por todo el mundo, siguen ahí realizando fotosíntesis y expeliendo el gas. Ninguna persona o animal puede sobrevivir, pero un gran tipo de árboles y plantas sí, y aunque estas produzcan oxígeno, el ciclosarín y el sarín impregnado en el ambiente siempre serán mayores, y la tierra será inhabitable.

¿Ciclosarín? ¿Sarín? ¿Armas químicas? ¿Flores genéticamente alteradas? Me llevé una mano a la cabeza e inspiré profundamente para poder procesar completamente lo que estaba escuchando. Teniendo una respuesta, surgió otro lote más grande de preguntas que exigían ser respondidas con urgencia.

—Los efectos del gas fueron más que letales, se convirtieron en una bomba capaz de desequilibrar la naturaleza. Después de tres años ha de haber un gran cambio en ella, como, por ejemplo, árboles que se secan con mayor rapidez, cambios en los troncos que han de verse extraños, raíces exageradamente grandes, transformaciones en el color del pasto, y por supuesto una mayor conservación de los cadáveres que quedaron tendidos por el mundo. Aun no deben ser ni huesos, sólo bultos putrefactos debido a la carencia de algunos descomponedores. —El hombre soltó un gran suspiro y miró hacia otro lado con añoranza—. El gas contenido en esas flores poseía innumerables alteraciones y era capaz de producir efectos que aún desconocemos. Todavía sigue siendo un enigma, pero es investigable. —Tomó una pausa muy breve y luego continuó— : Imagina un gas enteramente capaz de cubrir a la tierra, de cambiar sus ciclos, de evitar la supervivencia de la raza humana. Un gas incoloro, incapaz de ser detectado ni siquiera por olfato. Un asesino invisible, eso es ASFIXIA.

—Pero, ¿cómo pude respirar? —susurré.

La cabeza me daba vueltas.

—Me resulta imposible creerlo, porque, aunque hay oxígeno en la superficie, está mezclado con el gas para poder colarse fácilmente hasta los pulmones. Sencillamente es... inverosímil lo que dices. Cualquier organismo colapsaría al inhalarlo. Rápidamente moriría asfixiado.

—¿Por qué el proyecto tuvo éxito en sólo un noventa por ciento? —pregunté mientras sacudía mi cabeza. El doctor suspiró.

—Drey, vamos, no puedes jugar a esto. ¿Qué es lo que buscas? Lo único que vas a conseguir es que te hagan cosas peores, y luego que te maten.

Se dio vuelta y negó lentamente con la cabeza. Se mostraba reacio a creer en mi palabra, pero yo estaba dispuesta a demostrar la veracidad de lo que decía. Necesitaba saber más sobre el proyecto.

—Doctor —le llamé, casi suplicante— le digo la verdad, viví allá arriba, sobreviví por tres años. Si lo que me dice es cierto, respiré el gas. ¡Créame, por favor!

—Explícame entonces, ¿cómo te alimentaste?, ¿cómo te mantuviste en una superficie asesina? —inquirió desafiante después de darse vuelta.

—Con enlatados de máxima duración, granos, y por dos años con lo que podía encontrar en los supermercados y que aún se mantenía. Dan, otro de los supervivientes, me enseñó a identificar las plantas que podían ser consumidas. Las ensaladas también fueron parte de mi dieta.

Él me interrumpió de inmediato.

—¿Plantas para consumir? ¡Absurdo! ¡El gas está impregnado incluso en sus hojas!

—¡Las consumí! —exclamé con premura e insistencia—. Así me mantuve. Al principio me cambié de ciudad tres veces cuando la energía ya no funcionaba. Tuve que huir de pueblos cercanos a plantas nucleares porque la radiación comenzaba a extenderse. Por suerte llegué al pueblo que queda a cuatro horas de aquí, y alejada de riesgos y con energía eólica yo misma me abastecí. ¿Lo ve? No le miento, llevé una vida normal siguiendo las reglas básicas de la supervivencia, primero con otras seis personas, y luego completamente sola.

Él se negaba a creerlo, podía notarlo. Repentinamente, la puerta de la habitación volvió a abrirse y dos hombres con pantalones verdes, camisas del

mismo color y botas negras, avanzaron hacia la camilla, apartando al doctor con cuidado. Me acurruqué más hacia la esquina, temerosa, nerviosa y dispuesta a patear si era posible. Mi mirada se encontró con el sello que llevaban a la derecha de su pecho L. R. A. I.

—Tenemos órdenes del especialista Carter para llevar a la prisionera a la sala de interrogatorios —dijo uno de ellos.

Comencé a temblar cuando el nombre «Carter» llegó a mis oídos, y automáticamente negué con la cabeza.

—No, no, no. Yo no sé nada, lo juro, no quiero ir, no con él —sollocé con desespero—. ¡Por favor! ¡No deje que me lleven! ¡Doctor, le digo la verdad! ¡Le digo la verdad! ¡Tiene que creerme! ¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme de nuevo, se lo ruego!

El doctor Julian se hizo a un lado para que los dos hombres pudieran llevarme. Mi corazón dio un vuelco y el pánico ligado a la decepción, recorrió mi cuerpo. Iban a lastimarme de nuevo, me asesinarían aun cuando decía la verdad.

—¡Doctor, por favor, ayúdeme! ¡Doctor! ¡Se lo suplico, no deje que me lastimen! —grité con fuerza mientras daba manotazos para que no me tocaran—. ¡No me toquen! ¡No me lleven! ¡No, por favor, se lo suplico!

Fue inútil, porque me manipularon cómo si fuese nada, como un muñeco de peso ligero al que podían transportar a su antojo. Sus enormes manos apretaron mis brazos y el dolor en el hombro regresó rápidamente.

Me obligaron a caminar entre ellos, sosteniéndome, aun así, no dejé de moverme ni de forcejear. Mis pies rozaron el suelo, casi quemándome los dedos. Vi un largo pasillo blanco con más puertas cerradas, y al fondo un ascensor. Me condujeron hasta él, entramos y uno de los hombres me colocó una mano en el cuello.

Sentí un apretón y luego todo fue oscuridad.

•••

Al abrir los ojos, alcé la cabeza con dificultad. El cuello me dolía porque probablemente había estado en una posición incómoda por un largo rato. Intenté mover mis extremidades, pero al verlo imposible asumí que nuevamente estaba atada a algo. Inspeccioné mis alrededores. Me encontraba amarrada a una silla.

Mi cuerpo tembló involuntariamente cuando la puerta que tenía en frente se abrió dando paso a un hombre. Sus parsimoniosos pasos resonaron en toda la habitación. El sonido casi me lastimó los oídos. Aterrorizada, detallé su aspecto.

Aquel individuo podía tener unos cuarenta y cinco años que no le pesaban en lo absoluto. Su mirada de ojos rasgados era penetrante y su sonrisa, cargada de malicia. Llevaba el cabello castaño muy corto al estilo militar, el cual le otorgaba un aire de pulcritud junto a su vestimenta de pantalones de camuflaje color verde y camisa negra de mangas cortas.

Si la imponente tenía representante, debía ser él.

—¿Qué tal, Drey? ¿Te has echado una buena siestecita? —dijo con un abyecto tono de diversión—. Espero que ahora sí hablemos con más confianza.

Tragué saliva al escucharlo. Aunque no hacía frío, mi cuerpo no paraba de tiritar.

—Vamos, no me mires así como cachorro asustado. No habríamos llegado a esto si hubieses sido sincera en nuestro primer encuentro —añadió, encogiéndose de hombros—. Bien, no le demos más largas. Pasemos a repasar el objetivo de esta cita. —Juntó las manos tras la espalda—. Yo pregunto, tú respondes rápido y con la verdad, ¿de acuerdo? Nada de: «no sé», «no sé de qué habla» o «no entiendo lo que dice», porque sinceramente, Drey, esas palabras hacen que me enoje mucho y no queremos que eso suceda de nuevo, ¿no es así?

—Por favor... —susurré. Los ojos se me humedecieron, pero quise sentirme incapaz de llorar ante él.

Había un brillo de satisfacción en su mirada, como si en su mente estuviera planeando minuciosamente la forma más espantosa de hacerme hablar.

—¡Por favor, no lo haga! ¡Soy una superviviente, una sobreviviente del proyecto ASFIXIA! —exclamé, suplicante, recordando el término que Julian me había presentado.

—Todos aquí lo somos —alegó encogiéndose de hombros, restándole importancia a lo dicho—. Procedamos. ¿De dónde vienes exactamente?

—¡De la ciudad! ¡De arriba! —respondí rápida e insistentemente.

El especialista Carter hizo un mohín de desaprobación y movió lentamente su dedo índice de un lado a otro, negando.

—Mal, mal —comentó—. Quiero darte otra oportunidad. ¿Qué venías a buscar aquí? ¿Te dieron órdenes exactas o sólo debías infiltrarte? —inquirió con firmeza.

—Nada, no buscaba nada. Estaba camino a casa, vi unas flechas talladas en los árboles y seguí el camino. Al final encontré una gran grieta y por torpeza caí en ella, después no supe que pasó y cuando desperté estaba en este lugar. Fue todo accidental, no sabía que ustedes estaban aquí, no sabía que realmente no estaba sola —expliqué mientras luchaba contra las ganas de explotar en llanto.

—Vaya, hasta podría creerte, pero me molestan las mentiras absurdas —profirió, tensando cada músculo de su rostro.

Me propinó una bofetada tan fuerte que me desorientó por completo. La vista se me nubló y su figura pareció duplicarse por unos instantes. La mejilla me ardió exigiendo ser tanteada, pero tenía que limitarme sólo a enderezar el cuello y a parpadear reiteradamente para aclarar mi visión. Me contuve para no llorar, no debía.

—Pertenece a El Imperio, ¿no es así? ¿Qué querían ellos que hicieras aquí? —preguntó, escudriñándome, acusándome con la mirada.

—¿A El Imperio? No, no sé quiénes son, lo juro. No pertenezco a nada, le digo la verdad, vengo de la ciudad, vivía sola —contesté sin titubear. Él esbozó una sonrisa que casi me heló la sangre.

—No le estoy viendo resultado a esto —habló y se dio vuelta para caminar paulatinamente frente a mí—. ¿Qué sucede, Drey? ¿Morirás por lealtad?

—Le digo la verdad —mascullé, cabizbaja.

—Sí, bueno, la gente siempre alega decir la verdad, pero en estos tiempos no se puede confiar en nadie —expuso—. Voy a darte una última oportunidad, y si no obtengo lo que quiero tendré que mandar a traer algunas herramientas que facilitarán todo el proceso. Ahora, dime, ¿recibes órdenes directas de Gregori Nikolayev o de la guardia? —inquirió de manera mordaz.

—No. No sé quién es —me atreví a decir.

Me hizo entender que mi respuesta era incorrecta, porque avanzó hacia la puerta, la abrió y emitió el nombre de alguien; luego se devolvió manteniendo una sonrisa y una mirada triunfante, como si hubiese hecho algo de lo que estaba muy orgulloso.

Se quedó en silencio hasta que entró el hombre. Sostenía una bandeja plateada en la que pude observar que reposaban distintos instrumentos entre los cuales sólo reconocí un destornillador, un encendedor y unas tenazas.

—No... —dije con apenas un hilo de voz, temblando ante la idea de que usara aquello conmigo—. ¡No! ¡Créame! ¡Le juro por mi vida que estoy diciendo la verdad!

—¿Por tu vida? ¡Pero si eso no vale nada! Jura por algo que valga, vamos.

—¿Es que acaso no tiene compasión?

—El Imperio no la ha tenido con nosotros —murmuró con voz cargada de repulsión.

Seguidamente, me abofeteó tan fuerte el rostro que por un momento creí perder la conciencia. Se inclinó hacia adelante mientras yo intentaba enderezar el cuello y soltó las palabras con tanta violencia y desprecio que también las sentí lastimarme.

—Puedo pasar todo el día en esto, pero sería una pérdida de tiempo, así que, si no hablas, te juro que voy a dejarte sin uñas y sin dientes.

Y le creía capaz de hacerlo, pero ya no sabía qué decir para impedirlo. Cualquier cosa que dijera o alegara iba a tomarse como una mentira, y estaba consciente de que no volvería a salir ilesa de aquella situación.

—¡Ya no sé de qué manera decirle la verdad! —grité mientras la sangre y la saliva manaban de mi boca, empapando mis labios y mi barbilla.

—¡Mientes, joder! —vociferó con la mandíbula tensa por la ira—. ¿Piensas que voy a creer esa absurda historia? ¿Piensas que soy tan idiota cómo para creer que vivías en dónde nadie puede vivir? ¡Mientes porque eres una maldita escoria entrenada para hacerlo! ¡Di la verdad! ¿En dónde está Gregori? ¡Habla de una vez por todas!

Cerré los ojos e inhalé con fuerza, llenando mis pulmones. ¿Qué caso tenía decir la verdad si no me creía? ¿Valía la pena seguir intentándolo? ¿Y si era mejor rendirme y suplicar la muerte? Durante dos años había pensado que mi destino era morir entre la soledad que había cubierto al mundo, pero en ese instante pensé que el rumbo de mi vida podía haber cambiado para peor. Morir con la boca empapada de la verdad, con las esperanzas hechas añicos, con las ilusiones pisoteadas, era un destino lamentable.

—No... no sé de qué me está hablando —fue lo que pude decir en un último intento de que me creyera.

Él formó una fina línea con sus labios que rápidamente se convirtió en un falso mohín de pena.

—Es una lástima, Drey.

Cerré los ojos dejando emerger las lágrimas. Me quedaba esperar a que él se divirtiera lastimándome, y luego que mi cuerpo no resistiera más.

—¡Dice la verdad! ¡Dice la verdad!

Abrí los ojos al oír la voz. La puerta se abrió de par en par y el doctor Julian se acercó corriendo, agitado, casi como un ángel que enérgicamente acudía al rescate de un débil humano.

El especialista se quedó quieto con el entrecejo hundido, hasta que, finalmente, Julian se detuvo sacudiendo una carpeta amarilla. Sus pequeños ojos enfocaron con horror el estado en el que me hallaba, pero luego volvieron hacia Carter.

—Hay un registro del año dos mil nueve en el que se refleja que diez personas fueron reclutadas para formar parte del proyecto INMUNOEficiencia, uno cuyo objetivo era producir humanos inmunes a los efectos del proyecto ASFIXIA. Tres personas murieron durante las pruebas y sólo siete sobrevivieron. —El doctor Julian extendió la carpeta hacia el especialista—. Drey es una de ellas. Dice la verdad, viene de la superficie y es inmune al gas. No puedes matarla.

El especialista no podía creérselo, ni yo tampoco. A ambos nos tomaron por sorpresa. La confusión y el desconcierto en sus ojos, acabaron inminentemente con toda la malicia que había en ellos. No podía hacerme daño.

—¿Qué? —soltó con un ápice de desagrado.

—Tampoco lo creía, pero ahí está. Revisé los archivos que se extrajeron de las instalaciones locales. Es un pequeño informe, no detalla demasiado pero su nombre aparece en él. Está sellado y firmado por el antiguo director, significa que está validado y es real —le explicó Julian sin detenerse a respirar.

Carter observó con desdén la carpeta, sin siquiera demostrar intenciones de revisarla. Relajó el rostro, para mi sorpresa, y sin decir alguna palabra salió de la sala de torturas, alejándose, llevándose consigo la presencia de la muerte.

El doctor Julian me dedicó una mirada afable, casi como queriendo decir que todo estaría bien. Se dio vuelta para mirar al hombre que aun sostenía la bandeja plateada con las herramientas y se dirigió a él sin mucha amabilidad:

—¿Qué esperas? ¡Suelta eso y desátala! —exclamó—. Y luego irás a buscar al comandante Homs de inmediato.

El hombre alzó las cejas y luego asintió repetidamente. Giró la cabeza hacia ambos lados y al no ver ninguna mesa, se inclinó para dejar la bandeja sobre el suelo.

—Pero doctor, el comandante dejó dicho que no quiere interrupciones mientras está en reunión —comentó el hombre.

—Pues lo interrumpirás. Esto es importante.

Cuando desperté por tercera vez, la habitación era más grande y no estaba sola en ella. Al frente, justo cerca de la puerta, incluso con la vista borrosa, reconocí al doctor Julian que parecía estar teniendo una charla con otras dos personas: una mujer de espesos y rizados cabellos rojizos y un hombre alto, fornido, de cabello castaño y postura recta. Ambos vestían pantalones verdes y camisas negras cuyo estampado en el pecho mostraba las iniciales que ya sabía que representaban a La RAI.

No tuve intenciones de moverme para avisar que había despertado, así que sólo parpadeé lentamente esperando que mi vista se esclareciera por completo. A pesar de eso, ellos no notaron que ya estaba consciente y continuaron su charla.

—¿Y Carter cómo reaccionó? —escuché. Mis sentidos despertaron y dirigí mi atención a la conversación que se estaba llevando a cabo. El nombre me puso a temblar.

—No dijo nada, sólo se fue —respondió Julian negando con la cabeza—. Cuando lo supo, no tuvo más que marcharse.

—Su reacción no es para menos —intervino el hombre de cabello castaño cuyos brazos estaban cruzados—. Él está encargado de interrogar a cualquier prisionero que se tenga en las celdas y más aún a cualquiera que se le descubra infiltrándose en la ciudad. Sólo estaba haciendo su trabajo.

—¿Ustedes realmente creen que El Imperio enviaría a alguien a infiltrarse de esa forma? No lo subestimen —repuso el doctor. El hombre de torso fornido, sonrió.

—Pues en eso tiene razón, creo que a Carter le faltó más sentido de la lógica. Desde que estamos aquí ha querido aplicar sus conocimientos en alguien y no ha podido. No nos llegan infiltrados muy a menudo, ¿cierto?

La mujer de los rizos le dedicó una mirada fulminante a su compañero de uniforme. No le habían agradado sus palabras.

—Los métodos de Carter son brutales, muy efectivos si somos conscientes, pero como dice Julian, al ser la primera persona que se encuentra creyendo infiltrarse, debió haber acudido al comandante sin perder tiempo —puntualizó ella.

—¡Pudo haberla matado! —exclamó el doctor con cierta indignación—. ¿Se imaginan? La primera persona inmune y... Carter pudo haberla asesinado. Lo peor es que ella suplicó que le creyeran. Me siento culpable en cierto modo, yo dejé que se la llevaran por segunda vez. Tampoco le creí en un principio.

—Nadie le habría creído en un principio y si no actúas rápido, nadie le habría creído nunca. Habría pasado como infiltrada y de seguro habríamos terminado por eliminarla —dijo la pelirroja. Sonaba severa—. No tienes que sentirte culpable, porque si lo pensamos bien en primera instancia suena absurdo, ¿un inmune a ASFIXIA? Parece muy irreal.

—En tres años no hice esta búsqueda. Nunca escuché de tal proyecto, ni de un grupo de personas sometidas a experimentos contra ASFIXIA, pero al buscar en el sistema fue como... como si mi mente me dijera qué era lo que tenía que hallar —confesó Julian mirando el suelo, pensativo—. ¿Lo ven? Fue una magnífica idea reactivar el sistema de archivos extraoficiales.

—No lo dudamos, doctor.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y un hombre entró al lugar. Por un pequeño instante pude jurar que el brillo en sus ojos se me hacía familiar, pero tenía la mente tan revuelta y los pensamientos tan confusos que no quise detenerme a saber la razón de la familiaridad que me inspiró.

Llevaba el mismo uniforme que los demás, pero sobre su mata de cabello negro reposaba una boina dorada con las iniciales de La RAI perfectamente bordadas. Parecía desconcertado por la forma en que sus espesas y oscuras cejas se hundieron formando una ligera arruga sobre su nariz, y por la manera en como sus labios poco generosos formaron una línea muy fina. Todos posaron su atención en él, mirándolo con un ápice de inferioridad.

—Comandante —le saludó el doctor Julian. Así que evidentemente era él, el comandante que había mencionado en la sala de torturas. Se veía tan diferente al especialista.

—¿Qué fue lo que sucedió? —inquirió.

—La encontraron en la sala superior de la fosa del este. Estaba inconsciente, tenía fractura de clavícula y unas heridas menores —informó el doctor Julian—. La examinamos y está sana, pero Carter la llevó a la sala de interrogatorios después y... ya sabe, estuvo haciendo su trabajo.

El hombre se abrió paso hacia mí y se dio cuenta de que estaba despierta y muy atenta a la conversación. Se situó al lado de la camilla y me escudriñó con la mirada, dejando ver que poseía unos profundos ojos verdes y un rostro lozano. Demasiado joven para ser un comandante, al menos sabía que para llegar a un rango tan alto había que adquirir no sólo experiencia, sino también edad. Entonces, ¿era el comandante de qué?, ¿de La RAI entera o de una parte de ella?, ¿qué tan grande era el grupo?

—¿Y cuál es su nombre? —indagó sin dejar de observarme. Yo les respondía a las miradas, muy quieta, parpadeando cuando era necesario.

—Su nombre es Drey —anunció el doctor.

—¿Y realmente es inmune? —preguntó mientras se daba vuelta para encarar a los presentes—. ¿Es eso posible? ¿Estás completamente seguro?

—Bien, esto me tomó fuera de base —dijo Julian al mismo tiempo que se acercaba a un estante dispuesto contra una pared. Tomó una carpeta amarilla de él y se la entregó al comandante que no dudó en cogerla—. Nunca escuché sobre un proyecto para desarrollar personas inmunes a ASFIXIA, pero como sabe, a nosotros no nos decían demasiado. Justo después de que se la llevaron para interrogarla por segunda vez, revisé el sistema que está conectado al antiguo sistema de archivos extraoficiales del Pentágono y encontré un informe que había sido recibido desde un organismo privado. Dice muy poco porque parece rutinario, es posible que haya sido enviado para ser almacenado en el registro, pero su nombre figura en él y no sólo el suyo, sino el de diez personas más. De esas diez, se menciona que tres murieron durante los procedimientos y que siete sobrevivieron exitosamente a los métodos utilizados. En sí, el objetivo que se plantea en él era crear personas inmunes a los efectos del proyecto ASFIXIA, por esa razón lo llamaron proyecto INMUNOEFICIENCIA. El término

ni siquiera es correcto dentro de algún área científica, pero parece definir muy bien lo que buscaban lograr.

De todos los recuerdos que tenía de mi niñez, en ninguno figuraba haber pasado más de un día en un hospital o en algún centro en donde hubieran podido experimentar conmigo. Por tal razón, lo que escuché me sonó ilógico. Si habían hecho algo en mi cuerpo debía recordarlo, pero, aunque lo intentara, las memorias de mi vida eran normales y, de hecho, muy felices.

Nada de lo que dijo tomó lugar en mi cabeza.

—Esto es... sorprendente —murmuró el comandante. Sus ojos se deslizaron sobre las palabras escritas en el papel—. ¿Y ya le preguntaron si recuerda algo?

—En el informe están descritos algunos métodos utilizados para que los individuos pudieran regresar a la vida diaria, para poder introducirlos de nuevo a la cotidianidad. La terapia electroconvulsiva fue una de esas técnicas —alegó el hombre—. Si fue así me temo que, aunque se lo preguntemos, ella no va a recordarlo, no por ahora.

Quise gesticular, aunque fuera una mínima reacción, pero me sentí incapaz de moverme.

—Permítame decir que esto es importante, ella es importante —añadió Julian después de un minuto de silencio que el comandante usó para examinar el informe—. Me gustaría tratarla y realizarle algunos análisis. Va a quedarse, ¿no es así?

—Por supuesto que va a quedarse —aseveró el portador de la boina dorada.

El comandante volvió a entregarle la carpeta al doctor y entonces posó su mirada sobre mí de nuevo, como si necesitara observarme por más tiempo para asegurarse de que era real. Nuevamente, el brillo de familiaridad me inquietó.

—¿Ya estaba así de magullada en el rostro o fue obra de Carter? —indagó, hundiendo el entrecejo—. Tiene moretones por todos lados.

Vi como el doctor bajó la cabeza, casi apenado.

—Fue Carter —respondió sin más.

—¿La golpeó de esa manera sabiendo quién era? —soltó con un dejo molestia en la voz. Julian no pudo encararlo, mientras que las otras dos personas presentes en la habitación sólo se dedicaron a escuchar en silencio.

—No, él no lo sabía. Asumió que ella intentaba infiltrarse y la trató como a un enemigo —confesó el doctor. La mandíbula del comandante se tensó y las venas de su cuello brotaron salvajemente.

—¿Y ella dijo quién era? ¿Dijo que era inmune? —inquirió casi intentando no perder la paciencia.

—Dijo que venía de la ciudad, que no sabía nada de lo que le preguntábamos. Ella ni siquiera sabía sobre ASFIXIA. Se ha enterado hace poco, no tenía consciencia de que era inmune.

El comandante asintió tan lentamente con la cabeza que causó temor en los presentes. Estaba molesto, cualquiera podía notarlo. Se giró sobre sus pies y enfrentó a cada uno con una expresión acusatoria.

—Justo ahora me gustaría saber, ¿quién es Carter para tomarse atribuciones que no le corresponden? Se supone que todo lo que suceda debo saberlo primero, ¿no es así? Y más si es algo tan importante como esto. —El comandante señaló al hombre que estaba al lado de la pelirroja—. Ligre, déjale dicho a Carter que quiero verlo en la oficina.

El hombre al que se había referido como Ligre, asintió y sin perder tiempo u objetar algo, marchó hasta la puerta para ir a cumplir la encomienda.

—No teníamos ni idea... —objetó el doctor Julian, cabizbajo.

—Aunque no la tuvieran, esto no era necesario —vociferó el comandante, señalándome con el dedo—. ¡Saben que no apruebo este tipo de bestialidad! Tenían que haberme llamado, o si quiera haberla escuchado.

La mujer de los abundantes rizos rojizos dio un paso adelante con la intención de hablar.

—No podemos ser condescendientes con cualquier desconocido, recuerda que estamos en tiempos difíciles —intervino ella, para luego dedicarme una mirada cargada de desconfianza.

—No ser condescendientes y aplicar este tipo de salvajismo son dos cosas muy distintas. La podían haber dejado en una celda hasta que yo me ocupara, pero parece que a veces se les olvida quien está al mando —bufó. Su actitud era imponente y ellos parecían respetar eso, entonces comprendí que era el comandante de todo, incluso luciendo tan joven—. Nosotros no lastimamos a inocentes.

—Todos juran ser inocentes —comentó la mujer en tono desafiante. El comandante hundió más las cejas.

—Aunque no lo parezca, aún quedan inocentes en este mundo, además, ¿cómo van a pensar que El Imperio lanzaría a un infiltrado de esta forma? —continuó hablando en voz alta, reprendiendo—. ¿Creen que este grupo se levantó para que fuéramos unos mercenarios como ellos?

—¡Carter sólo hacía el trabajo que tú le concediste! —exclamó la pelirroja, molesta, irritada.

—¡Un trabajo que debe ejecutar después de comprobar que no tratamos con un inocente! ¿O no son esas mis reglas? ¿No son esas las malditas reglas que impuse? —reprochó el comandante, ganando la discusión ante el silencio que envolvió la estancia.

—Levi, no estoy de acuerdo con tu reacción —repuso la mujer.

Todo mi cuerpo reaccionó ante el nombre. Escuchar «Levi», bastó para que mi cerebro enviara impulsos que me obligaron a levantarme con rapidez. A causa de la impresión, todo en mí se aceleró. Quedé sentada en la camilla, con aquellos pares de ojos mirándome, cada uno con expresiones diferentes.

—¿Levi? —pronuncié con voz temblorosa.

—Sí, Drey, soy el comandante Levi Homs —habló en tono calmado mientras se acercaba de nuevo a la camilla.

—Levi —susurré.

Los recuerdos del libro atiborraron mi mente. Sus palabras, sus escritos que me habían hecho compañía y la expectativa que había despertado en mí. ¿Realmente era el Levi que había conocido mediante el diario? Porque antes de caer en la grieta me había quedado claro que él no estaba vivo, pero en ese instante, teniéndolo ante mí, además de la sorpresa, la confusión se unió a la pila de emociones que estaba experimentando.

Vivo, él estaba vivo.

—Yo te buscaba... —confesé— estás aquí.

Volvió a hundir el entrecejo, demostrando desconcierto. Por supuesto, él no lo entendía, no sabía que había salido de casa para buscarlo, que había sufrido al no encontrarlo y que en cierta parte por esa razón había terminado allí. Quise decírselo, contarle lo que había sucedido, pero, aunque mis labios se entreabrieron para emitir palabra, de nuevo no pude pronunciarlas. La imagen

de Carter sustituyó todo lo demás y la sensación de dolor me abordó haciendo que recordara cada insulto, cada risa fingida y cada golpe.

Caí en la realidad tan rápido como había descendido por la grieta. Las personas que tenía ante mí eran crueles y nada podía asegurarme que en cualquier momento no empezarían a tratarme como lo había hecho el especialista.

Vi a alguien acercarse del mismo modo que lo había hecho Levi y aunque sabía que era el doctor Julian, mi mente jugó contra mí, confundiéndome, haciéndome observar por un instante una silueta distinta, muy oscura y amenazante que no tardaría en lastimarme. Negué con la cabeza a medida que se aproximaba, el temor casi oprimió mis pulmones y como si de nuevo me hubieran cubierto con la bolsa plástica, sentí que me ahogaba, que me quedaba sin aire y que en sólo segundos me desplomaría.

—Drey, ¿estás bien? —escuché decir, aunque no pude reconocer a quien emitió las palabras.

Trepidé y me aferré a las sabanas para poder moverme hacia atrás. Sentí la tela haciendo fricción sobre mis piernas desnudas, y luego el borde de la camilla más cerca.

—Aléjese... —pude decir. La silueta se acercó mucho más y un grito salió de mi boca—: ¡No! ¡Digo la verdad! ¡Le digo la verdad! ¡No sé de qué habla!

—Drey, lo sabemos, te creemos, tranquila —escuché. Cerré los ojos con fuerza y cuando los abrí, las cosas se habían tornado peores. Tantas manchas, tantas imágenes difusas e indescifrables.

—¡No! ¡No quiero ir! ¡No quiero ir con él! ¡Quiero ir a casa! ¡No me golpeen! ¡Digo la verdad, lo juro! ¡No, por favor! —repetí sin cesar.

Ellos venían para atraparme y llevarme de nuevo a aquella lóbrega sala. Mi visión era confusa, borrosa y parecía que poco a poco se oscurecía amenazando con desaparecer. Sentí tanto frío que creí entumecerme.

—¡Drey!

Las siluetas acudieron con mayor rapidez. Sentí un tirón hacia atrás y caí contra la camilla. La cabeza me dio vueltas y las luces que provenían del techo me cegaron, obligándome a cerrar los ojos. Los escuché cerca, alrededor de mí. Me agité y moví con desespero, quise levantarme y correr, pero algo me lo impidió, una fuerza mayor. Giré mi cabeza hacia ambos lados, repetidamente.

Abrí los ojos y visualicé la negrura más pronunciada; sólo un pequeño espacio me dejó observar a los desconocidos.

—¿Qué le sucede? —preguntó con insistencia uno de ellos.

—Está teniendo un ataque.

—¿Un ataque?

—Va a convulsionar.

Y todo se apagó.

...

Me incorporé con brusquedad apenas desperté. La habitación médica estaba completamente sola en ese momento, y junto a la camilla un pitido sonaba intermitentemente. Podía ver todo con claridad, pero recordaba haber experimentado una sensación de confusión desesperante. Me observé a mí misma. Vestía la misma bata médica y tenía el hombro izquierdo vendado, permitiéndome muy poca movilidad en el brazo.

No sentía dolor en ninguna parte del cuerpo, por lo tanto, lo más lógico y sensato era salir de ahí aprovechando que no había nadie más presente.

Tenía que abandonar el sitio y retornar a la seguridad de mi casa, aunque hacerlo me condenara a la soledad eterna.

Bajé con cuidado de la camilla. Resultaba un poco incómodo tener el brazo izquierdo inmovilizado, pero, aun así, después de que mis pies se acostumbraron a la calidez del suelo, mantuve el equilibrio al caminar.

Avancé hacia la puerta y apegué mi oreja a ella intentando poder escuchar algo del otro lado, pero el silencio era abrumador. Coloqué una mano sobre la manija y la impulsé hacia abajo, abriendo con lentitud para poder salir sin hacer algún ruido. Miré de un lado a otro y vi un largo y solitario pasillo de paredes blancas por el cual avancé sin dudar.

Demasiadas puertas cerradas y ningún cartel que señalara la salida de emergencia o alguna salida alterna. No podía detenerme a abrir cada una de ellas, pero sin importar como debiera hacerlo, hallaría la forma de escapar.

Siguiendo mi instinto, doblé a la derecha en el primer cruce que encontré. Vi más puertas y otras posibilidades para girar hacia dónde el pasillo se extendía.

Fue justo ahí en donde no supe qué camino tomar.

Uní mis dedos y comencé a apretujarlos con cierto nerviosismo porque sabía que, si escogía un mal camino, la decisión podía jugar en mi contra. ¿Izquierda o derecha? ¿Una puerta u otra?

Una voz proveniente del pasillo que tenía justo atrás, me sobresaltó.

—¡Si te callas, Butterfly, Julian nos puede explicar todo con exactitud!

Reconocí aquella voz masculina y autoritaria. Era él. Di vuelta inmediatamente y me aproximé al lugar desde donde provenían las palabras. Entre la soledad del pasillo, una gran puerta doble se hallaba entreabierta. Avancé hacia ella y teniendo cuidado de no hacer ruido o de no alertar con mi presencia, miré a través de la abertura. Contemplé al doctor Julian frente a una pantalla gigante que reflejaba algunas estadísticas; también, sentados en una gran mesa ovalada, reconocí a la mujer pelirroja y al hombre que habían estado dentro de la habitación médica. En el centro, casi como cabecera, estaba Levi Homs.

—Lo que quiero decir, comandante, es que en el informe no está registrado exactamente qué tipo de alteraciones aplicaron en el cuerpo de Drey. No puedo saber qué métodos utilizaron a menos que haga análisis profundos a su organismo, y aun así no puedo asegurarle que lo descubra del todo —explicó el doctor Julian. No se veía muy cómodo hablando ante ellos—. Debo someterla a estudios delicados que por ahora no creo necesarios.

—¿Por qué no los considera necesarios? —preguntó la pelirroja.

—Debido a la tortura, presenta síntomas claros de un trastorno de estrés postraumático. Es posible que le tome tiempo asimilar que no vamos a lastimarla, porque su mente se encarga de crearle regresiones del momento en el que sus niveles de miedo y shock emocional fueron extremadamente altos —aclaró con cierto pesar mientras que miraba a cada uno de los presentes—. Este tipo de trastorno tiene que ver directamente con la ansiedad, así que puede sufrir episodios de desconfianza o ira en los que ella creerá que volverá a protagonizar el suceso que la marcó.

—¿Cuánto tiempo debemos esperar? —indagó el comandante después de frotarse el rostro con inquietud.

—No podría decirlo con exactitud, todo dependerá de ella. Podemos ayudarle siendo condescendientes para que entienda que no le haremos daño, pero es importante saber que estamos ante una persona que permaneció sola por

aproximadamente un año; alguien que presencié la muerte de la humanidad y que, tan joven, enfrentó a los riesgos de la supervivencia —respondió Julian, ya con un poco más de fluidez—. Puede presentar distintas características muy propias del aislamiento que sólo se superan con el tiempo y la compañía. No la veo siendo capaz de adaptarse ahora, de sentirse cómoda o de expresarse amenamente, pero con el tiempo su psique puede recuperarse por completo, ella comprenderá que aún quedan personas y superará las dificultades emocionales.

—Y cuando lleves a cabo las pruebas, ¿crees que encontrarás las respuestas a su inmunidad? Una posible... ¿cura? —inquirió Levi al echarse hacia atrás para apoyarse del espaldar de la silla.

—Ya he dicho varias veces que no hay una cura para el proyecto ASFIXIA. En cuanto a hallar respuestas, no puedo asegurarlo, pero tengo que intentarlo —contestó y dio un paso hacia adelante, con un brillo de emoción en sus ojos—. Lo que sea que haya en el cuerpo de Drey puede ser la clave para comenzar a tomar como opción el regreso a la superficie. Quiero decir que, si ella es capaz de inhalar las toxinas del gas y aun así sobrevivir, entonces todavía hay una esperanza muy alejada del término «cura». Es más probable aprender a vivir dentro de la atmosfera letal, que erradicar por completo el proyecto.

Lo que escuché generó en mí, más dudas. Si había podido soportar el gas, entonces, ¿mi organismo era diferente?, ¿cómo había llegado a serlo? A su vez, una pregunta más sustanciosa sustituyó a las demás: si los otros seis sobrevivientes habían podido vivir entre el gas, ¿por qué habían muerto tan pronto?, ¿y por qué yo no?

—¿Y ya estás completamente seguro de que ella es inmune tal y como lo dices? —intervino la mujer con cierta duda y desconfianza.

—Ella lo asegura y el informe lo confirma —alegó Julian. La pelirroja enarcó una ceja y se removió en la silla, vacilante.

—No confío en papeles, nunca lo he hecho. Deberíamos verlo con nuestros propios ojos, confirmarlo del todo, pues con las pruebas se va a corroborar lo que dice. Además, no sé si saben que cuando la encontraron, tenía una máscara en el rostro, si es inmune, ¿por qué la usaba? —expresó ella con un claro tono de impertinencia. El hombre a su lado la miró, dubitativo.

—¿Propones que la expongamos al gas? —le preguntó aquel llamado Ligre, a lo que ella asintió con la cabeza, afirmando su deseo.

—No, no podemos hacer eso, al menos no por ahora —se adelantó a intervenir Julian, negando con la cabeza.

—¿Qué sugieres tú? —preguntó Levi, dirigiéndose al doctor.

Julian se quedó en silencio por unos segundos y luego habló:

—Que le demos la atención médica que necesita, le expliquemos en dónde se encuentra, le permitamos integrarse y luego, que con su consentimiento hagamos las pruebas, porque, aunque sea valiosa, continúa siendo una persona y debe saber lo que significa para el planeta.

Levi soltó una gran exhalación.

—Nadie puede enterarse de esto —terminó por decir después de unos minutos de silencio—, para cualquiera que lo pregunte, ella es un miembro más de La RAI. No podemos ni siquiera arriesgarnos a que El Imperio sepa quién es Drey.

La mujer pelirroja se colocó de pie y le dedicó una mirada de contrariedad al comandante.

—Entonces, ¿debemos esconderla? ¿Ahora le guardaremos secretos a nuestra población? —resopló mientras afincaba sus manos sobre la mesa. Levi la enfrentó.

—Podemos salir y decirles que Drey tiene la clave para volver a la superficie y eso les creará una esperanza, pero, ¿qué sucede si la investigación demuestra que no podemos extraer de ella lo que necesitamos?, o peor aún, ¿qué sucede si no arroja ningún resultado? Tendremos que volver a salir para decirles que sólo eran suposiciones y que viviremos enterrados por siempre —soltó él con un tono autocrático que podía intimidar a cualquiera. A diferencia de ella quien se mostró enojada, él se dejó ver tranquilo pero imponente—. No es lo que quiero para mi gente y no es así cómo lo haré. Mi deber es resguardar a la población y eso implica resguardar las ganas de vivir que perdieron y que poco a poco recuperaron aquí. —Se tomó un segundo para levantarse y le dedicó una mirada tajante a cada presente en la habitación—. Ahora Drey es parte de mi población, por lo tanto, también voy a protegerla. Si alguien se opone o tiene una objeción, perderá su tiempo al decirlo porque yo doy la última palabra y esa es que Drey

se queda aquí y la verdad sobre quién es, se mantendrá en secreto hasta que ordene lo contrario.

Todos se quedaron en silencio. Levi sabía de qué manera imponerse y de qué forma hacer entender que él llevaba las riendas del grupo; sin embargo, a pesar de su actitud, lo que había dicho de mí me hizo comprender una cuarta parte de lo que aún no entendía; que ni Julian ni él querían lastimarme y que tampoco deseaban hacerlo aquellos dos que se hallaban presentes en la sala.

Sorpresivamente, una voz nueva para mis oídos se escuchó en el interior de la sala. Acercándome más a la abertura de la puerta, pude darme cuenta que había una quinta persona dentro del lugar en quien no había reparado. La dicción era femenina, suave y pausada, pero colmada de un tono inquietante, muy capaz de causar escalofríos.

—¿Van a experimentar con ella? —inquirió la voz. Por más que intenté colocarme en una posición que me permitiera observar todo el plano, no lo logré.

—No, no es así como lo haremos. Primero tenemos que explicarle quién es y lo que puede llegar a ser —aclaró Julian.

—Creo que ya lo sabe —informó la voz misteriosa.

Cada uno de ellos fijó su vista en la puerta que, sorprendentemente, se deslizó unos cuantos centímetros. Quise correr cuando todos me observaron, pero mis piernas me fallaron dejándome postrada en el sitio. Toda mi atención recayó sobre la silueta que desaparecía por una puerta contigua. No supe entonces quién había hablado, ni sabía qué pasaría por ser descubierta husmeando.

Levi dio algunos pasos hacia mí y yo rápidamente di otros hacia atrás. Por un microsegundo su imagen semejó a la del especialista Carter, pero después de parpadear volvió a normalizarse. Era Levi, sí, no me cabía duda, no tenía puesta la boina y su cabello estaba despeinado dándole aspecto más informal, pero era él.

—¿Qué haces fuera de la habitación? Debes volver, Drey, no estás en condiciones de pasear —objetó el doctor con preocupación, avanzando también hacia mí.

—Estoy bien, estoy bien —respondí alzando una mano para indicarle que no se acercara demasiado.

Él lo entendió, porque no dio otro paso más. Quien no captó el mensaje fue Levi, ya que se apresuró a acortar lo más que pudo el espacio que nos separaba.

—Te acompañaré —soltó después de detenerse cerca de la entrada.

—No —negué velozmente— quiero hablar contigo a solas —me atreví a decir sin demasiada seguridad.

—Con «usted» —intervino la mujer pelirroja en tono de reproche, dando un paso hacia adelante para hacerse notar—. Estás hablando con el comandante, un superior.

Levi le dedicó una mirada no muy agradable, haciéndola callar. Ella tensó la mandíbula con impotencia.

—Claro que podemos hablar, Drey. Vayamos a tu habitación —terminó por decirme.

—¡No! —exclamé—. Aquí, que sea aquí.

—Entonces así será. —Asintió y se volvió hacia los demás—. ¿Nos dejan a solas? Vayan a ocuparse de sus deberes. Ligre, ¿puedes encargarte de la inspección hoy?

—Claro, no es que tenía otras cosas que hacer después de todo, claro que no. Bueno, ¿qué más da? —aceptó Ligre, encogiéndose de hombros.

La mujer pelirroja se movió lentamente, y sólo dejó el lugar junto a Ligre después de mirarme con suspicacia. Julian, por su parte, se alejó a paso rápido sin objetar algo.

Después de escuchar el sonido de la puerta cerrarse, hablé:

—Oí todo lo que dijeron —informé. Levi formó una fina línea con sus labios.

—No era la manera, lo lamento —se excusó.

Exhalé un suspiro y negué.

—No, de hecho, creo que era la mejor manera —confesé. Estaba haciendo un gran esfuerzo por no tropezar las palabras y salir corriendo—. Escucha, yo... quiero irme a casa.

De repente, una oleada de nervios me puso a temblar mientras esperaba su respuesta. Alcé la mirada y lo vi fruncir ligeramente el ceño. También pude notar en ese instante, debido a la cercanía, que había una pequeña mancha blanca en el iris de su ojo derecho.

—¿A casa? Bueno, no creo que sea posible —dijo con simpleza.

—Sé que puedo soportar el gas —le recordé.

—Soportar el gas sí, pero no ese entorno. No puedes estar sola por más tiempo, quien sabe que pasaría contigo —objetó.

—Nada pasaría conmigo; sé mantenerme allá arriba —me limité a decir.

Se cruzó de brazos y alzó la barbilla en un gesto desafiante.

—Ah, ¿sí? Entonces, ¿quieres decir que estabas muy cómoda con la soledad? ¿Podrías describirlo como un paraíso? —preguntó, entornando los ojos.

Pude haber dicho que sí, pero no tenía intenciones de mentir, ya que, de hecho, debía admitir que había estado tan desesperada por obtener compañía que fácilmente me había dejado impulsar por su diario.

—No del todo cómoda, pero era mejor que esto —murmuré, desviando la mirada, posándola sobre la pared vacía.

Él supo a lo que me refería, porque cuando volví a verlo pude identificar el pesar en su rostro.

—Lamento mucho lo que Carter hizo. Yo no lo habría permitido. Si te hace sentir mejor, no lo pasé por alto. Me parece que debes quedarte. Nadie va a lastimarte más. Te ayudaremos, y cuando estés completamente bien, Julian te hará las pruebas necesarias si decides que quieres someterte a eso. No haremos nada en contra de tu voluntad —dijo con voz afable—. Si crees que al quedarte te mantendremos encerrada en aquella habitación médica, permíteme demostrarte que no será así.

Levi se dio vuelta y fue hasta el fondo de la sala, ahí en donde una ancha cortina azul cubría lo que debía ser una pared. Colocó sus manos en ella y me llamó antes de hacer otro movimiento.

—Ven. Tranquila, sólo ven.

Le obedecí y me acerqué a paso inseguro. Él desplegó las cortinas con un rápido movimiento para mostrarme lo que se ocultaba tras ellas: no era una pared, sino un enorme ventanal que daba vista a una ciudad. Edificios —no tan altos— agrupaciones de cabañas, terrenos, calles de tierra y una multitud de personas andando de un lado a otro. Reconocí mujeres cargando cestos llenos de algo, niños corriendo, adolescentes trotando y camiones blindados trasladándose por las vías.

—Esta es La RAI —habló. Sus ojos estaban fijos admirando la imagen—. Iba a ser una ciudad secreta que pertenecía a tres de las antiguas potencias

mundiales; un proyecto que se inició como vía de escape y protección para políticos en caso de un ataque nuclear, pero fue abandonada antes de culminarse debido a los problemas que se presentaban con los ductos de ventilación —explicó con detenimiento—. La tomamos unas semanas antes del incidente.

Lo escuché inhalar profundamente, como tomando fuerzas para seguir pronunciando las palabras.

—Si hay algo que debes saber, es que para los políticos, para las figuras importantes y para los altos mandos militares, sí hubo una alerta. Fueron advertidos previamente para que tuvieran la oportunidad de salvarse de ASFIXIA. Yo me enteré tres semanas antes gracias a una fuente muy confiable y en ese instante supe que no habría esperanza para el resto de la humanidad. —Había cierto disgusto en el tono de su voz—. Quise avisar, sí, pero no nos dejaron salir de las bases durante esas semanas y con disimulo nos retuvieron. Aquel primero de septiembre, para cuando el gas estaba dispersándose por el mundo, muchas personas ya habían escapado. Algunas de esas personas no sabían demasiado sobre lo que sucedía, mientras que otros sí tenían claro lo que pasaba.

»Antes se preparaban proyectos e investigaciones privadas que se llevaban a cabo por órdenes de los más altos dirigentes mundiales, cosas que cualquier civil ni siquiera podía imaginar. El proyecto ASFIXIA fue uno de esos secretos, la creación de esta ciudad fue otro y la creación de una segunda y mayor preparada ciudad subterránea, fue el tercero. Esa segunda ciudad es El Imperio, y aunque ahora se encuentra lejos de nosotros, es nuestro mayor enemigo porque en él residen los creadores y desarrolladores del proyecto.

»Antes de que el incidente tuviera lugar, varios sectores sociales importantes se enteraron gracias a distintas fuentes, y no tardaron en mostrarse dispuestos a ir en contra de ese acto genocida que El Imperio pretendía llevar a cabo. Analizando la situación fui audaz y no me quedé de brazos cruzados. Reuní a todos aquellos que conocía dentro de la base, hice algunas llamadas y recluté a un grupo de personas capaces de alzarse sin miedo, todo eso, siendo un simple soldado. Butterfly, Ligre, Julian y Carter se unieron a mí, y con ellos más personas, todos dispuestos a seguir viviendo. Fue así como me convertí en comandante. No por tener años de experiencia, no por subir de rango poco a

poco, sino por querer que las personas sobrevivieran y por atreverme a tomar esta ciudad como refugio.

»En estos momentos, El Imperio necesita que nos disolvamos porque representamos una amenaza para su nuevo orden mundial. Ellos saben que este pueblo poco a poco está convirtiéndose en lo que un principio debió ser, una ciudad. Saben que tenemos hombres dispuestos a luchar para proteger a la población, que hacemos expediciones a la superficie para abastecernos de materiales y crear nuestra propia red tecnológica, y saben que un simple soldado no va a dejar que hundan de nuevo a lo que queda de la humanidad.

Su mirada se deslizó desde la imagen del pueblo hasta mí.

—Mira, Drey, si quieres irte no te retendré. Puedo ordenar que abran una de las salidas para ti, pero, ¿te digo la verdad? no quiero que lo hagas y no lo quiero por dos razones. Primero, porque nadie merece vivir en un mundo vacío y deteriorado, y segundo, porque sé que podemos encontrar una posibilidad en ti, y si nos das la oportunidad, algún día todos podríamos volver a la superficie. No vamos a obligarte, pero eres especial y sólo tú debes decidir si quieres formar parte de esto. Tampoco te mentiré diciendo que allá arriba será mejor que esto, porque no estoy seguro si El Imperio sabe de ti o no. Es probable que nunca te hayan encontrado por tu ubicación o que justo ahora te estén buscando, o que realmente no sepan nada sobre tu existencia y tu inmunidad, pero puedo asegurarte que de todos modos ellos van a descubrirlo, y si dejas que te encuentren y te atrapen, Drey, si lo permites, será muchísimo peor que lo que te ha sucedido aquí.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —inquirí casi en un susurro. Pude jurar que mi pregunta le bajó los ánimos.

—Mandamos un infiltrado a El Imperio un año atrás con la intención de saber qué puntos atacar, pero salió muy mal. Después de un mes lo descubrieron. Un gran fallo. Lo interrogaron de forma muy cruel y luego nos enviaron sus huesos ensangrentados y unidos por una cadena junto a una grabación del interrogatorio. Él nunca reveló nada. Fue inhumano lo que hicieron, porque así actúan ellos, sin compasión. —Intentó disimular el desagrado en su voz—. Durante el mes que nuestro infiltrado estuvo vivo, pudimos ver las condiciones en las que El Imperio tenía a su pueblo. Dividieron a las personas, pero a la mayoría los obligan a trabajar. Les dan dos comidas diarias. A aquellos de piel

oscura y creencias religiosas acentuadas, los tratan peor. Los vigilan todo el tiempo, y si alguno intenta opinar, sencillamente los matan o los castigan hasta hacerlos agonizar. Si necesitas pruebas, la grabación del infiltrado estará a tu disposición, sólo tienes que pedirla. Ellos juegan sucio, por esa razón Carter pensó que pertenecías a su grupo, porque son muy capaces de devolver la jugada que nosotros intentamos ejecutar —terminó por añadir. Se quedó en silencio y muy quieto frente a mí, con un tenue brillo de desesperanza en los ojos.

Me exigí razonar, aunque en ese momento mi mente no fuera precisamente un sitio esclarecido. Mi vida en la superficie había sido un calvario lleno de depresión que, si comparaba con lo que estaba ante mis ojos en ese instante, resultaba una pesadilla. El pueblo que tenía frente a mí me infundía calma y protección, una sensación agradable, de compañía, de que ahí no habría esquinas solas o cadáveres reposando sobre el suelo.

Quedarme implicaba unirme a La RAI y permitir que buscaran en mí, aquello que me hacía inmune, y también significaba convertirme en enemigo de un grupo al que no conocía. No sabía si quería eso, o que un grupo de doctores me examinaran como rata de laboratorio, pero sí estaba segura de que no deseaba volver a estar sola nunca más.

Una parte de mí quería permanecer allí, pero otra parte ansiaba huir y evadir cualquier responsabilidad que el ser inmune me otorgara, incluso si eso representara un acto de cobardía. Pero no era cobarde, no tanto como para eludir una situación tan importante; no era tan débil como para volver al sitio del que había querido escapar, y tampoco era tan egoísta como para negarme a concederle no sólo a Levi, sino también a todos los supervivientes la oportunidad de salir del abismo.

—Esa mujer desconfía de mí y probablemente el hombre que anda con ella, también —señalé.

—¿Butterfly? Ella siempre tiene esa actitud y Ligre, bueno, es mi hombre de confianza —objetó él, esbozando una escasa sonrisa.

—Si voy a quedarme, no quiero que piensen que soy una mentirosa, así que, tengo una prueba de que estuve arriba. Tengo algo que te pertenece, algo que demuestra que soy inmune al gas. Yo... yo tengo una parte de ti, conmigo.



—¿Qué?

Si con el diario podía demostrar que realmente había vivido arriba después del incidente, estaba dispuesta a enseñárselo, aunque, confesar que me había servido de compañía y que por él había salido de mi pueblo, era algo que no valía la pena mencionar.

—Para mostrarte necesito que me devuelvan mis cosas. Llevaba una mochila cuando caí dentro de la grieta, ¿podrían dármela? —dije. Su expresión facial se suavizó y entonces, asintió.

—Ordenaré que la lleven a tu habitación —enunció mientras se volvía hacia el ventanal para cerrar las cortinas—. ¿Y qué es eso que quieres enseñarme? ¿A qué te refieres con «una parte de mí»?

—Bueno, es... —intenté decir, pero otra voz me interrumpió.

—¡Levi!

El hombre cuyo nombre era Ligre, entró con tanta urgencia a la sala que no pudo disimular el agite y la preocupación que denotaba su rostro. Ignoró completamente mi presencia y se dirigió directamente al comandante:

—Tienes que venir rápido a la sala de control, y sí, sé que me dijiste que me encargara de la inspección, pero es muy importante —le informó con apremio. Levi reaccionó sin tardar.

—Voy de inmediato —manifestó para después volverse hacia mí—: Te buscaré más tarde y hablaremos de lo que quieres mostrarme, ¿de acuerdo? Ahora, por favor regresa a la habitación y descansa un poco.

Los nervios se disiparon después de que lo vi salir. Al menos tendría una buena cantidad de tiempo para pensar en cómo le diría que poseía su diario; lo

único que no terminaba de convencerme de decir toda la verdad, era el miedo a obtener una mala reacción de su parte.

Me acerqué al ventanal y corrí las cortinas yo misma. Observé de nuevo la gran civilización y una sensación de temor me abrumó. Las palabras de Julian habían estado cargadas de esperanza, por lo tanto, cuando toda esa gente supiera que era inmune al gas, ¿pondrían sus esperanzas en mí? Incluso pensarlo comenzaba a pesarme, y me pregunté: ¿por qué yo?, ¿por qué Dan y también Diana y todos los demás?

—A veces yo también me quedo mirándolos por un largo rato —habló alguien.

La voz me tomó por sorpresa, alarmándome. Era Julian quien había emitido las palabras.

—Sé que tienes miedo —añadió después de que mi silencio se extendió—, y debes saber que eso es completamente normal.

—Miedo y muchas dudas —confesé mientras intentaba apaciguarme un poco. Julian asintió y reajustó sus gafas.

—Cualquier cosa que necesites, coméntamela. Quizás no pueda despejar todas esas dudas, pero puedes contar con que te diré lo que sé sobre nosotros, nuestros enemigos y tu inmunidad.

Eso de la inmunidad era tan difícil de creer como la historia de que el gas estaba impregnado en el ambiente. Necesitaba digerirlo para poder entender la complejidad de la situación. Sabía que existían dos grupos proclamados enemigos: El Impero y La RAI. También sabía que la superficie se hallaba completamente contaminada por un gas letal, producto del proyecto ASFIXIA. Además de eso, de diez personas, sólo siete habíamos sobrevivido al segundo proyecto llamado INMUNOEficiencia, aquel que nos había otorgado la capacidad para no morir al inhalar el gas. De esas siete personas sólo quedaba yo, y como si no fuera poco, había sido sometida a terapia electroconvulsiva para no poder recordar la época de mi vida en la que había formado parte del proyecto.

Tenía todo eso muy claro, pero no mi decisión. ¿Quería convertirme en un conejillo de indias para La RAI? ¿Quería entregarme como experimento para una posible solución a ASFIXIA? Además, ¿y si no encontraban en mí lo necesario para regresar a la superficie? ¿Qué harían conmigo después? La idea

de que al no ser útil me entregaran a Carter, me estremeció de pavor, pero, ¿y si realmente funcionaba?, ¿y sí la humanidad resurgía?

—¿Drey?

La voz me despertó de mis pensamientos. Había olvidado que Julian estaba frente a mí y que esperaba alguna palabra de mi parte.

—¿Sí? —respondí.

Él ladeó la cabeza, escrutándome. Después de un pequeño rato de silencio, alzó las comisuras de sus labios formando una gentil sonrisa.

—Debo examinarte, vamos.

Volvimos a la habitación sin pronunciar palabra alguna. El haberme dejado guiar hacia ella sin oponerme, significaba que estaba considerando quedarme, pero no quería tomar una decisión apresurada sin antes hacer más averiguaciones.

Tranquilamente, permití que el doctor Julian me examinara las heridas mientras permanecía sentada sobre la camilla.

—Doctor —pronuncié justo cuando él se acercó con un martillo de reflejos—, creo que quiero quedarme.

—¿Lo dices en serio? Vaya, me alegra oírlo. Créeme que he estado a la expectativa con tu decisión.

—Sí, pero antes... —murmuré al mismo tiempo que sentía los pequeños golpecitos sobre mis rodillas—. ¿Podría decirme exactamente por qué El Imperio es enemigo de La RAI?

—Son varias las razones, en realidad —comenzó a decir sin dejar de prestarle atención, esa vez, a la herida que tenía en la barbilla—. El hecho de que Levi haya recuperado esta ciudad, que tan joven se haya posicionado como comandante, que algunos militares y especialistas se hayan unido a él, pueden ser las principales causas, pero les molesta más no saber cómo destruir esto que se ha construido. Ellos tenían su camino bien planeado, y el auge de La RAI fue como una gran piedra en medio de la carretera que les ha impedido continuar.

—Pero, ¿por qué no se unen?, ¿ambos no quieren regresar a la superficie? Es un interés en común, además, mucho más importante que destruirse —inquirí. Julian soltó una ruidosa espiración, casi de rendición.

—No hay una unión o un acuerdo porque El Imperio quiere cosas muy distintas a las que queremos nosotros. La RAI desea regresar a la superficie para retomar la vida que perdimos. El Imperio, en cambio, quiere regresar para implantar un nuevo régimen y someternos a él —explicó con suma tranquilidad—. Aceptar las condiciones que ellos imponen, sería darle paso a la tiranía. El tipo de gobierno que quieren establecer es uno sin divisiones territoriales, sin países, sin ciudades, como si el mundo de nuevo fuera una gran Pangea liderada únicamente por un hombre, Gregori Nikolayev. Sin embargo, Drey, aunque La RAI exista para impedir que eso suceda, El Imperio sigue siendo más fuerte, sobre todo porque ellos tienen bajo su poder y autoridad a cuatro de los seis científicos que desarrollaron el proyecto ASFIXIA.

—¿Y por qué no tienen a los otros dos científicos? —pregunté, ya después de oír eso, sintiendo un gran interés por la conversación.

—Esos dos... bueno, uno está desaparecido, probablemente muerto, y el otro... —Julian desvió la mirada y se dio vuelta para devolver los implementos a un estante cercano—. El otro soy yo. Yo participé en el proyecto, sí, pero porque inicialmente el objetivo era plantar las flores en los campos enemigos para la guerra civil de Siria. A los seis nos reclutaron a base de engaños, y después, cuando supimos la profundidad del proyecto junto a su verdadera finalidad, nos retuvieron con amenazas, obligándonos a terminarlo a toda costa.

Lo observé, atónita. Ante mí estaba uno de los creadores del proyecto, cabizbajo, pronunciando cada palabra con remordimiento y pesadumbre.

—Julian —susurré, abrumada—. ¿Cómo escapó?

—Ligre y Butterfly me rescataron una semana antes del incidente —confesó después de girarse hacia mí. Un brillo de decepción destelló en sus ojos, una decepción que sólo podía ser propia de la culpa.

—Si se supone que El Imperio es tan poderoso como dicen, ¿por qué no han salido ya a la superficie?, ¿están estancados sólo por La RAI? —indagué.

—Ya lo intentaron o al menos así tengo entendido, pero en ese caso están igual que nosotros —respondió para comenzar a caminar por toda la habitación—. El proyecto se les salió de las manos después de ejecutarlo. ASFIXIA comenzó a expulsar gas sin medida, llevándose consigo todo lo que respirara. Ellos piensan que no tienen poder sobre el proyecto al no tener a dos de los seis científicos, pero yo pienso que, aunque estuviéramos juntos, no

podríamos hallar una solución. ASFIXIA no fue creada para eliminarse, Drey, y eso es lo que El Imperio no termina de entender.

—¿Por qué hicieron algo sin una solución o una cura?

—No se trata de una cura porque ASFIXIA no es una enfermedad, y no tiene tampoco una solución porque... bueno, no fuimos nosotros... Bien, eso te lo explicaré después, es demasiada información como para poderse asimilar tan rápido y no quiero que te agotes ni física, ni mentalmente —dijo entre el esbozo de una amplia sonrisa—. Tu hombro se recuperará muy rápido si no lo mueves. Por la caída habías perdido un diente, te colocamos otro, pero, ¿te importa que haya sido de un soldado que murió? —Negué con la cabeza—. Perfecto. También tienes una herida en la barbilla, nada grave, así que mejorará sin problemas y en unos días podré quitar la sutura, sólo te quedará una cicatriz. ¿No hay problema?

—Doctor, tengo cicatrices peores y mucho más profundas que esa, no me importará tener una marca en el rostro.

Por primera vez, quise sonreírle con amabilidad, así como él lo había hecho para mí.

Ansiaba seguir escuchando sobre El Imperio y el proyecto, pero estaba claro que Julian no tenía muchas ganas de hacerlo, incluso cuando había prometido contarme todo lo que sabía.

Lo poco que había dicho bastó para sacar algunas conclusiones que me servirían al momento de tomar una decisión. Si me iba y regresaba a la superficie, era posible que El Imperio superara a La RAI, entonces, cuando los humanos volvieran a ver la luz de sol sería para vivir bajo la autoridad del hombre que Julian había mencionado. Lo que Levi me había dicho también influía. Tenían a las personas viviendo días terribles, en malas condiciones, obligándolos a tomar rumbos que no deseaban.

Quizás debía permanecer.

Antes de poder agregar algo, nuestra conversación se vio interrumpida por el sonido que produjo la puerta al abrirse.

—Oye, papá, me dijeron que estabas aquí.

Un muchacho de aspecto curioso se introdujo en la habitación. Con un atisbo de indolencia y un aire despreocupado, poseía rasgos faciales finos y ojos oscuros. A pesar de que se había referido a Julian como papá, las diferencias

entre ellos eran grandes, y sólo un exiguo parecido los delataba como familiares, ya que el doctor tenía hebras puramente rubias, y su hijo un cabello castaño más oscuro y sumamente despeinado. Lo que me llamó la atención de él, fue la mochila que sostenía con la mano derecha. Mi mochila.

—Te he dicho que no puedes entrar a los laboratorios cuando se te dé la gana, Exen —le reprochó Julian. El muchacho se adentró más en la habitación y sonrió como si acabara de cometer una travesura.

—Calma. Vine porque necesito que convenzas a Levi de que le diga a Ligre que no soy una máquina de trote, ¿qué le pasa a ese sujeto? No sé qué tiene contra mí, ¿yo que le he hecho? También estoy aquí porque lo vi hace un rato, pero no me dejó hablar y me ordenó que viniera a traer esto —soltó y alzó la mano dejando ver la mochila. Él aún no se molestaba en observarme, así que no pudo notar la vergüenza que expuso mi rostro por pensar en la posibilidad de que hubiera hurgado entre mis cosas.

—No me meto en esos asuntos —bufó Julian cruzándose de brazos—. Si te uniste al equipo de combate, entonces acepta tus responsabilidades —Le reprendió—. ¿De quién es eso? —añadió mientras que, con el ceño fruncido, miraba la mochila colgando de la mano de su hijo.

—Es mía —intervine rápidamente.

El muchacho, todavía sin reparar en mí, dio un paso hacia adelante y levantó la otra mano para negar con su dedo índice.

—No me sermonees, me uní al equipo de combate porque quería pelear, usar las armas, hacer algo útil, no para que me destrozaran las piernas trotando innecesariamente —alegó sin que el tono vivaracho desapareciera de su voz.

Julian negó con la cabeza, como si no supiera qué hacer con la persona que tenía en frente. El chico entonces dejó de ignorarme y se acercó a la camilla para depositar la mochila sobre mis piernas.

—Te juro que no la revisé —murmuró. Me guiñó el ojo con complicidad y prosiguió a encarar a su padre—. Creo que tenía que decirte algo más, algo importante, no lo sé, ni siquiera lo recuerdo, de seguro ni era tan importante como creo. En fin, ¿hablarás con Levi?

—No lo haré, asume las consecuencias. No puedes ir por la vida con esa actitud tan desganada —amonestó Julian a su hijo. El muchacho inmediatamente giró los ojos con tedio.

El doctor se dirigió al estante y comenzó a coger algunas cosas.

—¡Ah, pero mira! Ya lo recordé —soltó el hijo con una torpeza fingida—. Te necesitan en cirugía, un tonto le disparó a otro más tonto por error y creo que era una emergencia.

Julian se exaltó y cuando se volvió hacia nosotros pude ver el enojo en su mirada. Ni siquiera se detuvo a regañar a su hijo, por lo que, murmurando algo que nadie pudo escuchar, salió de la habitación con rapidez para acudir a la emergencia.

Una vez solos en el recinto, el muchacho se dirigió a mí:

—¿Y a ti que te pasó? —inquirió. Reparé en que su uniforme era igual al que portaba Ligre—. ¿Quién te golpeó así?

Recordé que nadie podía saber sobre mi inmunidad. Me cohibí al intentar emitir las palabras. Después de un año me parecía un acto desconocido hablar con alguien que podía tener mi misma edad, como cuando un infante intentaba dar sus primeros pasos pero no sabía cómo mantener el equilibrio al levantarse. ¿Podía uno perder la habilidad para socializar? Cruzar palabra con Julian había sido fácil, escuchar a Levi y decirle unas cuantas cosas no había sido problema, pero, ¿cómo le respondía a aquel muchacho?, ¿cómo mentir si ni siquiera podía comunicarme con facilidad?

—Mira, no eres la única que escucha tras las puertas, Drey —me susurró al no obtener respuesta—. Carter es un maldito, ¿sabes? Lo es con todo el mundo.

—No sé de qué hablas —solté. Él arrugó la nariz e hizo un falso mohín de dolor.

—Yo creo que sí, pero puedes negarlo si quieres, aunque ya sé quién eres y también de dónde vienes —objetó, encogiéndose de hombros—. Pero espera, que descortés soy, déjame presentarme. Me llamo Exen, y sí, Julian es mi padre.

—Casi no se parecen —me atreví a decir. Exen curvó la boca hacia abajo.

—Eso dicen —dijo, pero rápidamente cambió el tema—. Lo escuché todo. Si uno no pone interés en averiguar las cosas, nunca se entera de lo mejor. Así que... inmune al gas, eh.

Me bajé con cuidado de la camilla y esquivé su mirada. No supe cómo responder, aunque si Levi se enteraba de que aquel muchacho sabía todo, no podía culparme. Él lo había escuchado por sus propios medios.

—Lo tienen que estudiar, no es seguro —comenté, tratando de restarle importancia.

—Pero si estuviste allá arriba, está más que confirmado, ¿no crees?

Dejé la mochila sobre un pequeño sofá que se hallaba en una esquina de la habitación. Lo cierto era que no deseaba hablar con nadie, pero me sentí incapaz de ser descortés con él. Irónicamente, necesitaba un rato a solas para reflexionar y decidir si quedarme o no, aunque también requería de más respuestas para complementar el debate mental que se llevaba a cabo dentro de mí.

—Nunca me habían dejado como farol en una habitación —le escuché decir de repente. Noté que había estado aguardando por mis palabras.

—Lo lamento, no tengo muchas ganas de charlar —confesé haciéndole frente, sin ánimos de alargar la conversación.

—¿Y qué tal si te muestro el lugar? No tendrás que hablar, sólo escuchar —propuso—, al menos déjame darte un recorrido, porque si no sabes ni en donde estás, no podrás mantener la mentira de que has vivido aquí desde la catástrofe. ¿Qué dices?

Lo consideré porque sonaba sensato. ¿Cómo mantener la mentira si no conocía a La RAI? Además, distraerme funcionaría para comenzar a salir de mi estado de confusión. Mantenerme encerrada era absurdo, necesitaba sanarme a mí misma y volver a adquirir la habilidad social que había perdido.

Escudriñé con la mirada a Exen, si era el hijo de Julian, nada malo podía pasarme estado con él. Dudé y mi rostro lo demostró.

—Si no te atreves, aunque te quedes aquí, te sentirás igual que estando allá arriba. Afuera hay muchas personas, ¿no quisieras verlas? —añadió con detenimiento.

—De acuerdo.

Exen sonrió ampliamente.

—Bien, espera —soltó, encaminándose hacia la puerta. Vi cómo se inclinó hacia afuera y como se enderezó sosteniendo una pequeña pila de ropa perfectamente doblada—. Vístete con esto, yo espero en el pasillo.

Tomé la vestimenta y la extendí sobre la camilla. Era un uniforme y parecía ser el doble de mi talla.

...

Con esfuerzo logré vestirme. El uniforme me quedaba holgado, pero no era un inconveniente para mí, así que me calcé los zapatos y antes de salir dejé la mochila con el diario debajo de la almohada para que nadie pudiera verla o sentir ganas de hurgarla.

Exen aguardaba en el pasillo, estaba recargado en la pared con la mirada perdida en el vacío, pensativo. Hasta ese momento me parecía un muchacho intrigante, pero también algo entrometido.

—Realmente estás muy delgada —dijo cuando observó lo grande que me quedaba la ropa. No contesté su comentario, así que luego añadió—: Bien, andando.

Inició la caminata sin prisa, conduciéndome a través de los mismos pasillos blancos que había visto al salir de la habitación médica con intenciones de huir. Aquel lugar era inmenso y no sólo eso, contaba incluso con un ascensor frente al que nos detuvimos a esperar. El hecho de que hubiera un elevador hizo que me preguntara cómo proporcionaban electricidad a la ciudad subterránea.

—¿Cómo tienen...? —intenté inquirir, pero Exen fue más rápido.

—Hay un par de centrales eléctricas y eólicas por aquí cerca. Está todo conectado a ellas. Mandan trabajadores para allá todo el tiempo, con trajes protectores, claro.

El ascensor se abrió frente a nosotros y nos introdujimos en él. Al salir, sin haber entablado otra conversación, seguimos esa vez por un pasillo más largo. Pude imaginarme perdida entre pasajes y puertas semejantes y supe que, hallar la salida por mi propia cuenta, habría sido toda una odisea.

Cruzamos una puerta doble y salimos del edificio. La intensidad de la luz me cegó por unos segundos, pero cuando todo se dilucidó, experimenté una oleada de impresión y emoción. Las personas iban y venían frente a mí, caminando alrededor de cabañas y siguiendo por calles de tierra que conducían a lugares que no alcancé a ver.

Elevé la mirada y observé un majestuoso cielo de piedra semejante a una bóveda. Desde él colgaban inmensas lámparas que proporcionaban toda la luz al lugar. Al fondo, a donde todas las miradas podían llegar, reposaba un gran reloj digital que marcaba la hora, y según él eran apenas las dos de la tarde; debajo de la estructura, cayendo con fluidez y agresividad, el agua en forma de cascada le robaba todo el protagonismo al entorno.

Me sumí en la enormidad de La RAI y en la grandeza de los muros que se alzaban en las esquinas.

—Puedes disimular un poco, ya sabes, haz cómo si lo conocieras todo —me susurró Exen. Salí de mi embelesamiento, suspiré fatigosamente y asentí porque tenía razón.

—¿El agua de esa cascada está limpia? —indagué.

—No del todo. La purifican para que se pueda ingerir, pero creo que no te lo han dicho, ¿cierto? —contestó él, casi divertido—. ASFIXIA tiene una peculiaridad, no puede contaminar completamente el agua. Mi papá lo explica mejor, pero te lo diré como me lo dijeron a mí, es una cuestión de química. En el agua no hay tanto oxígeno de la superficie como se suele pensar, está disuelto en pequeñas cantidades, así que la contaminación no es tan alta porque el oxígeno de los mares y océanos se produce por otros medios que están a salvo de ASFIXIA. En conclusión, el agua de esa cascada está contaminada en un treinta por ciento y puede limpiarse exitosamente. Lo importante no es cuanto oxígeno pueda producirse, porque en los mares se genera oxígeno limpio todo el tiempo, el problema está en que se contamina cuando sale a la superficie.

—Entonces, ¿los peces pueden estar vivos?

—Me temo que no porque ellos consumen el oxígeno que proviene de la superficie, aunque, han hecho algunas investigaciones y se han encontrado pequeños grupos de peces vivos que al poco tiempo mueren —respondió con cierta pesadumbre—, pero eso es un caso muy extraño y cuando se puede envían a algunas personas a estudiarlo. Aunque, la realidad es que sí hay muchos animales vivos, sólo que los tiene El Imperio y eso es un gran problema. El otro problema aquí es que no somos expertos, los profesionales son pocos y la mayoría resultamos siendo aprendices. Las personas que ves se salvaron porque pertenecían a familias importantes y recibieron la alerta, otros pocos eran familiares de miembros de la milicia. No hay casi nadie que no esté relacionado al área política o militar. Levi logró reclutar a muy pocos especialistas y esos son los que hoy en día nos enseñan a hacer lo que nunca imaginamos que haríamos. Un soldado decidió ser soldado antes, pero ahora ese soldado deberá ser un analista o un ingeniero mecánico, o algo más, todo dependiendo de lo que necesitemos —explicó e hizo un movimiento con la mano, indicándome que le siguiera.

Avanzamos por la primera calle central. Alrededor de ella se levantaban cabañas con pequeños grupos de niños saltando por doquier, vistiendo los mismos ropajes verdes y blancos y riendo a estrepitosas carcajadas. Lucían felices, como si el saber que estaban atrapados bajo tierra, no les afectara en lo absoluto.

—Levi piensa que, si se les enseña desde pequeños que hombres y mujeres no deben diferenciarse con colores, temas o juguetes, al crecer creerán fielmente en la igualdad —comentó Exen mientras observábamos a los infantes jugar—, por esa razón los visten con las mismas ropas.

Me pareció magnífico que intentaran cultivar en los niños la creencia de la equivalencia de géneros, pues eso sólo demostraba que Levi comandaba el grupo con total equidad.

Volví a fijarme en las personas entonces. Las mujeres sostenían y trasladaban cestas repletas de delgadas y extrañas bolsas, y los hombres, en su mayoría, iban corriendo o transportando cajas, todos colaborando de algún modo.

—Las cabañas están divididas. —comenzó a decir Exen, señalando una de ellas—. Las familias de cuatro, o sea mamá, papá e hijos pequeños, ocupan una entera; los más jóvenes o aquellos que están solos, comparten la cabaña con alguien de su mismo sexo. La mía la comparto con dos compañeros del equipo de combate. Caben hasta cuatro personas en cada una. Cuando te den la tuya, seguramente estarás con otras chicas, pero no te preocupes, aquí nadie es tan cruel como Carter —agregó sonriendo.

Comprobé que se me helaban las manos con tan sólo escuchar el nombre, y también como en pocos segundos podía pasar de la tranquilidad al pasmo. Mis pies se detuvieron en medio del camino y por un instante todas las voces mezcladas parecieron hacerse demasiado fuertes.

Cerré los ojos e inspiré hondo mientras mi mente evocaba, de forma deliberada, cada golpe que había sentido sobre mi rostro. Aunque tratara de alejar los recuerdos, los mismos se empeñaban en regresar tan vívidamente que me lastimaban.

Di un pequeño brinco cuando sentí el peso de una mano sobre mi hombro. Abrí los ojos y descubrí a Exen observándome con inquietud.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—No es nada... ¿Seguimos?

Asintió y juntos retomamos la caminata. Me concentré enteramente en mirar la vía por la que transitábamos, sin pensar en algo más que no fuese el escueto diseño de las cabañas o la interesante facilidad con la que circulaban los camiones blindados. Negarlo era absurdo, estaba impresionada y lo estuve aún más cuando visualizamos una anchurosa estructura con regios ventanales que despertó mi curiosidad.

—Ese es el comedor —aclaró Exen—. Si estarás aquí debes aprenderte los horarios. Las comidas son cuatro. A las siete de la mañana el desayuno, a las doce y treinta del medio día el almuerzo, a las cuatro de la tarde es la merienda y a las siete de la noche es la cena. Comemos bastante porque ya no podemos darle a nuestro cuerpo los mismos nutrientes que antes, esos que estaban en las carnes y otros alimentos, así que con cuatro comidas intentan equilibrarlo.

—¿Todos comen ahí?

—Absolutamente todos —respondió—. Trata de no llegar tarde o te quedas sin alimento. Son uy estrictos con las horas. —Se mantuvo en silencio por menos de un minuto, casi pensativo—. Bueno, en realidad no es que te quedas sin comer, pero debes reportarlo para que te den doble ración a la hora siguiente, así que de igual modo tienes que esperar unas cuantas horas.

—Entendido.

Dejamos atrás el comedor y continuamos por el camino ya sin ver el conjunto de cabañas. Pasamos a otra área con una fila de grandes contenedores situados alrededor de la vía. Exen extendió su brazo y señaló un pequeño edificio de un piso con dos puertas en cada esquina.

—Esos son los baños —me informó—, para hombres y para mujeres por separado, claro. Siempre están manteniéndolos muy limpios, y si quieres ducharte sin tanto revuelo, como a las seis de la tarde ya no hay casi nadie en ellos.

Después de pasar los baños y los contenedores, avanzamos por una pendiente con dos caminos a la izquierda y a la derecha. El de la derecha conducía a una entrada con una puerta doble de metal —semejante a la que había visto en el fondo de la grieta— rodeada de paredes de piedra.

—¿Qué hay ahí? —inquirí señalando la puerta para que Exen supiera a lo que me refería.

—Esa es una fosa. Adentro se manipulan las maquinarias y los conductos de ventilación. Nadie puede entrar a menos que esté autorizado, porque se necesitan trajes especiales para trabajar en ella —expuso con simpleza—. Es una labor muy difícil, ¿sabes? Muy riesgosa.

—¿Cómo funciona eso de la ventilación? —pregunté.

—Hay cuatro fosas desde las que se puede obtener el oxígeno contaminado de la superficie. Esa que ves es la fosa del norte y es la principal. En ella hay máquinas especiales que purifican el aire para liberarlo del gas y esparcirlo por toda La RAI. Eso fue idea de Levi y funcionó bien, pero, sólo pueden limpiar cierta cantidad de oxígeno en un largo periodo de tiempo, así que, otra idea que tuvo papá fue crear un jardín con plantas que produjeran oxígeno limpio, por lo tanto, en otro edificio hay una cámara especial con lo que a mí respecta ya casi parece un bosque, protegido por una cúpula transparente en donde también producen el oxígeno que necesitamos —explicó con esmero para que pudiese entenderle a la perfección.

—Han tenido ideas maravillosas —comenté con cierto asombro.

—Las suficientes para mantenernos con vida, pero lo de las máquinas aún está en desarrollo ya que es muy peligroso —contestó, circunspecto—. El año pasado ocurrió algo desastroso. Se fugó un poco del aire contaminado y murieron cinco trabajadores. Fue en la fosa del este, así que la sellaron porque no pudieron repararla, creo que había una grieta o algo así. Bueno, ahora sólo funcionan tres fosas nada más, pero lo hacen a la perfección y con el jardín tenemos oxígeno suficiente —añadió haciendo algunos movimientos con la mano. Recordé haber escuchado que me habían encontrado en esa fosa, así que el motivo de su deterioro estaba claro ya.

Recorrimos un poco más La RAI hasta que visualizamos un gran terreno vacío en el que más de dos docenas de hombres, con uniformes de camisas verdes, se hallaban alineados en fila. Frente a ellos, andando de un lado a otro con las manos unidas tras la espalda estaba Ligre, aquel al que Levi había encargado de una inspección, el mismo que había entrado muy agitado a la sala para decirle que debía ver algo importante. No muy lejos de él, con los brazos cruzados y la barbilla en alto, también estaba Butterfly.

—Yo debería estar ahí —resopló Exen con diversión.

—¿Y por qué estás aquí, entonces?

—Se supone que somos el equipo de combate y Ligre es quien nos entrena, pero lo único que hace es ponernos a trotar por casi dos horas, gritar y soltar insultos supuestamente para motivarnos —confesó con un atisbo de molestia.

—Ligre... ¿Es su verdadero nombre? —inquirí. Exen se cruzó de brazos, separó las piernas y por un minuto entero lo observó gritar.

—No —dijo finalmente—. Se llama Adan, pero su nombre código es Ligre. Butterfly, Carter, Levi y él tienen códigos —contestó mirando a las tropas con un dejo de disgusto.

—¿Por qué?

—Porque son una unidad especial. Levi es el comandante, Ligre es el subcomandante, Butterfly es la jefa de inteligencia y tecnología, y Carter es el especialista en interrogación —explicó. Pude ver un ligero brillo de fascinación en sus ojos—. Representan la unidad principal y la más fuerte. Butterfly —dijo señalándola—, es una analista militar experta en el uso y estudio de armas tanto convencionales como nucleares. Ligre —continuó y movió su dedo para señalarlo—, es profesional en el área de entrenamiento de supervivencia y preparación de fuerzas terrestres y aéreas. Carter o Cobra, como ya sabes, es un especialista en interrogación, diestro en técnicas de tortura. Y Levi o Jaguar, es el primero al mando en organización estratégica militar y métodos de infiltración. Es muy habilidoso y dicen que también un excelente francotirador, sin olvidar que era un simple soldado.

Hasta ese momento entendí que todo lo que había creído conocer de Levi, no representaba ni la mitad de lo que realmente era. ¿Cuándo se había convertido en un soldado completo y en un comandante respetado? ¿A qué edad había escrito el diario?

—Suenan impresionante —admití.

—Lo es, bueno, ¡ah, claro! Hay un miembro más... —intentó decir hasta que se vio interrumpido.

—¡Exen!

Nos dimos vuelta apenas escuchamos el llamado. Exen arrugó la nariz en un gesto de desagrado y sin miedo a que alguien le escuchara, dijo:

—Ah, qué fastidio.

La persona que había hablado poseía el característico tono agudo de una mujer ansiosa. Al verla supe que era tan joven como nosotros y que, a pesar de

la palidez de su piel, que no podía deberse más que a la carencia de sol, había sido dotada de belleza. Con una cabellera rubia, intensos ojos azules y nariz respingada, se acercó furiosa hacia nuestra posición. Entre todas las personas que había visto durante el recorrido, no había ninguna que resaltara tanto como lo hacía ella con su expresión de disgusto y su caminar frenético.

—Me dejaste esperando toda la noche —bufó la desconocida, cruzándose de brazos, fulminando a Exen con la mirada.

—¿Debíamos vernos anoche? —soltó él con ingenuidad. Ella se ofendió, demostrándolo con exagero.

—¡Claro que sí! Tú mismo me lo pediste —soltó con reproche. Exen elevó las cejas, asombrado, y luego hizo un falso gesto de dolor.

—Ah, ya. Bueno, es que estaba ocupado —se excusó lentamente. La chica resopló con una diversión fingida y pasó a verme, apenas notando mi presencia.

—¿En serio? Ya veo con qué «cosas» te ocupas —expresó.

—¿Me dijo «cosa»? —pregunté, para mi entera sorpresa, con brusquedad. Exen me colocó una mano en el hombro.

—No, no —negó para luego poder encarar a la chica—. Didi, hablaremos luego, ¿sí?

—¡No! ¡Quiero hablar ahora! —exclamó con furia, dejando caer sus brazos—. ¡Sabes que no voy a soportar que me engañes de nuevo!

—No te estoy engañando —soltó él poniendo los ojos en blanco.

—Puedo seguir por mi propia cuenta —intervine hacia Exen, sabiendo que el problema era entre ellos y que lo mejor era dejarlos a solas.

—No. —Me detuvo rápidamente, entonces, miró a la chica con cierto hastío—. ¿Quieres dejar tus estúpidas escenas de celos? Estoy encargado de darle un recorrido a ella porque sufrió un fuerte golpe en la cabeza y tiene dificultades para recordar las cosas. ¿Entiendes ahora, hija del diablo... digo, cariño?

—¡No te creo! —repuso con ira.

—Puedes preguntarle a mi papá si tanto desconfías de mí —propuso él, encogiéndose de hombros, desafiándola con sus ojos negros.

Didi dudó un momento y alternó la mirada entre ambos, como si estuviera estudiándonos minuciosamente. Después de unos segundos, todo su rostro se suavizó.

—Lo lamento, es que no quiero que suceda de nuevo —confesó con pesadumbre. Su expresión facial de repente pareció indefensa, casi inocente.

—Te dije que eso ya no va a volver a pasar, ¿no es así? Entonces créelo —le dijo él en un tono dócil y, por último, le dedicó una sonrisa casi encantadora. Ella fluctuó un instante, pero después exhaló.

—De acuerdo, te creo —aceptó y se volvió hacia mí—. Discúlpame, espero que recuperes tu memoria.

—Vale, yo también lo espero —respondí. Didi asintió con la cabeza, apenada.

—¿Te veo en la cena? —le preguntó a Exen con una emoción repentina.

—Claro que sí, preciosa.

Didi se fue esa vez más contenta. Cuando se alejó lo suficiente de nosotros, reemprendimos el recorrido. Me quedé con la confusión de lo sucedido. Había presenciado una escena de celos y Exen no se mostraba alterado con respecto a eso, todo lo contrario, su andar era relajado al igual que sus facciones.

—Definitivamente cenaré a escondidas —confesó con diversión—. Ni te imaginas lo intolerable que es.

—¿Y cómo es que son novios si no la soportas? —inquirí. Exen me observó como si estuviese demasiado loca.

—Pues, considerando que la población es limitada, ¿cómo podría terminar con alguien a quien veré todos los días por el resto de mi vida? Prefiero mentirle porque luego puedo hacer que me crea. Si acabo la relación, me hará la vida imposible y no quiero eso para mí eternidad en esta tumba —explicó y negó lentamente con la cabeza.

La población era limitada, en eso tenía razón. ¿Cuántas personas podía haber en La RAI? ¿Cuántas en El Imperio? En total, ¿cuántas en el mundo? Un sinfín de cantidades aparecieron en mi mente, pero lo único que podía hacer eran aproximaciones.

—Entonces, ¿la engañas? —pregunté. Exen esbozó una sonrisa, gesto que le otorgó a su rostro un aire de malicia.

—¿Me guardas el secreto?

—Pues, perdí la memoria, ¿no? Ni siquiera lo recuerdo —dije. Exen asintió y me palmeó con suavidad la espalda.

—Me parece que nos llevaremos muy bien, Drey.

Posterior a eso, la conversación fue más amena. Me atreví a ampliar la comunicación, a hacerle más preguntas, a responder con más confianza, y entonces descubrí que Exen tenía comentarios entretenidos para casi todo y que su definición de diversión no era común. Hacía chistes un tanto crueles, se apegaba al humor negro como característica y, aun así, me agradaba escucharle.

En lo que quedaba de camino me mostró la escuela para los niños, una cancha improvisada de futbolito, la tienda de uniformes —en donde cualquiera podía ir a pedir uno si el suyo estuviese en mal estado— y los almacenes, en donde según Exen, estaban los tanques, los camiones y vehículos blindados.

Cuando pasamos frente a un gran edificio que era la base de control, vimos a Levi salir de él acompañado de alguien. Nos observó y no tardó en acercarse después de separarse del hombre que había estado a su lado.

—¿Qué haces fuera de la habitación? —me preguntó para luego pasar a mirar a Exen—. ¿Y tú no tienes que estar en entrenamiento ahora? Te dije que sólo debías entregar la mochila y que no podías volver a saltarte las prácticas o te expulsaría del equipo de combate —le reprochó.

—Comandante, yo... —empezó a decir, pero rápidamente me le adelanté.

—Está conmigo porque le pedí que me diera un recorrido, quería conocer La RAI para poder tomar una decisión —mentí, pero Levi nos miró con cierta suspicacia—. Si lo que le preocupa es que sepan quién soy, puede estar tranquilo, ya he pensado en algo. Diré que me golpeé la cabeza en un entrenamiento y ahora se me dificulta recordar las cosas. ¿Sabe? Eso realmente sucede.

—Bien —dijo el comandante después de un corto silencio—, te lo dejaré pasar, Exen. Gracias por mostrarle el lugar a Drey, ahora vuelve al entrenamiento como es debido.

—De acuerdo —aceptó sin muchas ganas.

Exen se despidió con el saludo de visera y después se alejó en dirección contraria. Sabía que no quería volver al entrenamiento, así que supuse que desearía la orden de Levi y se iría hacia algún otro lugar.

—¿Se portó bien contigo? —me preguntó. Bajo el brillo de las enormes lámparas, reconocí la intensidad de los ojos verdes que había visto en el niño del relicario.

—Sí, fue muy agradable —respondí, asintiendo.

—Bueno, iba justo para tu habitación. Tenemos una conversación pendiente, ¿no?

Mientras regresábamos, muchas personas se detuvieron a saludar al comandante. Le desearon buenas tardes y él les devolvió las palabras con la misma amabilidad. Estaba claro que le tenían aprecio y que más que eso, se sentían cómodos siendo su población.

La RAI podía ser mucho más que un grupo —o así lo veía yo— era un refugio y una recompensa por haber sobrevivido a la catástrofe. Si todas esas personas se habían mantenido allí y habían puesto su confianza sobre Levi, ¿por qué no podía hacerlo yo? En la superficie no tenía absolutamente nada, pero en la ciudad subterránea existían personas a las que aún les quedaba demasiado por lo que vivir. Entendí rápidamente que la oportunidad que el comandante quería darles, podía mejorarse gracias a mí. Si yo había respirado el gas y si lograban hacer que todos lo inhalaran también, la soledad que tanto me había abrumado podía verse pisoteada por el resurgimiento de la humanidad.

No podía apostar por mí, pero podía apostar por ellos.

—Levi —pronuncié cuando faltaba poco para llegar.

—¿Sí? —contestó sin apartar su vista del camino, restándole importancia al hecho de que lo había tuteado.

—Me gustaría vivir aquí —confesé.

—¿Esa es tu decisión?

—Sí, pero no quiero dormir hoy en esa habitación —aclaré.

—¿Tan pronto quieres integrarte?

—Sí, quiero una cabaña y no me importa compartirla.

—¿Estás completamente segura? Si es así, supongo que puedo ponerte en una cabaña con chicas de tu misma edad, pero, tienes que recordar mantener el secreto de la inmunidad —aceptó con tranquilidad.

Llegamos más rápido de lo que esperé. Una vez en la habitación, él cerró la puerta tras de sí y el corazón comenzó a palpitarme con tanta fuerza que lo sentí incluso en la garganta.

Tomé la mochila que había dejado bajo la almohada y antes de extraer el diario, dudé. Temí por su reacción y también que le pareciera inapropiado el hecho de haber leído algo tan personal, porque, vamos, leer el diario de alguien

más era como meter las narices en su alma; pero lo que más me hacía fluctuar era saber que, al confesarle todo, debía devolverle lo que le pertenecía, y muy en el fondo no deseaba desprenderme de lo único que me había restituido las ganas de vivir; pero si el hombre que tenía tras de mí era el mismo de la torpe caligrafía, el mismo Levi H, su reacción no podía ser negativa.

Apelando a eso, abrí con cuidado la mochila y vi todo lo que había dentro de ella: las llaves del auto que había dejado en la carretera, unos cuantos caramelos caducados, una toalla sanitaria para mis peores días, el libro de Levi y el relicario de su madre. Me di vuelta aun sosteniéndolo, y ante un comandante expectante, hablé:

—Fue casualidad. Iba camino a casa y me encontré con tu antiguo hogar. Entré en él por curiosidad, porque algo me impulsó a explorarlo y entonces, encontré esto.

Saqué el libro de la mochila y lo extendí hacia él. Se quedó paralizado, con los parpados desplegados al límite, mirando el diario, casi anonadado.

Y me tembló cada centímetro del cuerpo.

—Pero... —murmuró, acercándose.

Las manos me temblaron, aun así, intenté sostener el libro con firmeza. Mi mente comenzó a imaginar lo peor. Esperé gritos de reprimenda por haber violado la privacidad, esperé su completa indiferencia e incluso el destierro a la superficie, pero lo único que recibí fue la mirada de un Levi asombrado y estupefacto.

—Lo conseguí por casualidad —dije. Él lo tomó de entre mis manos y con cuidado extendió la tapa.

Miró la primera hoja, ahí en donde decía «Este libro pertenece a Levi H» y estudió cada letra como si no pudiera creer que el trazo fuera real.

—Estuviste en mi casa —comentó. Su voz sonó más dócil.

—Estuve en muchos lugares —respondí con cierto nerviosismo, alternando mi mirada entre el diario y su rostro.

—Lo leíste todo —añadió aun sin verme.

—Sí. Antes de llegar aquí, yo ya te conocía.

Levi se mantuvo en silencio. Pasó una hoja y sus ojos se movieron en dirección a las líneas escritas. Casi inconscientemente, caminó hacia la camilla y se sentó en ella, inmerso en el texto. Por mi parte estaba atenta a cada una de sus expresiones y reacciones, aguardando por escuchar sus palabras.

—Escribí esto hace diez años, cuando tenía apenas dieciséis —declaró después de unos minutos de silencio—. Estaba muy confundido.

Pasó otra hoja, casi boquiabierto, haciéndome pensar que posiblemente las emociones estarían mezclándose en su interior al reencontrarse consigo mismo. Habría dado cualquier cosa por saber qué pasaba por su cabeza en ese instante,

o aún mejor, para que él mismo las dijera, pero al no obtener explicaciones sólo podía intentar adivinar.

—Levi —susurré con impaciencia. Él ni siquiera me observó.

—Gracias por dármelo —dijo de repente, y entonces se colocó de pie dando por finalizado el momento—. Entonces, ¿querrás una cabaña?

Al oír su respuesta sentí como todo el nerviosismo se disipó dando paso a la confusión.

—¿Qué? —solté, ceñuda.

—Una cabaña, me la pediste —aclaró con naturalidad.

—No, no, ¿qué pasa con el diario?

—¿Qué puedo decir? —inquirió como respuesta con un ligero encogimiento de hombros. Resoplé sin poder entender lo que escuchaba.

—Pues, no lo sé, ¿qué te parece si comienzas por aclarar lo que escribiste? —refuté, señalando el diario.

—¿Por qué debería hacerlo, Drey?

Lo miré como si fuera un desconocido. Ciertamente, no había considerado ese punto, ¿por qué debía explicarme lo que había escrito de forma tan personal a sus dieciséis años?, ¿por qué debía rendirle cuentas a una completa extraña?

—Que lo hayas encontrado no significa que te debo una explicación, porque como has dicho, lo hallaste por casualidad, ¿no es así? Me lo entregaste y ahora sólo me queda agradecerte por ello.

—Pero eso...

—Son sólo pensamientos —expuso, despedazando cualquier otra idea—. Mira, sé que lo que hay escrito aquí puede resultar confuso, pero es parte del pasado y no significa nada. Era un adolescente con todas las rarezas de la pubertad y eso es todo. Debes olvidarlo, ¿de acuerdo?

Colocó una mano sobre mi hombro derecho en un intento de consuelo que falló, porque de inmediato me alejé repeliendo su tacto como cualquiera podía hacerlo ante un extraño. Sus labios formaron una fina línea y sus ojos demostraron pesar, quizás porque mi rostro manifestó toda la decepción que sentí.

—Drey, debes olvidarlo porque esto no forma parte de tu vida, sino de la mía —añadió, negando con la cabeza.

—Pero, quiero saber qué fue lo que pasó contigo —confesé con apenas un hilo de voz—. ¿Qué era lo que te causaba esas lagunas mentales? Quiero saber de ti, Levi.

—Este no es tu asunto, ¿de acuerdo? —bramó con una notable incomodidad—. Este libro no tiene un significado, no es relevante y creo que ya no debo repetirlo. Son sólo escritos sin sentido —agregó haciendo énfasis en esa última frase.

Alcancé a entender que lo que había deseado escuchar de él, no saldría de su boca, y que el Levi que había conocido mediante los escritos, no existía. Estaba ante una persona distinta. Tenía en frente al comandante Levi Homs, un hombre, no al muchacho del diario, por lo tanto, mi búsqueda había sido en vano. Había dejado mi hogar y la seguridad de la soledad por perseguir una absurda ilusión, y entonces había terminado en aquel abismo llamado La Resistencia Antiimperialista con muchas más dudas que antes y pocas respuestas.

—No entiendes lo que eso llegó a significar para mí —declaré, tensando la mandíbula, tratando de no gritar por la rabia—. Creí que lo entenderías y que me darías al menos una explicación, pero no será así, veo que pensé de modo absurdo, ni siquiera sé por qué lo hice. Supongo que mi desestabilidad emocional me llevó a esto.

—Drey... —pronunció.

—No —le interrumpí con prisa, alzando la barbilla, intentando no parecer débil—, este no es mi asunto y debo olvidarlo. Entonces, así será.

—No quiero que pienses que este libro es importante, porque la verdad es que yo sólo era un crío raro, nada más —discrepó de un modo más informal.

—Entiendo, no es importante.

Un silencio incomodo se extendió por toda la habitación. No quise que nuestras miradas se encontraran por mucho tiempo para que no pudiera percatarse de cuan mal me encontraba, así que posé mi vista sobre algún punto y contemplé el vacío. Tenía una única explicación para todo: había estado sola y tan necesitada de compañía que eso me había llevado a aferrarme a unos escritos pasados, unos escritos de los que no obtendría explicación alguna. Sentí la ira atenazándome por ello, la furia hacia mí misma por permitirme forjar otra esperanza, y entonces, con toda la desilusión comprendí que se me tornaría más difícil tomar una decisión.

—Mira, esto es tonto. No llenes tu cabeza con pensamientos sobre lo que hay escrito en este absurdo libro —dijo y palmeó el diario. No pude decir nada al respecto—. Drey...

—Necesito descansar, debo tomar una decisión y quiero hacerlo con la mente fría —exigí con gesto hermético. Extrañamente, un atisbo de orgullo me exigió no demostrar ni miedo, ni dolor, ni ninguno de mis sentimientos ante él.

—Pero habías dicho que querías quedarte, ¿no?

—Debo considerarlo mejor —me limité a contestar.

Después de eso no dijo nada más y se dirigió hacia la puerta para irse. Pensé que desaparecería rápidamente, pero antes de atravesar el umbral pude escuchar que decía algo más:

—Por si decides quedarte, ordenaré que te asignen una cabaña y que te traigan ropa adecuada. Espero que mejores pronto.

Y con el sonido de la puerta al cerrarse, todas mis emociones fluyeron de forma casi asfixiante. Quise descargar la frustración gritando, pero me contuve intentando armarme de paciencia. Debía pensar en tantas cosas, tratar de procesar lo que hasta ese momento aún no había asimilado completamente, como, por ejemplo, lo diferente que era mi organismo, las posibilidades de regresar todos a la superficie y cómo sería mi vida si decidía quedarme en La RAI. No obstante, todavía el entorno parecía tan irreal y no lograba apartar de mi mente el hecho de que el diario ya no estaba en mis manos.

•••

Un soldado desconocido no tardó en llegar. Llamó a la puerta para informar que me habían asignado una cabaña en la que podía alojarme, me entregó un pequeño papel con un número y se fue.

Observé el papel como si fuese la carta de la jugada decisiva. Podía ir a buscar la cabaña con el número correspondiente y eso automáticamente me haría miembro de La RAI; o podía dejar el papel a un lado, tomar mi bolso y pedir que abrieran la fosa para regresar a la superficie. Una de las dos opciones me mostraba un futuro incierto, mientras que la otra revelaba un destino predecible.

La dificultad para poder decidir radicaba en que no encontraba un motivo para quedarme. No tenía una razón para estar ahí, y tampoco sabía si tenía una razón para estar en la superficie. La confusión oprimió mi mente. Era tan complicado elegir un camino, tanto que comencé a sentirme agotada. Quizás si daba un

paseo y observaba la ciudad con más calma, podía llegar a una conclusión. Quizá si le echaba un vistazo a la cabaña, mis pensamientos podían aligerarse y fluir con mayor facilidad.

Me colgué la mochila del hombro y aun sosteniendo el papel, salí de la habitación.

Agradecí el recorrido con Exen, porque entonces encontrar las cabañas fue mucho más fácil. Al localizarla, me postré frente a la escalerilla que daba a la puerta y contemplé con indecisión la fachada. Tenía una ventana a cada lado de la entrada y la madera parecía estar poco pintada. No había nada en ella que me produjera desconfianza, pero el temor no me permitía dar otro paso adelante porque sabía muy bien que no deseaba dar marcha atrás. Podía batallar conmigo misma, pero la idea fluyó con tanta potencia que impidió el surgimiento de otras: ¿por qué no quedarme?

Subí los cuatro peldaños, giré la perilla de la puerta y oficialmente entré en ella. Mi primera impresión fue que era muy simple pero acogedora. Cuatro camas reposaban a cada lado de las paredes y un estante bastante alto junto a pequeñas y desgastadas mesas de noche, se arrimaban contra la madera. A pesar de su simplicidad, me hechizó por completo.

Sobre una de las camas reposaba una pila de ropa perfectamente doblada, también había una toalla y lo que parecía ser un pequeño bolso hecho a mano. Después de inspeccionarlo supe que en su interior tenía un cepillo dental, una bolsita con toallas sanitarias de tela que decían «desechables», un recipiente con champú, una cajita con un jabón y cinco piezas de ropa interior femenina junto a una coleta para sujetar el cabello. Con una ligera sensación de agradecimiento, lo dejé todo ordenado como lo había encontrado. Guardé la mochila debajo de la cama y me senté en ella, tanteando la suavidad de las sábanas.

La puerta se abrió abruptamente y una muchacha desconocida se introdujo en la cabaña. Su cuerpo era voluptuoso y sus mejillas algo rechonchas. Llevaba el cabello negro y corto hasta por debajo de las orejas, el rostro pecoso, la piel muy pálida, y con sus manos luchaba por sostener unos pequeños pastelillos. Inmediatamente, el nerviosismo causado por la presencia de otra persona me puso a temblar, pero ella con total confianza se acercó a mí.

—Hola, ¿cómo está tu cabeza? —me preguntó de manera afable. La pregunta me confundió, pero poco después reparé en la gran mentira que había surgido cuando Exen se había encontrado con su novia.

—Está bien por ahora, gracias por preguntar —dije. Pude sentir que los labios me vibraban al pronunciar las palabras. Ella sonrió ampliamente y se sentó junto a mí sobre la cama.

—Soy Nina —se presentó, dejando los pastelillos sobre la mesa de noche—, mi cama es la de al lado. Por ahora sólo seremos nosotras dos aquí porque una de las chicas ha pedido permiso para quedarse con su madre en otra cabaña ya que está muy enferma, y la otra está embarazada, así que la cambiaron a la cabaña de su esposo. Se saltó las reglas de natalidad, ya sabes, eso de que no podemos quedar en estado, ¿puedes creerlo? Fue un lío, los superiores estaban molestos, pero el comandante decidió que podía dar a luz a su hijo, aunque tener un niño en estos tiempos es casi como un castigo —explicó como si estuviese cotilleando, pero prontamente su expresión cambió—. Oh, cielos, tienes el cabello tan largo. ¿Cómo lo ocultas? Qué extraño que no te lo han cortado. No nos permiten dejarlo crecer tanto. Bueno, supongo que se les ha pasado por alto. Sería una lástima que lo hicieran.

Inconscientemente, me sostuve un mechón mientras que ella lo observaba con fascinación. Después del incidente lo que menos me había preocupado era hacerme un buen corte de cabello, así que había impedido que me estorbara recurriendo a una eficaz cola de caballo, pero había crecido tanto que caía libremente hasta mi cintura.

—Me gusta así. Sólo hago una coleta y luego lo enrolló hasta que queda muy corto —mentí. Ella asintió, asombrada—. Me llamo Drey, por cierto.

—Drey, qué bueno que llegaste, ya no me estaba gustando estar tan sola aquí. Durante la noche me ponía muy nerviosa, pero, ¿quién no? A esas horas todo está muy callado —comentó. Hacía muchos gestos y muecas al hablar y pronunciaba las palabras tan rápido que era inevitable no verla de una forma divertida—. Y dime, ¿qué hacías antes de lesionarte?

—Bueno... —dudé antes de responder porque no había planeado lo que había más allá de la mentira—. Estaba en el equipo de combate —dije finalmente, ya que, de hecho, era el único equipo del que había escuchado.

—¿En serio? —Sus ojos se iluminaron y sus parpados se abrieron hasta el límite—. A mí me parece que todas las personas del equipo de combate son geniales, tan valientes, son como nuestros propios héroes. ¡Es increíble! Comparto cabaña con un miembro del equipo de combate. A mi mamá le dará un ataque de emoción.

Extendió el brazo y alcanzó uno de los pastelillos que había dejado sobre la mesa de noche.

—¿En serio crees que son unos héroes?

El nerviosismo desapareció y de repente sentí la misma comodidad que había experimentado al hablar más a fondo con Exen. Ella le dio un mordisco a su pastelillo y asintió con la cabeza muy rápidamente.

—Claro que sí, es que ustedes portan armas, entrenan muy duro e incluso se preparan para ir a la superficie con los trajes especiales —dijo al mismo tiempo que masticaba el trozo de pastelillo—. A mí me daría mucho miedo subir, ¿sabes? Todo allá debe estar tan solitario. Imagina los cadáveres en las calles, me da escalofrío de sólo pensarlo, sin olvidar que si hay aunque sea una pequeña falla en tu traje podrías morirte en un segundo. —Tragó lo que había en su boca y continuó—: Además, con eso de que El Imperio quiere exterminar a La RAI, todos estamos algo inquietos y nerviosos, pero estoy muy segura de que todo el equipo de combate podrá mantenernos a salvo y que el comandante hará lo que sea para protegernos.

Ver como una persona ponía toda su esperanza en un grupo de combatientes me hizo recordar que, casi siempre, las esperanzas que colocábamos sobre los demás, se derrumbaban.

—Los admiras.

—Formo parte del equipo de desarrollo tecnológico, pero sé que los del equipo de combate tienen el trabajo más difícil —objetó y después elevó las cejas como si fuese olvidado algo—. ¡Qué descortés soy! ¿Quieres un pastelillo? Los hace mi mamá. Ella trabaja en la cocina y me deja tomar unos cuantos en secreto. Son de arroz, muy sabrosos.

Me extendió uno de los postres. No lo rechacé porque lucía delicioso, así que después de darle un mordisco, la conversación se tornó más entretenida. Me habló de lo mucho que le gustaba manipular objetos, tratar con tecnología y reparar cosas, y entonces descubrí que era la primera vez que conectaba

amistosamente con alguien después de tres años, y me agradó esa sensación de compañía femenina.

—¿Qué es lo que se te hace más difícil de recordar? —inquirió después de tragar el último bocado de pastelillo. Aproveché su pregunta para tratar de averiguar más sobre La RAI.

—No lo sé, olvidé muchas cosas. Recuerdo el equipo de combate y el equipo que has mencionado, el de desarrollo tecnológico, pero... ¿Hay otros más?

—Sí, claro. Hay siete equipos en total. Además de los que ya sabes, están el equipo médico y de análisis científico; el equipo de comedor y mantenimiento sanitario; el equipo de estrategia e inteligencia; el equipo de construcción y edificación, y el equipo de control social.

—Lo tienen todo bien organizado.

Nina tomó otro pastelillo y comenzó a comer nuevamente.

—Y además no hay nadie que se quede sin hacer nada, todos colaboran y todos estudian para aprender algo nuevo. La mayoría son novatos, pero poco a poco se van especializando —añadió con un atisbo de orgullo en sus palabras.

Nos quedamos charlando hasta que miré por una de las ventanas y el gran reloj avisó que eran las siete. Ya para ese momento mi decisión estaba implícita, no podía marcharme. Había conectado con Nina y probablemente también con Exen, y me gustaba saber que la sensación de soledad poco a poco podría desvanecerse hasta llevarse consigo todas sus consecuencias emocionales.

Al salir de la cabaña comprobé la importancia de las luces que colgaban del cielo de piedra, pues se habían hecho más tenues semejando la noche, algo que le concedía al ambiente un exiguo toque de realismo.

Nos encaminamos al comedor para cenar. Cuando llegamos, me impresionó la amplitud del interior, sin embargo, podía percibirse el cambio de temperatura dentro de la estructura; tantas personas reunidas dentro de un edificio ubicado bajo la superficie, sólo podían aportar una cosa al ambiente: calor. Mi frente comenzó a sudar, pero no me importó.

Mi atención recayó completamente en la cantidad de gente que hacía la fila para recibir los alimentos y que avanzaba con rapidez para que nadie tuviese que esperar demasiado, pero Nina me sacó del embeleso al tirar de mi brazo derecho con insistencia para que nos dirigiéramos a donde entregaban las bandejas de plástico.

Cuando una rechoncha y muy amable señora colocó una gran ración de ensalada y un pequeño recipiente con sopa de verduras sobre mi bandeja, no fui capaz de ocultar la expresión de gratitud y emoción que se reflejaba mi rostro. Degusté con entusiasmo la primera cena recién hecha; la primera comida casera que probaba en tres años. No estaba rancia, ni caducada, ni congelada y sabía a gloria. La sopa humeaba y aunque el calor nos hacía transpirar, la tibieza del caldo me reconfortó.

Comimos en tranquilidad, ambas sentadas en una mesa conversando sobre temas triviales. Lo cierto era que Nina no tenía muchos amigos, sólo conocidos que no se preocupaban por más que saludarle, así que nadie se atrevió a sentarse junto a nosotras. Me olvidé de todo durante el tiempo que cenamos. Olvidé el suceso con Levi, a Carter, las dudas que me abrumaban, y también olvidé la soledad que aún me atormentaba.

Cuando volvimos a la cabaña estábamos satisfechas y exhaustas. Nos dejamos caer sobre nuestras respectivas camas y poco a poco pudimos conciliar el sueño.

...

Desperté sobresaltada, angustiada, sudorosa y con el corazón palpitándome velozmente. Había tenido una pesadilla. Se me formó un nudo en la garganta. Ver a Carter en mis sueños, torturándome sin compasión, amenazaba con convertirse en un mal sueño recurrente. El dolor de los golpes y la sensación de ahogo seguían ahí, en mis recuerdos, marcados en mi cuerpo como heridas que no sabía de qué manera sanar.

Me sobresalté cuando escuché un ruido.

Aferrada a la sábana que cubría el colchón, giré la cabeza rápidamente y vi a Exen golpeando la ventana de la cabaña. Exhalé con alivio y me aseguré de que Nina no hubiese escuchado el sonido también. Después de comprobar que estuviera completamente dormida, con cuidado avancé hasta la ventana, busqué el modo de abrirla y contemplé a Exen con extrañeza.

—¿Qué haces? —le pregunté después de deslizar el cristal.

—Esto parece raro —susurró con diversión— pero hay una reunión de emergencia en el edificio de control y pensé que quizás te gustaría acompañarme a escuchar sobre lo que sucede —añadió. Pude jurar que estaba un poco somnoliento.

—¿Por qué querría ir? Podrían vernos —murmuré, acercándome más a la ventana. Exen arrugó la nariz.

—Nunca me han descubierto. ¿No quieres saber lo que pasa? De seguro tiene que ver con El Imperio.

Lo pensé por un instante y decidí ir porque realmente quería saber el motivo de la reunión. Si estaba relacionado con El Imperio, entonces también lo estaba con mi inmunidad.

—Bueno, espera —acepté y cerré la ventana.

Con sumo cuidado de no hacer ruido, tomé los zapatos y me los calcé. Me dirigí a la puerta y la abrí lentamente sin apartar la mirada de Nina quien apenas se movió por lo inmersa que estaba en su sueño. Salí de manera exitosa y cerré la puerta tras de mí.

Exen aguardaba con ansias, así que sin perder tiempo corrimos al edificio de control. Nos escabullimos por una puerta trasera que él conocía, asegurándonos de no emitir algún sonido o levantar sospechas. Avanzamos por un largo pasillo y después de unos cuantos cruces, vimos una puerta doble.

Exen impulsó la manija hacia abajo y abrió la puerta con una lentitud casi desesperante, hasta dejar una abertura que nos permitiera observar el interior. Inmediatamente, las voces de la sala se hicieron audibles. Nos situamos estratégicamente frente a la delgada abertura, y una vez en posición correcta tuvimos una vista excelente ante lo que acaecía.

Observé unas grandes pantallas que reflejaban mapas y estadísticas; también otras que presentaban imágenes bajo visión nocturna de la superficie. Ligre, Butterfly, Julian y Levi se hallaban de espaldas a nosotros, mirando los monitores mientras que algunos hombres manipulaban las computadoras y las proyecciones con notable ansiedad.

—¿Lo lograste? —inquirió Levi. Su voz se escuchaba neutra y autoritaria.

—Estoy intentando hackear el enlace vía satélite, pero toma algo de tiempo —respondió uno de los hombres que estaba sentado tecleando con rapidez.

—¡Tiempo es lo que nos falta! ¿Podrás evitar que reciban información? —intervino Butterfly. En el tono de voz se podía notar su irritabilidad.

—No del todo. Este tipo de vehículos aéreos no tripulados están reforzados para que la comunicación entre el vehículo y el puesto de control sea

completamente eficiente y rápida —explicó el hombre. Levi se frotó el rostro con una disimulada frustración.

—Malditos sean —se escuchó decir a Butterfly.

—Puedo intervenir la conexión para desprender al vehículo aéreo de su punto de control, pero necesito un poco de paciencia —añadió el hombre.

No teníamos claro exactamente qué era, pero sabíamos que algo peligroso estaba sucediendo. Mencionaron un vehículo aéreo y lo primero que imaginé fue una especie de avión o un helicóptero, pero el ambiente, las acciones y los gestos me hicieron pensar que iba más allá de los transportes convencionales.

—¿Los radares detectaron algún otro? —les preguntó Levi a los hombres.

—Sólo ese, comandante.

—Levi, lo que ha enviado El Imperio es un *predator*. No necesita un piloto porque es manipulado desde una base en tierra y está perfectamente diseñado para llevar a cabo misiones de reconocimiento con vídeo y sonido. Si bien puede ser hackeado e intervenido, ya le habrá proporcionado a Gregori la información que necesita —habló Ligre con un sorprendente conocimiento sobre el tema—. A lo que quiero llegar es que, seguramente, El Imperio ya sabe cuáles puntos atacar, así que no te sorprendas si recibimos una lluvia de misiles.

—Activa la cúpula protectora.

—Activada, comandante.

Se escuchó un estruendo y entonces una de las pantallas reflejó el movimiento de lo que podía ser la cúpula. Se desplegaba según un nivel de porcentaje que aumentaba cada segundo. Curiosa, me volví hacia Exen y le susurré:

—¿Esa cúpula nos protegerá de un ataque? —pregunté. Él se aproximó más a mí para asegurarse de usar un tono de voz muy bajo al responder.

—No. Lamentablemente, lo único que nos protege de un ataque es la superficie que nos cubre. Esa cúpula sirve para evitar la detección térmica por infrarrojo. La activan para que no detecten las ondas de calor producidas por el cuerpo, es decir, para que no sepan cuántas personas hay aquí. No sé exactamente de qué está hecha, pero he escuchado que usaron materiales como aluminio, espejo y tela aislante térmica —aclaró con cierto entusiasmo.

Retorné mi atención al interior de la sala, y cuando notamos que Levi se dio la vuelta, nos impulsamos súbitamente contra la pared, alejándonos de la

abertura para que no pudiera vernos. Nos mantuvimos así por un minuto entero hasta que Exen se atrevió a mirar y me indicó que estaba despejado.

Presenciamos la situación de nuevo; el comandante se movía de un lado a otro un tanto inquieto, mientras que los demás, cruzados de brazos, sólo observaban las pantallas, aguardando. Las figuras líderes como Levi, Butterfly y Ligre podían mantenerse firmes, pero los trabajadores e incluso el mismo doctor Julian emanaban toda la tensión, los nervios y la intranquilidad que sentían.

—Infórmame —exigió el comandante ubicándose detrás de uno de los hombres. Desde mi posición pude notar cómo los músculos de su cuello se tensaron.

—Se está tornando difícil. Cuando se controla un vehículo por un medio satelital es altamente complicado realizar una intervención, pero por supuesto, todo sistema es vulnerable y hackeable, no será imposible —explicó el hombre.

—¡Necesitamos inhabilitado a ese maldito espía aéreo! —intervino el subcomandante. Aquellos que manipulaban los teclados, apresuraron sus acciones.

—Lo estamos intentando —dijo uno de los trabajadores.

—¡Quiero que lo intenten todo! —exclamó Levi con un ápice de ira.

—Hay que romper el canal de comunicación, ejecuten el programa más estable —soltó otro de los hombres, y entonces los demás comenzaron a actuar aún más rápido.

Incluso yo comencé a sentir la impaciencia. Nunca había visto un *predator*, pero era evidente que se trataba de un avión enemigo que intentaba tomar información de La RAI para El Imperio, y eso tenía a Levi al borde de la ira y a los demás al límite de la preocupación.

Estaban tomando todas las medidas necesarias para evitar que el avión continuara volando en la superficie, pero, aunque trabajaran ágilmente, había algo en la expresión del comandante que me decía que El Imperio iba en ventaja.

—Pude entrar —informó uno de los hombres, de repente. Toda la atención recayó sobre él, esperando sus explicaciones. El hombre tecleó algo y luego miró la pantalla—. El *predator* está haciendo varias tomas aéreas.

—Quiero saber desde donde lo controlan —demandó Levi con prontitud. El hombre tecleó de nuevo, pero al ver que no pronunciaba palabra, otra voz se hizo escuchar:

—Rastrea el origen, ubica las coordenadas de la base de control —ordenó Butterfly dando un paso hacia adelante.

—Rastreando.

—Levi, hay que derribarlo —propuso Ligre, pero el comandante negó de inmediato.

—¡No! Si logramos hacerlo aterrizar será beneficioso para nosotros —exclamó, imponiéndose—. Necesito saber desde dónde lo están controlando.

Detrás de la puerta, Exen y yo nos mantuvimos expectantes, ansiosos y por supuesto nerviosos. Si El Imperio recibía información y datos sobre La RAI, no sólo tendrían ventaja, sino que podrían atacar en cualquier momento.

Inesperadamente, por una puerta que había en el interior de la oficina de control, apareció la imponente figura de Carter. De forma instintiva retrocedí, pero el cuerpo de Exen golpeó contra el mío, deteniéndome. Sentí su mano sobre mi hombro apretando con suavidad, entonces me obligué a tomar aire.

El especialista se acercó a los monitores y comenzó a evaluar la situación sin pronunciar palabra. Las voces acallaron y sólo predominó el sonido de las teclas y los movimientos. Había incertidumbre y también temor.

Uno de los hombres habló tan fuerte que hizo que mi cuerpo comenzara a temblar.

—No hay coordenadas, no las hay —vociferó. Butterfly frunció el entrecejo y se acercó a él con prisa.

—Imposible —soltó y estudió con atención la pantalla para después girarse hacia el comandante; sus ojos brillaban de impotencia—. Levi, este vehículo no está siendo controlado desde una base. Lo que hace ahora está en la configuración de su programa.

—¿Nadie lo controla actualmente?

—Está trabajando solo, fue programado para eso. No obtendrás una dirección, pero estamos dentro de su sistema; podemos hacerlo aterrizar —contestó ella y bruscamente corrió hacia otra pantalla para hacer algo que no vi.

—Bien, háganlo descender —ordenó Levi. Todos se pusieron en marcha de nuevo.

—¡Mira qué asunto! Esta sí es la parte interesante —susurró Exen.

Mientras los trabajadores se ocupaban del *predator*, me fijé en que Julian no se había movido ni un poco y que sólo permanecía quieto, presenciando todo. Para nuestra sorpresa se oyó un fuerte pitido y uno de los hombres se levantó de la silla de forma alarmante.

Mi corazón se aceleró al ver el pánico en el rostro del trabajador. Algo salió mal.

—¡No! Sabían que intentaríamos hacerlo aterrizar. Comandante, este no es un *predator* normal, está automatizado y sorprendentemente reforzado.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres decir? —preguntó él, alzando la voz con exigencia. Todos se tensaron. Julian suspiró y tembló en silencio. Ligue se removió sobre sus pies. Butterfly entreabrió la boca. Carter pareció menos intimidante y más rígido.

—El *predator* recibió la orden de aterrizaje como un ataque y se ha puesto en defensa.

—Me lleva la que me trajo... —murmuró Ligue.

—Va a bombardearnos en catorce minutos.

Entonces, Exen me tomó del brazo y juntos entramos a la sala de control.



Me desorienté por un instante debido a la rapidez con la que Exen nos introdujo en la sala, pero rápidamente recobré la noción del tiempo para poder comprender lo que acontecía.

—¿Nos van a bombardear?! —preguntó Exen, atónito.

—¡Exen! ¡Joder! —bramó el doctor mientras se acercaba a él—. ¿Qué haces aquí? ¿De nuevo estás escuchando a escondidas?

Julian lo miró con todo el disgusto que sentía, pero Exen sólo se dedicó a observar al comandante esperando una respuesta. Por mi parte permanecí inmóvil, escuchando cada sonido que se emitía en la sala y deseando que mi presencia se minimizara por el riesgo del bombardeo, pero no fue así, porque incluso Julian me observó con decepción.

—¡Ya te he dicho que estos asuntos no te incumben! —soltó el doctor hacia su hijo.

Pero antes de que Exen pudiera refutar, uno de los hombres sentados frente a al monitor se levantó para informar a todos:

—Trece minutos con cuarenta segundos para que el *predator* ataque.

—No, ese maldito no nos va a bombardear, no a mi ciudad —profirió Levi con determinación. Ligre se apresuró a situarse frente a él.

—Esperamos ordenes, comandante —le dijo.

—Vamos a derribarlo —dictaminó Levi, decidido, y entonces los hombres volvieron a sus lugares—. Preparen las plataformas antiaéreas. Controlaremos el disparo por radar, podemos atacar antes de que él nos ataque.

—Trece minutos con treinta segundos —volvió a decir el hombre.

Ligre corrió hacia el otro lado de la habitación, tomó asiento frente a uno de los paneles y comenzó a operarlo mientras que los demás trabajadores se comunicaban información por medio de audio; por otro lado, Levi se colocó en el centro para poder tener completa visión de lo que cada persona hacía, y aunque no tenía contacto con ninguna de las máquinas, era él quien estaba al mando y tomaba las decisiones.

—Las plataformas han ascendido, comandante. Iniciando el proceso de detección de objetivo —informó Ligre con voz audible.

—Trece minutos.

—Sistema preparado, diez segundos para iniciar primer lanzamiento —soltó el subcomandante sin apartar sus manos de las teclas.

Levi se movió hacia otra pantalla y nuestras miradas también; podía apreciarse perfectamente una gran plataforma de lanzamiento. Poseía un vago conocimiento sobre ellas, ya que las únicas que había visto pertenecían a los videojuegos.

—Esta es la última vez que escuchas detrás de las puertas, ¿queda claro? —dijo Julian a su hijo. Exen puso los ojos en blanco y se giró para encararlo.

—Ambos sabemos que eso no va a pasar —refutó el muchacho.

Decidí ignorar aquella discusión y me concentré en la imagen. Gracias a la pantalla observamos como el lanzador de la plataforma se movió hacia la derecha y se elevó. Uno de los trabajadores detalló el proceso. Primero, por medio de un radar, la plataforma detectaría al *predator*, segundo, el lanzador se movería en la dirección seleccionada, y tercero, dispararía en cuanto el subcomandante, detrás del monitor, enviara la orden.

—Todo está listo, comandante —avisó Ligre.

—Doce minutos con treinta segundos.

Levi asintió con la cabeza y vociferó:

—Disparen.

Todos esperamos observar el proyectil, pero no hubo ni siquiera un destello y el lanzador se reflejó inmóvil en la pantalla. El desconcierto se apoderó de la sala; los trabajadores quedaron estupefactos, pero fue Butterfly aferrada al espaldar de una de las sillas quien expresó preocupación.

De nuevo, algo iba mal.

—El sistema no está recibiendo la orden de lanzamiento —voceó Ligre, anonadado, pero indiferentes a su semblante, sus dedos continuaban moviéndose sobre el panel.

—¡Los misiles estaban preparados desde hace unas semanas; funcionaban a la perfección cuando hicimos las pruebas! —profirió Levi.

—Hay una falla con la conexión que envía la orden desde el panel de control, hasta el radar del lanzador —explicó el subcomandante.

—Doce minutos con cuatro segundos para el ataque.

—¡Algo está haciendo interferencia, pero no sé qué es! ¡Las demás plataformas tampoco reciben la orden de disparo! —bramó Ligre.

Butterfly comenzó a presionar con gritos y bufidos a los hombres que, con esmero, intentaban hallar el motivo de la falla. Empecé a experimentar el temor que Julian no se molestaba en ocultar. Busqué la mirada de Exen esperando recibir un poco de calma, pero fue en vano porque incluso él había perdido el destello de diversión en su rostro para dar paso a la misma intranquilidad que demostraba Carter, una que seguramente les habría gustado encubrir; pero no parecía posible, ni siquiera para mí.

—¿Con qué tipo de misiles cuenta? Necesito saber qué tanto daño puede causar —exigió saber Levi.

Ligre voceó algo que no entendí sobre misiles y sus características.

—Destruirían la cúpula, pero no alcanzarían la ciudad, sin embargo, pueden hacer que algunas de las lámparas se desprendan y eso sí sería peligroso porque caerían sobre los edificios y las cabañas —expuso el comandante.

—Entonces traslademos a las personas a los hangares; las lámparas no alcanzarán a hacer demasiado daño en esa zona —intervino Butterfly, pero Levi descartó la idea con tan sólo un movimiento de cabeza.

—No hay tiempo, no todos llegarían —señaló mientras contemplaba atentamente la imagen en donde se mostraba la plataforma de lanzamiento.

—¿Y si los bajamos a los cultivos? Esa área es amplia, está en un nivel más profundo —propuso la pelirroja como segunda opción, pero esa vez quien intervino me hizo retroceder.

—Corremos el riesgo de que, por la sacudida, se desprendan no sólo las lámparas, sino también algunas rocas, así que si bajamos a los cultivos podemos

quedar sepultados por la propia ciudad sin ninguna salida —objetó el especialista Carter.

Entonces alcancé a entender la preocupación de los superiores. Los misiles del *predator* no eran capaces de destruir la ciudad en un segundo, pero podían causar un gran estremecimiento, hacer caer las lámparas y aplastar a la población.

—Once minutos con veinte segundos —pudimos escuchar.

—Es muy peligroso, Levi, si nos bombardean no sabemos qué podría salir mal. Digamos que la cúpula podría resistir el primer misil, pero entonces se agrietaría y con el segundo, se rompería. Estamos bajo tierra, esta ciudad no fue terminada, tú lo sabes, la protección contra explosiones es nula. ¡Hay que buscar una manera! —intercedió Julian, reajustando sus gafas con manos temblorosas.

—No, definitivamente el lanzador no recibe la señal —dijo Ligre y luego se giró sobre la silla para mirar al comandante—. Sabes que hay otra forma de lanzar el misil y es desde la caseta en tierra, pero tú decides, esperamos tus órdenes.

Aunque el bullicio en la sala lograba distraer, sentí que por un instante las voces se atenuaron y que la indecisión de Levi era lo único que podía percibir. El escenario se tornó abrumador, el ambiente se tensó y el miedo me mantuvo postrada en el mismo lugar. No había forma de lanzar el misil desde la sala, pero sí desde la superficie. La idea se batió por mi mente como si intentara distinguirse, podía ir, podía ayudar...

—Diez minutos con cuarenta y cinco segundos.

—Voy a subir —dijo Levi para sorpresa de casi todos.

Butterfly se aproximó a él.

—No puedes, sabes que los trajes que tenemos aquí no han sido probados y que los que sí funcionan están en el área de desarrollo tecnológico. Tomaría entre cinco y seis minutos llegar hasta ella, perderías demasiado tiempo —comentó con apremio mientras le sostenía del brazo, pero el comandante hizo caso omiso a sus palabras y se zafó.

Corrió hacia la puerta gris que había cerca de una de las esquinas de la gran habitación y la abrió dejando ver dos trajes blancos muy parecidos a aquellos que usaban los astronautas. No sólo eran anchos y grandes, sino que también

lucían pesados; entonces, mi mente se negó rotundamente a permitir que él fuera a la superficie con un traje que no había sido probado y que podía costarle la vida.

—¡Yo puedo subir! —exclamó Exen rápidamente, asombrándonos tanto a mí como a su padre—. Levi, déjame hacerlo, sé cómo manejar la plataforma, no me importa que los trajes no hayan sido probados —añadió, suplicante, pero el comandante no se interrumpió y tomó uno de los trajes que colgaban del pequeño almacén.

—No, Exen, es peligroso —fue lo que le respondió.

Contemplé, intranquila, el rostro perplejo y mucho más pálido de Julian ante la propuesta de su hijo. Era peligroso ascender y todos en la sala de control estaban conscientes de ello.

Dos de los trabajadores se levantaron de sus sillas y acudieron para ayudar al comandante en su tarea de colocarse el traje.

—Diez minutos con veinte segundos.

Estaba decidido a hacerlo aunque no supiera si el traje era estable, porque no detuvo su intento de colocárselo. Todos demostraron preocupación por el comandante, por su líder, por la figura que representaba esperanza para el grupo, pero no se negaron a dejarlo ir y comprendí que la razón era muy obvia. Levi les había enseñado que antes que él y antes que cada uno de ellos estaba el pueblo, los supervivientes, las personas que le habían otorgado su puesto y que, el sacrificio en momentos de crisis y en donde las soluciones eran inalcanzables, resultaba ser la mejor opción. Entonces, el factor inmunidad me permitió comprender que poseía la valentía pero que nunca la había dejado surgir. Si me habían otorgado la capacidad para respirar en un ambiente altamente tóxico, debía ser apta para usarla.

Si Levi luchaba por todas esas personas, si lo primordial era su pueblo, si iba a arriesgar su vida para salvarlos, valía la pena que todos los demás lo hiciéramos también. Había perdido a mi familia y a mis amigos, no tenía una razón para batallar, pero observar a aquel hombre tomar una decisión sin pensarlo dos veces, me hizo entender que las razones no se obtenían, uno las elegía, y yo podía elegir salvar a La RAI.

—¡Yo subiré! —hablé. Levi se detuvo—. ¿No lo recuerdan? Puedo estar arriba sin la necesidad de usar algún traje, así que yo dispararé el misil. No habrá riesgos.

—¡No! No hemos realizado las pruebas necesarias para saber si... —soltó Julian rápidamente, pero yo le interrumpí.

—¿Para saber qué? ¿Aún no confían en que sí puedo soportar el gas? Vamos, creo que no hay tiempo para dudar.

—No te vamos a poner en peligro de esa manera —dictaminó el comandante. Con premura me acerqué a Ligre.

—¿Cómo disparo el misil? —le pregunté. El subcomandante me observó patidifuso y después miró a Levi esperando su aprobación, una que no recibió.

—No irás —bramó desde donde estaba.

—Drey, Drey —expresó Exen entre algunas risas nerviosas—. ¿Te están comenzando a afectar los golpes? Subir es muy peligroso. Si no lo haces a tiempo el *predator* disparará, y como estarás arriba morirás al instante, además, tienes el hombro fracturado, ¿cómo crees que puedes ir?

Ignoré sus palabras y me volví hacia Levi. Manteniendo una posición firme y aprovechando el silencio que se había extendido, manifesté:

—Es probable que no llegues a tiempo, también es probable que el traje tenga una falla y mueras intentando llegar hasta la plataforma, así que, aunque suceda una cosa o la otra, mucha gente en la ciudad podría ser aplastada por las lámparas, ¿eso quieres? Porque tienes la opción de enviarme para lanzar el misil, y si no lo logro, las personas que sobrevivan al menos seguirán teniendo a su líder para que pueda levantarlos, si lo haces tú y mueres, no tendrán a nadie, al menos no a alguien que se preocupe por ellos de la misma forma en que tú lo haces —dije con fiereza, dejándolo pasmado por el tono que había utilizado al hablar, el cual podía no ser el apropiado para dirigirse a un comandante.

—Nueve minutos con cincuenta segundos.

Apartando las posibilidades de no llegar antes de que el *predator* atacara, me sorprendí a mí misma por la ráfaga de valor que me impulsó a expresarme con tanta osadía.

Abandoné mis pensamientos cuando avisté a Levi acercarse. Había logrado introducirse en el traje y sólo su cabeza y cuello eran completamente visibles. Redujo el espacio que nos separaba y se dedicó a mirarme durante unos pocos

segundos como si el tiempo estuviera a nuestro favor y no en contra. La cercanía me permitió notar de nuevo la redondeada mancha blanca sobre su iris derecho. Finalmente, asintió con la cabeza y dijo:

—Ve.

Los hombres que habían estado ayudándolo con el traje se acercaron a mí para colocarme en ambas orejas unos protectores de oído que también funcionaban como comunicadores de audio y, además, una linterna de cabeza. Con aprobación de Julian, me quité la venda del brazo izquierdo para descubrir que casi no me dolía. Seguidamente, Ligre me explicó en cuestión de segundos lo que debía hacer.

Antes de irme, Exen intentó persuadirme de hacerlo, pero mantuve mi postura y mi decisión. Después de entregarme la llave especial, me condujeron por un largo pasillo ubicado en el edificio. Atravesé una puerta reforzada que impedía el paso del gas y luego esperé treinta segundos dentro de una cámara que purificaba el aire. En último lugar entré al ascensor.

Era la primera vez en toda mi vida que me arriesgaba de esa manera, porque salir en busca de Levi sonaba como un acto pequeño comparado con ir a la superficie para derribar un avión enemigo, por lo tanto, el nerviosismo me acometió hasta el punto en que consideré el arrepentimiento, pero rápidamente traté de disiparlo.

Cuando el ascensor se detuvo y abrió sus puertas, no me estancué a pensar y procedí a seguir las instrucciones.

Lo primero que debía hacer era subir las escaleras y abrir una rejilla puesta sobre el suelo de la superficie, así que subí los escalones sin perder ni un segundo. Impulsé la rejilla para apartarla y escalé apoyándome de unos sobresalientes en la pared.

Al emerger, la oscuridad y la frescura de la noche me recibieron con nostalgia. Accioné el botón de la lámpara de cabeza para poder iluminar el camino que me esperaba y partí rumbo a la plataforma que, efectivamente, podía visualizarse desde mi posición.

—Drey, te quedan siete minutos, así que corre lo más rápido que puedas. El panel está activado para que puedas usarlo —reconocí la voz de Ligre a través del comunicador de audio en mi oído.

Apresuré el paso, el terreno era liso así que podía correr sin obstáculos. No había ningún árbol cerca pero sí otras dos plataformas a lo lejos, y aunque quise echar un vistazo hacia donde estaba el *predator*, mantuve mi vista fija en el lugar de destino.

Llegué hasta la caseta con la respiración agitada. Velozmente extraje la llave del bolsillo del uniforme, y al tratar de sostenerla bien, cayó al suelo debido al temblor de mis manos. Me incliné para recogerla, sintiéndome torpe, intentando alejar los pensamientos en los que todo salía mal.

—Seis minutos con treinta segundos.

Introduje con éxito la llave en la cerradura de la puerta y la misma cedió después de dos giros. Entré en la caseta, cerré la puerta tras de mí para que aislara el sonido y observé el panel de control, extenso, legible para profesionales y todo un enigma para novatos. Solamente sabía que debía presionar el interruptor titilante y que eso bastaría para que el lanzador recibiera la orden, pero tantos botones, indicadores y medidores me marearon.

—Estoy dentro, voy a accionarlo —informé. Sabía que ellos, abajo, serían capaces de escucharme.

—Muy bien, Drey. Lo lograrás.

Inspiré profundamente y activé el interruptor.

Nada sucedió.

Solté un estrepitoso jadeo y alterné mi mirada entre todos los botones. Alcé la vista y observé la plataforma de lanzamiento. No disparó. Volví a accionar el interruptor, pero no funcionó, lo intenté por tercera vez con rapidez, pero era inútil. Consideré la posibilidad de haberme equivocado, pero no había ningún otro botón dentro del panel que titilara.

—¡No funciona! ¡No dispara el misil! —exclamé, alterada. El conteo regresivo fue lo único que se disparó en mi mente.

—¡Maldita sea! —soltó Ligre a través del comunicador—. Estoy intentando enviar de nuevo la orden, espera un momento, Drey, no te inquietes.

—Pero, ¿qué hago?! —respondí mientras, nuevamente, accionaba el interruptor—. ¿Cuánto tiempo queda?!

Al no recibir una respuesta inmediata, me incliné hacia adelante para poder mirar a través del vidrio, y aunque no pude ver nada, supe que el *predator* estaba arriba y que atacaría en cualquier momento. Lo que no sabía con certeza era lo

que podía estar aconteciendo bajo mis pies en la sala de control. Me pregunté a mí misma si estarían buscando desesperadamente una solución o si por el contrario estarían decidiendo dejarme morir en el bombardeo. Experimenté el temor de ser traicionada con mucha más fuerza que el miedo a morir, y gracias a ello entendí que no me asustaba la idea de fallecer, sino la idea de no vivir esa nueva vida que me habían presentado. Comprendí que quería regresar, que quería formar parte de La RAI.

—Drey, tendrás que correr hasta el ascensor y volver —dijo Ligre.

—¿Tendré tiempo suficiente? —inquirí tratando de apaciguar mi respiración.

—Quedan cinco minutos para el ataque —escuché decir a uno de los hombres.

—¡No podré! ¡No podré! —exclamé con exaltación. El corazón comenzó a palpitarme tan fuerte que pude sentirlo en la garganta.

—Tienes que intentarlo, vamos, corre al ascensor, date prisa —contestó con apremio el subcomandante.

Mis piernas se paralizaron, todo mi cuerpo se detuvo por el miedo que sentí en ese preciso momento. Cinco minutos parecían nos ser suficientes y si me quedaba tan estancada como lo estaba, pronto serían cuatro y luego menos y finalmente moriría, estallaría en pedazos y justo cuando había hallado una razón, habría perdido todo. Iba a fracasar.

—¡Drey, vamos! —volvió a decir Ligre, pero mis piernas se negaban a responder.

—Cuatro minutos para que el *predator* ataque.

El miedo me atenazó y la imagen burlona de Carter se reflejó en el cristal que tenía en frente. Me aferré a la pared de la caseta mientras mi pecho subía y bajaba con agresividad. Mis sentidos y mi capacidad de coordinar se bloquearon completamente. De nuevo el temor me debilitó, y una tenue voz en mi mente me preguntó cómo había pensado que podía lograrlo. Intenté moverme, pero en lugar de eso, trepidé. Cerré los ojos con fuerza y tragué saliva. Un tic tac imaginario empeoró la situación y cuando creí que me quedaría allí sin reaccionar, una voz conocida me obligó a desplegar los parpados.

—Drey.

Escuché hablar al comandante.

—¿Levi?

—¡Muévete en este maldito instante! ¡Es una orden! —bramó con exigencia.

—Pero yo...

—¡Que te muevas, joder! ¡Regresa aquí! —gritó.

Mis músculos se relajaron lo suficiente como para permitirme salir gracias a un impulso repentino. Quedaban menos de cuatro minutos y eso podía bastarme para bajar por la rejilla ya que sólo debía correr, pero las dudas resurgieron de forma abrumadora.

Si regresaba, el *predator* lanzaría su ataque y las lámparas caerían sobre las cabañas. Los niños, las madres, Nina, Exen, todos ellos saldrían heridos o peor, muertos. Aquellas familias dormían absortas de todo, pensando que bajo el liderazgo de Levi estaban a salvo, y si volvía sin haber detenido el bombardeo, la culpa no me permitiría dormir jamás.

Me detuve en seco y contemplé la tribuna de lanzamiento no muy lejos. Según mis conocimientos, la plataforma podía tener incorporado un panel de disparo, lo cual significaba que el misil podía ser lanzado directamente desde allí. Me vi capaz de intentarlo, pero, ¿y si no tenía un panel?, ¿y si no respondía a la orden de lanzamiento?, ¿y si no alcanzaba a llegar?, ¿qué podía perder?, ¿la vida? Sacrificar una vida para salvar muchas más, eso era precisamente lo que el comandante haría, era lo que yo podía hacer.

Sin pensarlo más, cambié la dirección de destino y corrí directo hacia la plataforma.

—¡Dos minutos para el ataque! ¡Drey! ¡Corre hacia la rejilla!

Todo sucedió en cuestión de segundos.

No supe si en la sala de control sabían que me había desviado, pero corrí más rápido de lo que hubiese podido correr alguna vez, porque me desplazé con una razón importante y esa era la de no permitir que todos abajo murieran. Llegué hasta la plataforma, me subí al asiento incorporado y por suerte unos cuantos botones fueron visibles para mí.

—¡Un minuto! —pude oír.

Los recuerdos llegaron a mi mente en forma de momentos. Me había encontrado sola en una ciudad vacía y por ello mi único deseo había sido el de morir. En ese instante luché en contra, batallé para sobrevivir y para que los demás también pudieran hacerlo. No había un punto de guardado, no había segundas oportunidades, pero mientras tuviera esa, la aprovecharía.

—¡Treinta segundos!

—Quien haya dicho que los videojuegos son una pérdida de tiempo, nunca tuvo que lanzar un misil —me atreví a decir.

Coloqué la mano sobre el gatillo del panel en la plataforma de lanzamiento y, un segundo después, el misil salió disparado del lanzador y me dejé caer por el aturdimiento.

...

Con esfuerzo me levanté del suelo. Un intenso pitido ofuscaba mis pensamientos, y todo aquello en donde la linterna de cabeza me permitía mirar, daba vueltas y se duplicaba.

El misil se había lanzado, pero no alcancé a ver los restos del *predator*. Intenté recordar si lo había escuchado caer, pero el sonido del lanzamiento había sido tan fuerte que minimizó cualquier otro ruido.

Ya en pie, con dificultad traté de orientarme para poder regresar y bajar por la rejilla.

—Drey, ¿estás bien?

Era la voz de Levi, se oía lejana. Me tomó unos cuantos segundos recordar que venía desde el comunicador de audio.

—¿Qué pasó con...? —pregunté, pero incluso mi voz penetró mis oídos débilmente.

—Lograste lanzar el misil, el *predator* ha caído. Ahora vuelve al ascensor, vamos.

Me pareció que tardé más de cinco minutos en llegar a la rejilla debido al aturdimiento. Era extraña la sensación, como si el suelo bajo mis pies se estremeciera intentando hacerme caer, así que fue un desafío descender —sin desplomarme— por las escaleras que conducían al elevador.

Me introduje en el ascensor y me apoyé en la pared del mismo para evitar deslizarme hasta el suelo. Cuando se detuvo y abrió sus puertas, tuve que esperar un minuto que la cámara especial purificara tanto el aire como mis vestimentas. Después de eso pude avanzar, y justo al abrirse la gran puerta gris, lo primero que vi fue a Exen acercarse para brindarme apoyo.

Una ráfaga de aplausos empeoró el dolor de cabeza que me comprimía.

Exen me sostuvo y me quitó los protectores de oído. Observé a los presentes con la satisfacción de la calma expresada en unas pocas sonrisas. Julian se

acercó, tomó mi rostro con una de sus manos, y con la otra sostuvo una pequeña linterna cuya luz dirigió directo a mis pupilas. El destello me fastidió.

—Mírame, Drey, ¿te duele algo? —inquirió mientras apuntaba la luz hacia cada ojo. Intenté apartar mi rostro, pero él lo mantuvo quieto—. Llévala a los laboratorios, voy a examinarla mejor —le dijo a Exen.

—¡No! Estoy bien.

Avisté con cierta dificultad una figura aproximarse a mí y quise retroceder, pero Exen continuó sosteniéndome.

—Necesitamos asegurarnos de que todo está en orden contigo —expuso el comandante.

Los murmullos y las voces se mezclaron con los zumbidos en mis oídos. El pitido aumentó su nivel y los rostros frente a mí se distorsionaron por completo. La debilidad me obligó a dejar caer los brazos y a cerrar los ojos.

—Quiero ir a la cama, quiero estar en donde haya silencio.

—Hay que sacarla de aquí —advirtió Julian.

Cuando volví a mirar, Levi se estaba acercando. Se inclinó, colocó un brazo en mis muslos y otro en mi espalda y entonces me impulsó hacia arriba para cargarme.

El tiempo transcurrió con lentitud, ni siquiera pude reconocer la sala. Sentí el calor de unos brazos soportándome con seguridad y firmeza, y no puse objeción, no me resistí. Poco a poco, los ruidos, las voces y el bullicio se fueron alejando para que el silencio apaciguara el descontrol de mis sentidos.

—¿Levi?

Sabía que él estaba en movimiento, pero no podía distinguir el camino.

—Dime.

—¿Lo hice bien?

—Lo hiciste perfecto.

Lo rodeé con el brazo y apoyé mi cabeza en su hombro. La punta de mi nariz palpó la piel de su cuello y me aferré a él como si fuese lo único en el mundo de lo que no podía caer y, tranquilamente, acepté que me llevara sobre sus brazos.

Cuando recobré la conciencia, reconocí a Julian y a Levi contemplando un examen de rayos X.

Me removí sobre la camilla tratando de contar las veces que había terminado dentro de aquella habitación, y mientras me observaba, me di cuenta de que aun vestía el uniforme y que tenía el brazo vendado de nuevo. No tuvo que haber pasado demasiado tiempo, aun así, no podía saber con exactitud cuánto había sido.

—Esta radiografía la hicimos el mismo día que encontramos a Drey en la fosa —exteriorizó Julian—. Como ves, muestra una fractura de húmero proximal no desplazada, por lo tanto, su recuperación no superaría las cuatro semanas. Ahora, esta otra radiografía... —añadió y tiró de ella para poner a la vista otra diferente— la hicieron justo después de que fue sometida a las torturas. Se puede notar que la fractura empeoró casi al punto de necesitar una fijación con placas y tornillos para asegurar la reparación completa del hueso, algo que tomaría meses en suceder. —Cambió la radiografía reflejada en el negatoscopio, por una tercera—. Esta última, la que me sorprende, fue hecha hace unas horas. Es el mismo hombro y se ve muy claro que la fractura se redujo casi en un noventa por ciento. Eso significa que la herida de Drey está sanando a una velocidad inexplicable. En dos días será como si nunca se hubiese fracturado un hueso.

—¿Sus heridas se curan con rapidez? —preguntó Levi con cierta fascinación.

—Las heridas profundas como la fractura y el trauma acústico que sufrió anoche, sí. Cuando despierte será capaz de escuchar con claridad, no habrá daños colaterales y su hombro estará a la perfección en menos de una semana; pero las heridas superficiales como la que sufrió en la barbilla debido a la caída en la fosa, sanan a un ritmo normal.

—Es impresionante —dijo Levi. El doctor se reajustó las gafas como siempre lo hacía.

—Comenzaré a hacerle estudios. Tengo algunas muestras de su sangre, así que empezaré por ahí. —Julian se dio vuelta. Rápidamente cerré los ojos fingiendo estar dormida—. Lo que sé ahora es que Drey pudo haber sido objeto de varios proyectos que ni siquiera será capaz de recordar. No me gustaría pensar que las alteraciones en su organismo podrían llegar a ser incluso indescifrables, pero como médico y especialista me temo que siempre es así con los individuos que se usan para experimentos. Tú sabes a lo que me refiero, conoces a la mayor prueba viviente de ello.

No pude ver qué más sucedía, así que me valí de mi oído para tratar de imaginar la postura de cada uno. Si notaban que había despertado, seguramente acabarían la conversación.

—Opino que hay demasiado de Drey que aún no sabemos —agregó el comandante.

—Cuando esté más tranquila quisiera hacerle unas preguntas, ya que hay algo que me tiene muy pensativo, pero para usted también tengo interrogantes más importantes. ¿Qué fue lo que sucedió con las plataformas antiaéreas? —inquirió el doctor, cambiando el tema.

—Las plataformas habían sido probadas con anterioridad, la falla que se presentó anoche fue un asunto muy extraño —manifestó Levi.

—Pero, ¿tienen idea de qué pudo ocasionar el fallo? Según entendí, el lanzador no recibía la orden de disparo.

—No sólo tengo idea de lo que pudo ocasionarlo, sino de quién pudo causarlo —confesó el comandante Homs.

—¿Quiere decir que alguien manipuló las plataformas? —preguntó Julian. El asombro se notó en el tono de su voz.

—Sí, es lo que pienso.

—¡Pero eso es muy grave!

—Estamos en tiempos de guerra, Julian, se puede esperar cualquier cosa. La idea de un infiltrado en La RAI, no es tan absurda como algunos podrían creer.

—Supuse que el comandante se tomó un momento, porque hubo un pequeño silencio que terminó cuando añadió—: Si hay alguien de El Imperio entre nosotros, lo encontraremos.

—Me impacta lo que está sospechando.

—Por ahora no sacaré conclusiones apresuradas, pero me encargaré del asunto. Lo que sí quisiera, Julian, es que todo lo referente a Drey quede entre la unidad, usted, su hijo y yo. ¿Podría hablar con Exen para que contemos con su discreción? Es imprescindible que, por ahora, nadie sepa lo que ella es capaz de hacer.

—¡Absolutamente, comandante! Exen parecerá un poco revoltoso y rebelde, pero sabe que una información confidencial no debe ser divulgada —aseguró Julian.

—Confío en eso, entonces. También confío en usted para que podamos saber con exactitud qué sucede en el cuerpo de Drey.

—No se arrepentirá. Bien, debo irme. Quiero comenzar a efectuar algunos análisis. Una enfermera vendrá en media hora. Cuando Drey despierte, ya que durmió toda la noche, podrá irse a su cabaña si así lo desea.

—Me parece perfecto, puede retirarse, yo me quedaré aquí un rato —dijo Levi.

—¿Le preocupa mucho?

De nuevo, el silencio se extendió en la habitación por unos pocos minutos. Mientras duraba, evité moverme o abrir los ojos.

—Drey es muy importante, ambos lo sabemos. Me preocupa lo que El Imperio pueda hacer al enterarse de su existencia —contestó Levi en un tono dócil.

—Tiene toda la razón. Bueno, le veré luego.

Escuché pasos y después el sonido de la puerta cerrarse. Ante lo que había escuchado, intenté evocar sucesos de mi infancia, pero no era capaz de recordar algo fuera de lo normal en ella. Había tenido una niñez tranquila y común, entonces, ¿en qué momento de mi vida había sido un sujeto de pruebas? Las únicas personas que podían haberlo sabido eran mis padres, pero por supuesto, ellos estaban muertos y se habían llevado consigo la verdad.

—Sé que estás despierta —Escuché de repente.

—No, no lo sabes.

—Sí, vamos, abre los ojos.

Los abrí y encontré a Levi sentado justo a un lado de la camilla. De nuevo, la pequeña mácula blanca en su ojo izquierdo llamó mi atención, y las diferencias entre el niño del relicario y el comandante, se acentuaron.

—¿Cómo estás? ¿Aún escuchas zumbidos?

—Ya desaparecieron —respondí mientras intentaba incorporarme sobre la camilla.

—¿Y qué hay del hombro? ¿Te duele?

—No, pero ya sabes que está casi curado.

—Sí, pero quería oírlo de ti —dijo para, posteriormente, exhalar un suspiro—. Drey, ¿por qué te arriesgaste de esa manera? Te ordené regresar al ascensor y me desobedeciste dirigiéndote hacia la plataforma. Pudiste haber muerto.

—No podía regresar sabiendo que era posible que las lámparas cayeran sobre las cabañas —confesé y esquivé su mirada de reproche—, de igual modo funcionó, ¿no? Pude lanzar el misil.

—Funcionó, pero, ¿y si no hubiese sido así?

—Pues, al menos lo habría intentado. Si la mayoría moría, no habría vuelto a pegar un ojo, no sabiendo que pude haber hecho algo para impedir que sucediera.

—Fue un acto muy valiente —aceptó él. Vi la radiografía que se había quedado atrapada en el reflector. El hueso estaba en el lugar al que pertenecía.

—Entonces no veo razones para quejarse —repuse.

—Drey, mírame. —Me ordenó. Expulsé un suspiro y giré la cabeza para observarlo. Tenía un aire informal sin su boina dorada y con el cabello enmarañado—. Escuchaste lo que le dije a Julian, ¿no? Eres importante, así que no puedes ir por ahí pretendiendo que te dejaré arriesgarte sólo por tu inmunidad.

—Mi inmunidad nos salvó anoche y podría salvarnos cuando la situación empeore, porque empeorará, ¿no es así? El Imperio seguirá atacando.

—Lo de anoche no fue un ataque —enunció. Ceñuda, sólo pude emitir una palabra:

—¿Qué?

—Después de que el *predator* cayó, enviamos a un grupo a inspeccionar sus restos —explicó en un tono amargo—. Descubrimos que los misiles que supuestamente lanzaría, no tenían ojivas, por lo tanto, no causarían daño alguno porque carecían de material explosivo.

—Y si no iba a bombardearnos, ¿qué pretendía a hacer? —pregunté, completamente asombrada.

—Recolectar información, confundirnos, hacernos creer que estábamos en peligro para obligarnos a actuar de forma desesperada. Por los momentos no lo sé con exactitud, pero debes saber que tú y tu inmunidad tienen que ser un secreto. No puedes exponerte.

—No quiero exponerme, simplemente deseo ayudar. Cuando estaba allá arriba entendí que mi inmunidad puede beneficiarnos —alegué y me removí sobre la camilla—. Creo que debería unirme al equipo de combate. No, no lo creo, debo hacerlo.

—¿Perdiste la cabeza? No te unirás a ese equipo —bramó con aspereza. Se levantó de la camilla y me observó como si acabara de decir algo terrible—. Dejarte ir a lanzar el misil fue un error, y no cometo el mismo error dos veces.

—¡No fue un error! Fue lo mejor que pudiste haber hecho —le dije. Él negó con la cabeza—. ¿Crees que esto debe desperdiciarse? Puedo soportar el gas y ahora sabemos que puedo recuperarme internamente más rápido de lo normal. Está muy claro. ¿No lo entiendes? Sería útil para La RAI. Lo que necesiten hacer arriba, puedo hacerlo, lo que necesiten buscar arriba, yo puedo buscarlo, las pruebas que necesiten tomar con el gas, puedo tomarlas, y si necesitan luchar, puedo pelear junto a ustedes.

—Ya tenemos personas que hacen eso, además, es absurdo —refutó desde el centro de la habitación.

—Absurdo es qué, sabiendo todo lo que puedo hacer, aun no hayas visto los beneficios y las posibilidades —diseñé de sus palabras. Él se tateó la nuca y exhaló como si estuviese tratando de mantener la calma.

—Sí las vi, sí las pensé, pero también consideré lo que podría sucederte si te sometes a todo eso. Ser un soldado no significa sólo vestir un uniforme, sostener un arma o acatar ciertas ordenes de un superior. Ser un soldado significa entregarse a sus ideales, servir, tener plena consciencia de que se puede perder la vida en cualquier momento y, aun así, arriesgarse por su pueblo, protegerlo y

luchar por él hasta el final. Un soldado es leal, valiente, firme y siempre está dispuesto a todo porque sabe que el campo de batalla nunca será como en los entrenamientos. Esto no es un pasatiempo o algo que se puede decidir en unos segundos, es serio y puede costarte la vida. —Se paseó con algo de inquietud por la habitación—. No digo todo esto porque quiera decidir por ti, lo digo porque para arriesgarse de esa forma hay que tener una gran razón.

—¿Qué te hace creer que no tengo una razón? —inquirí. Él intentó responder, pero no se lo permití—. Sé que no tengo familia, sé que puede parecer que ni siquiera tengo ganas de vivir, pero cuando estaba allá arriba creyendo que no llegaría a tiempo y que moriría en el bombardeo, lo único que deseaba era poder volver. Me sentí débil y casi me estanco, pero me arriesgué porque cuando llegué aquí y vi que las personas estaban vivas, comencé a recuperar la alegría. Sentí que ya no íbamos a ser sólo el silencio y yo, y aunque muchas de mis esperanzas murieron en esa sala de torturas, no murieron mis ganas de ver al mundo tal y como era antes. —Hice una pequeña pausa y continué—: Es posible sufrir muchas veces en la vida y aun así tener una razón para continuar. Mi razón es igual a la tuya, a la de Julian, a la de Butterfly y Ligre, y a la de todas esas personas que están en la ciudad: poder volver a la superficie. Si tú luchas por ellos, ¿por qué no puedo hacerlo yo?

—Todos luchamos por regresar, lo hacemos de diferentes maneras, algunos como soldados, otros como ayudantes, otros como agricultores, otros como cocineros. Hay muchas formas de hacerlo —rebatí, negándose a comprender mi punto.

—Pues yo quiero luchar como soldado.

—¡No te exponemos de esa manera! —exclamó con impaciencia—. ¿Es que no entiendes lo importante que es tu inmunidad?

—Te diré algo, sé que eres el comandante de La RAI, pero eso no te da derecho a mandar sobre mí o a exigirme que haga lo que quieres.

—No es así, Drey... —intentó decir, pero le interrumpí.

—Puedes impedir que sepa la verdad sobre tu diario, pero no puedes disuadirme de que me una al equipo de combate. Ellos están dirigidos por Ligre, y él también tiene poder. Será él quien decida si soy apta para integrarme a las filas o no —añadí. Tensó la mandíbula. No estaba de acuerdo con mis palabras,

ni con mi actitud, pero sabía muy bien que no podía exigirme actuar según sus deseos.

—En ese diario no hay ninguna verdad y no te estoy impidiendo nada. Quiero que te des cuenta de lo irracional que es tu decisión —Se acercó para observarme con desaprobación—. Eres la única persona inmune, debes estar a salvo.

—Quiero regresar a mi cabaña —me limité a decir.

Procedí a bajarme de la camilla con cuidado. No pretendía quedarme en aquella habitación discutiendo con él, sólo porque quería mantenerme como un objeto de porcelana que no podía correr el riesgo de romperse. Mis criterios y los suyos diferían totalmente y no conseguí ver una forma de hacerlos coincidir. Si no había recibido una explicación por el diario, tampoco creía posible llegar a un acuerdo.

Avancé hacia la puerta para marcharme, pero antes de poder abrirla, sentí su mano sosteniendo mi brazo.

—Quiero que lo pienses mejor, todo esto te lo digo como persona, no como comandante. No creas que quiero mandar sobre ti, lo único que quiero es que analices la situación, que tengas en cuenta que nuestro enemigo es audaz. Piensa bien si quieres arriesgar tu vida de esa manera, porque si no lo deseas, yo te mantendré a salvo. Mira, Drey, eres especial para mí, ¿lo sabes? Muy especial.

—Ah, ¿sí? —murmuré, sintiendo una repentina chispa de ilusión que se rompió un segundo después cuando aclaró:

—Por supuesto, tienes la inmunidad. Eres especial para todos.

—Ya, claro. Bien, no tengo nada que pensar; sé protegerme sola —respondí de mala gana—. ¿Me deja ir, por favor?

—Claro —musitó y deshizo el agarre.

—Por cierto, ya verá que sí soy capaz de luchar —solté y atravesé el umbral de la puerta.

Me contuve para no regresar hasta donde él estaba y pedirle discutir con más calma. Suspiré con cansancio, ni siquiera sabía lo que mi propio cuerpo escondía y temía que el tiempo no alcanzara para descubrirlo. Merodeaba por mi mente la idea de contribuir a La RAI, porque, aunque varias veces me había dicho a mí

misma que no volvería a crearme falsas esperanzas, una nueva ilusión había surgido, y esa era la de hacer que los humanos volviesen a poblar la tierra.

...

De camino a la cabaña me encontré con Nina, y sin intención de mantener en mi mente la casi discusión con el comandante, me uní a ella para conversar e ir a tomar un descanso.

Los ánimos y el entusiasmo de Nina eran contagiosos. Comía casi cinco veces por día lo que su mamá le daba en secreto y eso se volvía un excelente tema de conversación para ella. Ser hija de la cocinera la hacía sentir orgullosa hasta tal punto que, en ocasiones, hablaba de su madre con gran admiración, pero el tema en cuestión de algún modo me afligía, porque me hacía recordar a mis padres. La nostalgia y la tristeza que experimentaba al evocarlos comenzaba a mezclarse con la duda y la desconfianza. Era probable que ellos supieran sobre mi inmunidad y no lograba comprender por qué lo habían ocultado.

Con respecto a Nina, finalmente tenía una compañía, alguien con quien sentarme a comer, alguien que ante mis preguntas sin dudar daba respuestas, sin embargo, tenía en cuenta el hecho de que le estaba mintiendo.

—Entonces estás en el equipo de desarrollo tecnológico —le comenté cuando entramos a la cabaña. Ella se apresuró a dejarse caer sobre la cama con los brazos extendidos.

—Sí, y de vocación, eh —respondió entre risas—. Por ahora soy aprendiz, pero me desenvuelvo más rápido que los demás. A muchos les toma trabajo porque no sienten que nacieron para eso, pero a mí sí se me da muy bien. En unas semanas tendré una prueba dentro de las fosas, será una inspección, y si la apruebo subiré de nivel. ¡Podré enseñar!

—¿Qué es lo que hacen ustedes exactamente? —inquirí.

Nina dio un salto fuera de la cama y corrió hasta el armario que reposaba contra la pared. Lo abrió de par en par y, de entre algunas cosas que no reconocí, tomó un objeto plateado. Lo acercó a mí y me permitió detallarlo. Estaba hecho de puro metal y tenía forma de abeja; no era más grande que su mano y el agujijón resplandecía bajo la luz que entraba por las ventanas.

—Esto es lo que hacemos —murmuró con fascinación. Accionó un pequeño interruptor debajo del agujijón y la abeja se elevó sobre su palma, haciendo revolotear sus alas mecánicas—. Creamos lo necesario para que la vida humana

se mantenga. Diseñamos armas, nuevos artefactos y cualquier cosa que se requiera para sobrevivir. El único límite que tenemos, es ASFIXIA, pero aun así hicimos estas abejas para que polinicen en los cultivos. ¿Sabes lo importante que es la polinización para la vida? Bueno, gracias a estas abejas hoy nos alimentamos.

—¡Es fantástico! —admití. Dejé escapar una pequeña risa cuando coloqué mi dedo índice sobre la abeja y la misma vibró.

—Nunca habías visto nada parecido, ¿no es así? —comentó Nina ensanchando su sonrisa. Presionó de nuevo el interruptor y la abeja descendió poco a poco hasta su mano—. Me la quedé porque tenía una falla. Normalmente están programadas para hacer su trabajo, regresar a sus lugares y apagarse, pero esta de aquí bloqueaba cualquier orden, de todos modos, me gusta verla volar de vez en cuando.

—Como si fuera libre —agregué a lo que había dicho. Ella se dirigió al armario para depositar a la abeja en su lugar.

—Supongo que verla zumbar por la cabaña me hace mantener la esperanza. Son maravillosas.

...

Después de darme un baño, llegué al comedor a tiempo para el almuerzo. Tomé asiento en una mesa vacía y me dediqué a aguardar por Nina para poder hacer la fila junto a ella, pero la persona que se situó frente a mí no fue aquella que esperaba. Exen se apoyó de la mesa esbozando una anchurosa sonrisa cargada de diversión y socarronería.

—¿Cómo está la chica de los misiles? —preguntó animosamente.

—¿Chica de los misiles?

—Sí —afirmó haciendo un ademán de indiferencia, dejando claro que no pensaba dar explicaciones sobre la elección del apodo—. Fui a visitarte esta mañana a los laboratorios, pero Levi no me dejó entrar, dijo que no podías recibir visitas. Anda de muy mal genio hoy.

—Quizás algo no le ha salido como quería —comenté encogiéndome de hombros. Exen curvó la boca hacia abajo y asintió lentamente con la cabeza.

—O quizás lo del *predator* lo tiene abrumado —añadió en un tono de voz que apelaba a la confidencialidad—. ¿Ya te enteraste? No había bombardeo, fue toda una farsa.

—¿Cómo es que te enteras de todo? —indagué después de inclinarme hacia adelante para reducir el espacio que nos separaba. Exen ensanchó las comisuras con cierta picardía.

—Te dije que no eres la única que escucha tras las puertas —alegó para luego asegurarse de que nadie que estuviera cerca nos escuchara—. Esto se está poniendo interesante. ¿Por qué El Imperio no quiso hacernos daño? Tiene que haber una razón mayor a la de que sólo necesitaba recolectar información. Ellos saben muy bien en dónde estamos y me parece que han tenido muchas oportunidades para destruirnos, pero que no han visto conveniente hacerlo.

—Esa es una excelente teoría —admití—, pero no podemos estar seguros. Escuché cuando Levi le dijo a tu padre algo de un infiltrado entre nosotros.

—¡Eso es! —exclamó por lo bajo tratando de ocultar su impresión—. ¿Sabes qué debemos hacer? Yo creo que...

Una voz femenina interrumpió sus palabras, pronunciando su nombre con un tono gélido.

—Exen Palafox —le dijo Nina. Con los brazos cruzados y una expresión completamente alejada de la alegría, demostró que no estaba ni un poco contenta de verlo.

—¿Qué hay, Nina? —saludó él, proyectando una sonrisa fingida.

—Ah, pero mira, pensé que no te comunicabas más que para pedirle a alguna chica que se meta a la cama contigo —bufó. Exen carraspeó la garganta y se levantó del asiento como si algo lo fuese impulsado a alejarse.

—También es bueno verte. —Asintió hacia ella, luego se volvió hacia mí y se despidió—: Ya me voy, hablamos luego.

Ella tomó asiento, y aún mirando hacia la dirección en que Exen se había ido, refunfuñó algo que no pude entender. Cuando él se perdió de vista, Nina me observó con los ojos entornados, casi con sospecha.

—¿Está intentando ligar contigo? —me preguntó.

—No, ¿cómo crees? La verdad es que llevo mucho tiempo conociéndolo —mentí. Después de un corto silencio en el que temí pudiera adivinar algo sobre mi verdadero yo, ella relajó el rostro.

—Bien, ¿vamos por nuestras bandejas? —preguntó y esbozó una amplia sonrisa.

Acepté y fuimos por la comida. No le pregunté la razón de sus palabras hacia Exen, porque tenía fama de mujeriego y me pareció posible que hubieran tenido algo en el pasado, así que decidí no ahondar en el tema.

Mientras degustábamos el almuerzo, se escuchó una voz proveniente de un altavoz. Me di cuenta de que, en cada esquina de la estructura, se encontraban instalados unos pequeños amplificadores. Todos se quedaron en silencio cuando se oyeron las palabras «información importante».

—Después del almuerzo, todos y cada uno de los miembros de La RAI deberán dirigirse al Patio Central. —Pudimos escuchar.

La voz cesó y todo regresó a la normalidad. Se volvió a escuchar el bullicio.

—¿Qué hay en el Patio Central? —inquirí, dejando la cuchara sobre la bandeja. Ella se tomó un segundo para tragar lo que había estado masticando.

—Es en donde el comandante reúne a todos para informarnos sobre lo que él considere tan importante como para que lo sepamos —contestó con simpleza y se llevó otro bocado de comida a la boca.

—¿Lo hace a menudo?

—No, en realidad lo ha hecho como dos o tres veces nada más, pero nunca ha dicho nada malo. La última vez lo hizo para decirnos que no teníamos que preocuparnos de que El Imperio nos asesinara, porque estamos bien protegidos.

—Ah.

—¿Eso no lo recordabas? —preguntó, ceñuda.

—No, el golpe fue demasiado fuerte —me limité a decir.

Debía tener cuidado de no levantar sospechas en ella, porque, aunque parecía que Nina sólo ponía atención a todo lo que podía engullirse, era en realidad muy inteligente e intuitiva. Una prueba de ello era lo bien que le iba dentro del equipo de desarrollo tecnológico.

Después de terminar la comida, fuimos directamente hacia el Patio Central junto con todas las personas que conformaban La RAI. Cuando los vi reunidos, supe que la cantidad podía superar los mil. El lugar estaba ubicado en el centro de la ciudad como su nombre lo decía; le rodeaban algunas cabañas, y en el medio de todo, contra una pared, había una tarima muy sencilla con un pedestal y un micrófono.

Nina y yo nos posicionamos detrás de la primera fila, y después de varios minutos de espera pudimos ver como Levi se acercaba al pedestal seguido por el subcomandante Ligre. Quizás no necesitaba a nadie más para hablar, pero me pareció extraño que estuviesen solamente ellos dos.

Ligre se posicionó con autoridad a la derecha del comandante y éste se detuvo a pocos centímetros del micrófono mirando a la multitud. Todos hicieron silencio.

—Lamento haber dispuesto de la media hora de descanso que tienen después del almuerzo, pero necesitaba reunirlos para informales de algo muy importante —comenzó a decir con voz audible. Cada uno se mantuvo atento—. La unidad no quería que se los dijera, pero considero que, como trabajadores de esta ciudad y como miembros indispensables para el desarrollo de la misma, deben saber lo que sucede en todo momento y más aún cuando eso pudo haberles quitado la vida. —Después de su última palabra, algunas personas ahogaron gritos y comenzaron a murmurar—. Anoche, casi dada la una de la mañana, nuestros radares detectaron un vehículo aéreo enemigo que tenía la capacidad de volar sobre la superficie sin un piloto y hacer fotos y grabaciones de lo que sucedía bajo tierra.

»En un intento por intervenir los sistemas del intruso, fallamos, ocasionando que éste activara su modo de defensa en el que lanzaría dos misiles de alto impacto después de trece minutos. Intentando hacerlo caer, también fallamos debido a un error en las plataformas antiaéreas. Por un momento pensamos que no lo lograríamos y que los misiles destruirían la cúpula, pero fue gracias a un valiente soldado que aun sabiendo el peligro que suponía ir hasta la superficie, se arriesgó para disparar nuestro misil desde la plataforma.

»Con esto quiero decir que, si el avión enemigo hubiese lanzado el ataque, las lámparas habrían caído sobre muchos de sus hogares. Ya sabemos lo que El Imperio es capaz de hacer. Ellos saben que no estamos en paz, que intentan destruirnos, pero también saben que mientras tengamos soldados como el que nos salvó anoche y como los que todos los días entrenan para protegernos, no podrán eliminarnos. A pesar de lo sucedido, quiero que mantengan la calma y sigan trabajando con normalidad, porque estamos para resguardar la seguridad de todos.

No dijo nada más y se despidió dejando a la multitud con dos emociones distintas: temor y duda sobre quién había sido el heroico soldado que había arriesgado su vida por todos ellos. Me quedé pensando en si realmente había sido un acto tan valiente como para merecer un reconocimiento, pero poco después, Nina me zarandeó el brazo con entusiasmo y me sacó de mis suposiciones.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Te lo dije! —soltó con exaltación, ampliando sus comisuras hasta más no poder—. Los del equipo de combate son unos héroes, ¿tú cuando regresas al equipo?, regresarás, ¿cierto?, ¿quién crees que haya sido el soldado que disparó el misil?, ¿crees que lo conoces? ¡Quizás es algún amigo tuyo! ¡Podrías presentármelo!

—Tranquila, tranquila —dije entre risas por su actitud—. No sé quién pueda ser, pero te lo presentaré lo conozco. Y sí, regresaré al equipo en cuanto me lo permitan.

—¡Perfecto! —exclamó. Las personas comenzaron a dispersarse a nuestro alrededor—. ¿Sabes? Yo creo que no tenemos de qué preocuparnos. Nos protegerán, no moriremos por culpa de El Imperio.

—Yo creo que por ahora debes preocuparte más por estudiar para que apruebes la inspección en las fosas —comenté, haciendo referencia a lo que me había explicado sobre su prueba para subir de nivel en el equipo de desarrollo tecnológico.

—Me quedan quince minutos de descanso, vayamos por un postre.

Nos apresuramos a llegar al comedor de nuevo. La madre de Nina era una señora muy dulce cuyo esposo había pertenecido a la embajada de su país, pero que lamentablemente ese mismo año había muerto dentro de la RAI por un ataque al corazón.

Cuando ella tuvo que regresar a sus clases, no supe qué hacer para distraerme. Faltaban unos pocos días para que mi hombro sanara —aunque no me dolía y ya no lo llevaba vendado— así que aun ni siquiera podía postularme para el equipo de combate. No sabía si debía pasar una prueba, pero estaba dispuesta a hacer lo que se requiriera para entrar.



—¡Palafox, o mueves esas piernas o te haré trotar hasta que se te desprendan del cuerpo! —gritó con severidad el subcomandante Ligre.

Todos los miembros de una de las tropas de La RAI, trotaban alrededor de un campo bien aplanado bajo las órdenes de Ligre. Los soldados lucían enérgicos excepto Exen, por supuesto, que corría como si cinco kilos de tierra estuviesen sujetos a sus pies.

Durante mi estadía en la ciudad, en ningún momento me había detenido a hablar con él, pero después de cuatro días de intentos fallidos al pedirle a Levi que me aceptara en el equipo de combate y con un veredicto del doctor Julian, mi brazo estaba completamente sano y yo estaba lista para unirme a las filas, así que viendo inútil tratar con el comandante, decidí hablar con el segundo al mando.

Ligre me miró con ojos entornados. Sin duda era un hombre que podía impresionar, y que, a pesar de su rostro jovial, debía tener unos treinta y cuantos años. Su mata de cabello castaño oscuro estaba muy bien peinada y cortada sobre sus orejas, dándole un aire intimidante y de rectitud; y su cuerpo fornido cubierto por el uniforme, además de sus robustas botas negras, le hacían resaltar la musculatura.

—¿Y por qué quieres unirme? —me preguntó después de asegurarse de que todos, sobre todo Exen, estuviesen trotando como él lo había ordenado.

—Creo que podría ser beneficioso, además, supongo que ya han considerado todo lo que podrían hacer teniéndome en el equipo —respondí con firmeza. No quería mostrar ni una pizca de duda o debilidad.

—Antes de darte una respuesta debo hablarlo con Levi —repuso para luego posar su atención en Exen quien se había detenido entre todos los que aun corrían—. ¡Te dije que te muevas, Exen, o créeme que te vas a arrepentir!

—¡Ya estoy arrepentido de haber venido, no creo que usted pueda superar eso! —bufó el soldado desde su lugar y volvió al trote. Ligre frunció el entrecejo y después me miró con más calma.

—Levi ya lo sabe, y aunque se oponga no podrá impedirlo —objeté con un dejo de molestia.

—Me agrada tu actitud, Drey, y me pareció magnifico lo que hiciste aquella noche con el misil, pero tengo órdenes de hablar con él antes de tomar cualquier decisión referente a ti —alegó y se cruzó de brazos.

—Soy responsable de mis propias decisiones y ya tomé una. Quiero unirme al equipo, así que creo que al menos deberías considerarme, ¿no? Sé que tú lo ves como una gran oportunidad —alegué casi con insistencia.

—Podría serlo, claro que sí, pero no es tan simple como unirse y ya. Necesita tiempo y entrenamientos de prueba, y no todos cumplen con los requisitos físicos y mentales que se necesitan para entrar. Sobre todos los físicos... —Me echó una mirada de soslayo, como evaluando mi aspecto—. Lo primordial es no ponerte en peligro, así que tendrás que esperar a que me reúna con Levi para decidir si aceptarte o no.

Resoplé con enfado. No me pareció justo el hecho de que pensarán que podían decidir lo que haría y lo que no. Deseaba hacer algo, ser parte del equipo, quería actuar en beneficio de todos, pero se empeñaban en hacerme sentir que no tenía voz propia o que podían hacer caso omiso a mis peticiones.

Rememorando la noche en la que había derribado al *predator*, fácilmente comprendí que, si pretendía hacer valer mis decisiones y que, si necesitaba dirigir los hilos de mi vida, tenía que hacer lo que yo creía correcto y no lo que los demás dictaran.

Di algunos pasos hacia atrás y, sin que Ligre me observara, ejecuté una corta rutina de estiramiento, luego, sin avisar, corrí hacia el terreno y me uní al trote. Me fijé en el rostro de Ligre por un momento, se mostró confundido, pero a pesar de que pudo haberme sacado de ahí, no lo hizo.

Esa mañana me ejercité como nunca antes lo había hecho.

...

—¿Y aún no te permiten regresar al equipo? —me preguntó Nina en apenas un susurro.

—No, todavía no quieren que entre por mis heridas, pero el doctor Julian me dijo que ya están curadas en su mayoría —respondí y me llevé una cucharada de sopa a la boca—, de igual modo estoy muerta, me duele todo porque me uní al entrenamiento.

La hora del almuerzo en el comedor era como todos los días, bulliciosa pero agradable. A medida que pasaban los días, la amistad con Nina se fortalecía y el afecto que se formaba entre nosotras era algo que empezaba a apreciar, porque cuando estábamos reunidas comiendo o charlando dentro de la cabaña, de alguna manera siempre hallaba la forma de hablarle acerca de lo que me sucedía con el equipo sin que ella supiera la verdad sobre mi inmunidad.

—¿Y a ti cómo te fue en las clases? —le pregunté.

—¡Maravilloso! El profesor piensa que soy de las mejores, dice que hasta podría reparar las máquinas de la fosa del este para que podamos volver a usarla, ¿puedes creerlo?

—Claro que puedo creerlo, de hecho, yo también pienso que puedes repararlas —confesé. Sus ojos parecieron iluminarse, pero rápidamente su gesto cambió a uno más serio.

—Te diré algo, Drey, no sólo me siento capaz de reparar las fosas, sino que también sé que puedo crear cosas muy útiles para La RAI —murmuró después de inclinar su torso hacia adelante.

—¿Y por qué no haces oír tus propuestas? —inquirí empleando el mismo tono de voz bajo que ella había usado.

—No las escucharían de una simple estudiante —bufó y se inclinó hacia un lado para tomar algo que estaba debajo de la silla—. Quiero que veas esto.

Después de alzarse, colocó un pequeño morral sobre la mesa y extrajo de él un libro de tapa dura que me hizo recordar el diario de Levi.

—Este es mi cuaderno de ideas, aquí plasmo mis creaciones.

Lo abrió sobre la mesa dejando a la vista numerosas ideas, diagramas, esquemas, bosquejos y anotaciones, todos perfectamente escritos y trazados en lápiz de forma profesional. Lo que más atrajo mi atención se delineaba sobre una

de las hojas con el título «segunda cúpula» encima de un dibujo detallado en todos sus ángulos y con cada una de las medidas aproximadas.

—¿Segunda cúpula?

Nina asintió con entusiasmo.

—Mantiene el diseño básico de la cúpula de aluminio, pero esta no sólo sirve para protegernos de la detección térmica, sino que también es capaz de resistir un bombardeo y de mantener estables las lámparas —explicó.

—Esto es increíble y absolutamente necesario —murmuré sin dejar de pasar las páginas—. Tienes que mostrárselo a Levi.

—No lo creo —resopló con pesar—, quien toma las decisiones en esa área es Butterfly, y es una pesada porque casi no toma en cuenta a nadie. Sus diseños son los únicos que se desarrollan. Ella ideó las abejas.

—Es injusto. Lo que tienes aquí son ideas que podrían beneficiarnos y salvarnos en los peores casos.

—Pues, creo que se quedarán siendo sólo eso, ideas —soltó con un dejo de resignación y cerró el cuaderno sobre la mesa para proceder a guardarlo de nuevo en el morral.

La conversación pasó a ser más trivial y nos entretuvo hasta que una risa pretenciosa y escandalosa reunió toda nuestra curiosidad. Ambas vimos como en otra mesa, Didi reía al lado de su novio. Estaban sentados junto a un par de muchachos cuyos rostros denotaban toda la diversión que el momento les causaba. Exen, por su parte, completamente hermético, tenía la vista fija en donde Nina y yo nos encontrábamos, ignorando lo que sucedía en su propia mesa.

—No puedo creerlo, ella es aún más tonta que él —resopló Nina mientras observaba a la rubia menear su cabellera.

—¿Qué sucede entre Exen y tú? No te agrada, ¿cierto?

—¿No recuerdas lo que sucedió por su culpa?

—No —negué inmediatamente, tratando de no cometer algún fallo respecto a la mentira—. Ya sabes que el golpe fue muy fuerte. Quizás si me cuentas un poco pueda recordarlo.

Nina suspiró. Su semblante cambió y toda la alegría que acostumbraba a demostrar, se esfumó. Aunque intentó relajarse, se le vio tensa.

—Fue el mismo año del incidente. Trata de recordarlo. Estábamos deprimidos, vulnerables y, sobre todo, inestables, pero mucho más lo estaba Adela, la chica que se enamoró de él. Adela era mi prima, la única de mi familia que pudo escapar además de mis padres porque estaba de visita en nuestra casa cuando nos alertaron de lo que sucedería con ASFIXIA. —Hizo una pausa para respirar, como si le costara hablar—. Cuando ella lo conoció, la catástrofe aun no nos había hecho madurar, por lo tanto, al haberse quedado sin nada se refugió en él, creyó sus falsas promesas y se entregó. Una acción muy tonta a mi parecer, pero para ella no era así, estaba cegada, creía que él era perfecto, hasta que un día..., lo descubrió escondido tras unas rocas con otra chica, con esa chica... —Con disimulo miró hacia la mesa en donde se hallaban y rápidamente comprendí que hablaba de Didi—. De seguro sabes que a los dieciséis años no se tiene la madurez física y mental como para mantener enteramente una relación, entonces Adela colapsó ante el engaño e hizo algo horrible.

—¿Qué hizo?

—La furia y la tristeza la enloquecieron. Al día siguiente de haberlo visto con otra, muy temprano, entró a la fosa del este y comenzó a golpear las máquinas con todo lo que encontró. Incendió unos cables y provocó una gran fuga que no sólo la asesinó a ella, sino a cinco trabajadores más. Fue casi una catástrofe, todos tuvimos que refugiarnos en la cámara especial por si el aire contaminado entraba por algún otro lugar mientras que Levi y los superiores se encargaban del asunto. —Bajó la mirada con algo de vergüenza—. Lo peor es que yo la había visto esa misma mañana, ella me lo contó todo, su rabia hacia él, su dolor, pero omitió lo que pensaba hacer. La habría detenido si tan sólo... es que yo... no tenía ni idea.

—¿Ella causó el cierre de la fosa del este? Pero... —murmuré con desconcierto.

Lo que Exen me había dicho sobre el cierre de la fosa no concordaba de ninguna manera con lo que Nina acababa de contarme, y si era cierta esa historia, entonces él me había mentado. Pero, ¿por qué había visto necesario alterar lo que en realidad había sucedido?

—Por eso no soporto ni siquiera verlo, porque arruinó la vida de alguien que sólo estaba vulnerable, y porque a él no le importa nadie más. Es egoísta, es un

completo idiota —soltó con furia. Sus ojos se humedecieron, quizás ante la impotencia que sentía por haber perdido a su prima—. ¡Y sigue estando con ella! No logro entender por qué, pero sé que ambos tuvieron la culpa. Ambos asesinaron a Adela.

—Lo lamento mucho —le dije con voz suave, dedicándole una sonrisa afable—. ¿Sabes? Creo que ahora lo recuerdo todo, y sí, es un completo imbécil.

Le eché una última mirada a la mesa en donde él se encontraba y supe que, si era capaz de mentir de esa manera, había algo mucho más oscuro detrás del soldado.

...

Después del almuerzo, Ligre me ordenó que me reuniera con él en el edificio de control. No sabía para qué y tampoco me detuve a adivinar, pero cuando llegué hasta la estructura, un hombre me informó que el subcomandante estaba esperándome en la sala de reuniones y que me guiaría hasta ella.

Al entrar me hallé ante una gran sala con sillas perfectamente enfiladas frente a una pantalla que reflejaba las iniciales de La RAI. Ligre estaba situado junto a un librero y sostenía una carpeta de color amarillo; a su lado, un muchacho de buen aspecto y cabello de color cobrizo, se encontraba sentado leyendo un libro.

—Por favor, siéntate —dijo el subcomandante después de notar mi presencia.

Obedecí y me senté en el centro en donde podía verlo muy bien a él y observar a la perfección la pantalla, aunque no hubiera nada que ver en ella. Ligre dejó a un lado la carpeta y se dirigió directamente a mí:

—Fuiste muy osada al unirte al entrenamiento, aunque te dije que debías esperar.

—Esperar no me parece una buena opción; no me arrepiento de lo que hice —confesé con voz neutral. Él asintió y alzó una mano para hacer un ademán de indiferencia.

—Eso estuvo bien para mí, pero sabes que Levi no te quiere en el equipo de combate y es él quien tiene la última palabra —Intenté objetar algo, pero me hizo callar para poder continuar—: Sin embargo, yo sí te quiero en el equipo, y como soy el subcomandante me tomé el atrevimiento de refutar su decisión, así que lo discutimos y llegamos a un consenso. Estarás en el equipo y no como una simple

aprendiz de tropa, sino como la aprendiz de la Unidad de Operaciones Especiales o mejor conocida como OPE. Esto quiere decir que tu entrenamiento será más duro que el de los otros soldados y que deberás estar dispuesta a asistir a cualquier misión que se te ordene, en cualquier momento y ante cualquier circunstancia. Si quieres hacerlo, tendrás que estar enteramente comprometida con el equipo.

—Estoy decidida a hacerlo —acepté con firmeza.

—Antes que todo, creo que hay algunas cosas que debes saber —expresó y se acercó de nuevo al librero. Le seguí con la mirada—. Formar parte de la OPE significa que podrás estar al tanto de situaciones e información que no se les comunican a los soldados de las tropas, es decir, eres parte de un equipo elite, por lo tanto, tienes un nivel más alto y mayores posibilidades de efectuar misiones mucho más peligrosas, pero, sobre todo, confidenciales.

—¿Y por qué me asignan a esta unidad especial? —me atreví a preguntar, un tanto sorprendida. Ligre alzó la comisura derecha de su boca.

—¿Te suena peligroso? A mí también, pero esa fue la condición que Levi impuso alegando que esto era lo que querías, beneficiar a La RAI, ¿no es así?

—Sí, pero...

—Eso no podrías haberlo hecho siendo parte del equipo de combate, ya que, en realidad, ellos sólo se dedican a entrenar para una futura batalla —me interrumpió—, por el contrario, la OPE está en constante movimiento, hace expediciones a la superficie y lleva a cabo misiones que nos benefician de algún modo.

La puerta de la sala se abrió y Levi se hizo presente en el lugar. Sus botas negras ni siquiera hicieron algún sonido tras sus pasos, y su expresión facial se mostró circunspecta, propia de un comandante. El muchacho desconocido, finalmente, apartó la mirada del libro y observó la escena con curiosidad.

—Querías que viéramos las posibilidades y los beneficios, ¿no? Entonces eso es lo único que hemos tomado en cuenta. Te utilizaremos dependiendo del nivel de tus capacidades, y como ya sabemos que eres capaz de disparar un misil y también de desobedecer, creo que es conveniente que te tratemos como lo que quieres ser: un soldado inmune al gas. —Su voz era firme e imponente—. Así que estamos respetando tus decisiones. Tienes un gran potencial, y como ahora perteneces a La RAI, lo vamos a explotar.

Parpadeé reiteradamente; sí, yo había exigido entrar al equipo sin saber que había unidades especiales, pero la decisión de Levi sonaba completamente abrupta, como si su objetivo fuera hacerme temer.

—Te entrenarás con Ligre desde las cuatro de la mañana hasta la hora del almuerzo; después del almuerzo tendrás práctica de tiro hasta las tres de la tarde; desde las tres hasta las seis te entrenaras con Carter, y después de eso podrás ir a descansar. Esa será tu rutina diaria —vociferó.

La mención causó un escalofrío en mi cuerpo. Las heridas más profundas, aquellas marcadas en mis recuerdos, palpitaron como si lo sintiesen cercano. Si normalmente rogaba por no tener que mantenerme en un lugar donde estuviera él, pensar en tener que enfrentarlo todos los días hacía que me redujera a nada, como si realmente fuera eso, nada.

—No, no puedo... Yo creo que... —musité con inquietud, negando con la cabeza al mismo tiempo.

—Accediste a unirme, ¿no? Estas son las reglas. Después de tu entrenamiento con Carter podrás visitar al doctor Julian para recibir terapia psicológica —expresó Levi. No había ningún rastro de condescendencia o de piedad en su voz—. Necesitamos soldados preparados y capacitados, no queremos mentes débiles, y me parece que has deseado dejarnos claro que no eres temerosa.

—No lo soy —susurré más para mí misma que para ellos.

—Bien, porque no aceptamos gente cobarde entre nuestras tropas.

El comandante se acercó a Ligre para decirle algo que no alcancé a escuchar. Mientras tanto, sentí el peso de la mirada del desconocido sobre mí. Al intentar escrutarlo, mi mente rememoró aquellos espantosos momentos dentro de la sala de torturas. Había sido golpeada y humillada, me habían dejado débil y muy asustada, y como consecuencia, confesándome víctima de la paranoia, no dejaba de pensar que podía repetirse; pero mi voluntad —una que no sabía de donde había surgido— me mantuvo rígida y sentada frente a los superiores. Inmóvil ante la mirada del extraño.

Ligre se colocó frente a la pantalla que reflejaba las iniciales. La imagen cambió y exhibió otra. Se vio a un hombre poseedor de rasgos caucásicos, cabello recortado al estilo militar y pequeños ojos ovalados. Desde la fotografía no inspiraba confianza, y si se le observaba muy bien llegaba a incomodar.

—Este hombre es Gregori Nikolayev, de origen ruso, ex ministro federal de defensa, actual líder de El Imperio y uno de los creadores del proyecto —explicó Ligre señalando la imagen—. Es nuestro principal enemigo, un tirano capacitado para dominarlo absolutamente todo. Sin embargo, cabe aclarar que cuando hablamos de ASFIXIA hay dos partes implicadas: creadores y desarrolladores. Entre los creadores tenemos a aquellos que idearon el proyecto y lo propusieron, seis personas, incluyendo a Gregori. Ellos fueron las mentes tras la catástrofe, pero desconocemos en donde se encuentran. Por otro lado, los desarrolladores fueron todos aquellos que estructuraron el proyecto y le dieron vida, seis científicos de los cuales sólo cinco siguen vivos.

—Debes saber —intervino Levi—, que Gregori actúa para su propio beneficio, no para el beneficio de quienes viven dentro de su imperio, y eso es exactamente lo que le diferencia de nosotros. Es poderoso, tiene armas, equipo, un gran sistema de defensa y especialistas, pero, aun así, el proyecto se le salió de las manos y está igual de atrapado que nosotros porque aún no encuentra la forma de neutralizar el gas.

—Gregori tiene dos objetivos en estos momentos. Uno es recuperar al doctor Julian Palafox, el quinto científico que trabajó para desarrollar el proyecto y que reside aquí desde la catástrofe —indicó Ligre—. Y el segundo objetivo es destruir completamente a La RAI porque representamos una amenaza para su nuevo orden mundial. Hasta ahora hemos impedido su regreso a la superficie por tener de nuestro lado a Julian, pero también hemos impedido que nos asesinen porque saben que, si ellos atacan, atacaremos también.

La pantalla volvió a mostrar el logo de La RAI, pero el rostro de Gregori ya se había grabado en mi mente.

—Esto es lo único que debes saber por ahora, ¿tienes alguna pregunta?

—No.

—Perfecto, hoy puedes tomarte la tarde para que Julian te examine y también puedes pasar buscando tu nuevo uniforme —agregó Levi. Su actitud era muy diferente a la del hombre que me había hablado en la habitación médica.

Supe que la reunión había terminado cuando Ligre se despidió diciendo que tenía asuntos que atender, así que después de que ambos salieran de la sala me quedé postrada en la silla con una sola palabra revoloteando por mi mente: Carter. Pero rápidamente el nombre se desvaneció debido al inconfundible

sonido de un libro cerrándose de golpe. Contemplé a la persona que aún permanecía sentada y admiré por un instante el brillo en el ámbar de sus ojos.

—¿Asustada? —inquirió. Asumí que tenía tan sólo un par de años más que yo—. No deberías estarlo, nada puede pasarte allá arriba.

—¿Y cómo estás tan seguro? —le pregunté. Él sonrió con afabilidad.

—Lo único que puede lastimarte está aquí, bajo tierra. Allá arriba no hay peligros, no para una persona inmune —respondió con serenidad. Se levantó del asiento y avanzó hacia mí—. También soy parte de la OPE, así que te doy la bienvenida. Somos sólo tres, los otros dos están entrenando justo ahora, supongo.

—¿Y tú qué hacías aquí?

Él elevó el libro que sostenía y lo mostró. En la tapa se podía leer el título «1984».

—Cada vez que hacemos alguna expedición, me tomo el atrevimiento de recuperar todos los libros que pueda. El comandante me deja guardarlos aquí, así que vengo a leerlos de vez en cuando —contestó ensanchando la sonrisa, la cual no era perfecta pero sí reanimadora—. No sabía que habría reunión, pero de todos modos Ligre me dejó quedarme. Somos el grupo de mayor confianza y como ellos te han dicho, lo que se habla aquí, se mantiene aquí.

—Lo entendí perfectamente —aseguré.

—Muy bien, te dejaré para que digieras todo esto —dijo y se aproximó a la salida, pero antes se volvió para agregar—: Me llamo Ecaín. Nos veremos en los entrenamientos.

Aun sin moverme de la silla, y entre el silencio de la sala, exhalé ruidosamente y recargué mi torso en el espaldar. Los sentimientos comenzaban a mezclarse dentro de mí: la decepción, el miedo, la tristeza y las ansias, y no hallaba forma de lidiar con todos ellos.

Deseaba comprender por qué razón aun no lograba endurecer la mente y los sentimientos. Quería resistir, pero, ¿qué tan fuerte se podía ser realmente? La idea de que mi llegada a aquella ciudad había sido un completo error y que haber encontrado el diario de Levi también lo era, me agobiaba, sin embargo, ¿cómo podría llamar error a los escritos que me habían devuelto la esperanza?, ¿cómo podía denominar error a los sucesos que me habían hecho sentir seguridad y ganas de luchar?

Los estragos que causaron en mí esos tres años de soledad, la depresión, la confusión, la tortura, los golpes y el pánico, me hacían dudar incluso de mi misma. Quizás, en realidad no tenía una verdadera razón para luchar, pero, ¿cómo podía saberlo?, si aunque estuviese o no estuviese rodeada de gente, ya no me quedaba nadie. No tenía una familia, a alguien a quien proteger o por quien levantarme cada mañana, entonces, las ganas de ver al mundo tal y como era antes, ¿serían suficientes para combatir? No tenía un pilar para sostenerme o una base para alzarme, y al dilucidarlo comprendí que la soledad no había estado esfumándose, sólo había alcanzado otro nivel.

Intenté analizar las cosas desde otro punto de vista. Con Nina tenía una amistad por primera vez. Ella tenía una madre, aquella que todos los días preparaba los alimentos para más de mil personas, y esas mil personas que estaban conformadas por niños, adultos e incluso ancianos, tenían familia y ganas de vivir, así que posiblemente no estaba tan sola, quizás sí tenía a alguien —o tenía a muchos— pero también tenía miedo, tanto como el día en que me había despertado rodeada de cadáveres, y aquel había sido un miedo tan profundo que me redujo de ser una persona, a ser un saco de órganos y huesos sin ganas de continuar existiendo.

El fatídico primero de septiembre me había sentado a llorar en un rincón, ¿me sentaría a hacer lo mismo después de treinta y seis meses? ¿Podían mis simples dieciocho años ser un impedimento para convertirme en alguien capaz de enfrentar la dureza y la realidad de ese brutal y nuevo mundo? No, ningún factor podía detenerme; ni la soledad, ni el miedo y Levi H mucho menos. Lo único que podía impedirme surgir era yo misma, y no pretendía dejar que eso sucediera.

Salí del edificio para ir a la cabaña. Avancé a paso rápido entre algunas personas. Era plena tarde, así que la gente caminaba de un lado a otro para cumplir con sus deberes.

De repente sentí el impacto de un cuerpo contra el mío.

—Ten cuidado, chica de los misiles —soltó Exen, tomándome por los hombros para evitar hacerme caer—. Te andaba buscando.

Reaccioné ante su tacto y me alejé.

—Me mentiste. —Le hice saber. Él frunció el ceño, dándome a entender que no sabía a lo que me refería—. Eres un mentiroso, pero ¿sabes? Las mentiras tienen patas cortas, Exen.

—¿En qué te mentí? Explícate, mujer, que no comprendo lo que dices.

Inspeccioné ambos lados para asegurarme de que nadie estuviese lo suficientemente cerca como para escuchar.

—Me dijiste que en la fosa del este había ocurrido un simple accidente y no fue así, lo que pasó ahí no fue más que tu culpa por engañar a esa muchacha llamada Adela —bufé, apretando los dientes. Exen se quedó inmóvil y lentamente entreabrió los labios. Su expresión se tornó seria y sombría.

—Eso te lo dijo Nina, ¿no?

—¿Qué importa? Eres un mentiroso, y sí, un idiota como muchas personas dicen.

—¿Te lo dijo ella?! —preguntó. Su voz de repente pasó a ser más grave.

—¿Que no importa! ¿Te divierte engañar a las personas? Confié en ti porque no sabía nada de esta ciudad y estaba muy confundida, y lo primero que hiciste fue mentirme —le reproché.

—¡No es así como crees! —soltó y se atrevió a tomarme por el brazo para dirigirme a la parte trasera de una de las cabañas por donde no transitaba casi nadie.

—¡Suéltame! —exclamé tratando de liberarme de su agarre, pero era inútil, me superaba en fuerza y tamaño—. ¡¿Qué les pasa a todos que me agarran como si fuera muñeca de trapo?!

—Mira —comenzó a decir cuando me acorraló contra la pared de la cabaña—, no me gusta mentir, no así. Sí, eso sucedió, lo de Adela es verdad, lo que no es verdad es la forma como lo cuenta Nina porque está resentida.

—Pues no te creo. Le mentiste a esa chica, le mientes a Didi y a todo el mundo, ¿no es así? —refuté. Él tensó la mandíbula.

—No le mentí, yo estaba enamorado de ella, aun... estoy enamorado de ella. Todas las malditas noches me culpo por lo que sucedió. —De pronto comenzó a sonar desesperado—. ¿Sabes lo que se siente cargar con la muerte de alguien que querías? No me importaría matar a cien personas si esas muertes disminuyen el peso de la de Adela en mí. Ella tenía unos jodidos dieciséis años, era una niña y yo era un maldito inmaduro, pero la quería.

—Y si la querías tanto, ¿por qué la engañaste? —murmuré. Los ojos de Exen expresaron dolor, al igual que su voz.

—Lo que ella vio tras esas rocas no fue un engaño, pero nunca pude explicárselo. Asesiné a la persona con la que quería estar, a la persona con la que quería sobrevivir, ¿cómo podía decirte eso sin que huyeras o me tacharas como lo hacen los demás?

Nos miramos en silencio por unos segundos, pero él después soltó mi brazo para tomar distancia. Pasó la mano por su cabello y miró hacia el suelo como si se sintiera muy apenado.

—Mira, Exen... —intenté decir, pero me interrumpió.

—No hay día en que no piense en ella. Tenía ojos color café, ¿sabes? De esos que te quitan el sueño como si tuviesen cafeína misma dentro de ellos. También tenía unos rizos castaños, preciosos, como ondas, como si giraran para hipnotizar, y se le dibujaba una sonrisa encantadora, viva, muy animada. Parecía un parque de diversiones, sí, así, porque podías conocerla y divertirte sin parar y entonces no querías irte, no querías alejarte de ella, querías quedarte por siempre para perderte entre sus increíbles atracciones. Era magnífica, risueña, todo lo contrario a mí; ella era dulce, especial, y tenía grandes sueños, como el de volver a la superficie para que nos fuéramos lejos cuando cumpliéramos la mayoría de edad. Decía que éramos pájaros enjaulados, pero que tarde o temprano alguien llegaría para liberarnos, para dejarnos volar.

El soldado apartó la mirada del suelo y me observó con una sonrisa melancólica. Su confesión pareció genuina y sincera. El dolor se le dibujó en cada facción del rostro, y me invadió el arrepentimiento por no haber escuchado su parte de la historia antes de reprocharle.

—Lo lamento, no lo sabía. Reaccioné mal.

—No podías saberlo porque nadie conoce la verdad más que yo. Dejé que todos creyeran la historia de que la engañé —comentó e inhaló profundamente—. Prefiero que me culpen a mí y no que tengan un mal recuerdo de ella.

—Pensé que comenzábamos a ser amigos, por eso me tomó muy mal lo que dijo Nina —confesé con un poco de vergüenza—. No sé cómo manejar eso de la amistad. No después de tanta soledad.

—¡Soy tu amigo, Drey! —exclamó—. Y también seremos compañeros cuando pertenezcas al equipo de combate.

—Eh, sí, sobre eso... Hay algo que debo contarte —comencé a decir ya dejando a un lado el tema de Adela, el cual, notablemente, no le agradaba discutir.

Cuando ambos nos tranquilizamos, le di la noticia sobre mi ascenso. Lo tomó muy bien, aunque también pensó que era peligroso, pero a diferencia de los demás, Exen no intentó convencerme de elegir lo que él creía correcto, todo lo contrario, alegó que, si lo deseaba, lo único que debía hacer era desechar las opiniones indeseables y perseguir lo que estaba decidida a lograr.

Y ese era, exactamente, el camino que iba a tomar.

«Cero, uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece. Cero, uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece.»

Al despertar tan abruptamente, casi caigo fuera de la cama. Me tomé unos minutos para calmar la agitación y me limpié las gotas de sudor que me recorrían la frente.

La ciudad podía llegar a ser muy calurosa, pero no había sido sólo la temperatura la causante de mi sudoración, sino también las pesadillas en donde Carter sonreía de forma intimidante, amenazando con abalanzarse sobre mí a golpes. Además de eso, el inquietante sonido de una caja de música ambientaba la escena hasta que el tintineo de una campana me despertaba, después se me era imposible volver a conciliar el sueño.

Coloqué los pies fuera de la cama y me levanté para acercarme a la ventana de la cabaña. Le eché un vistazo a Nina. Ella dormía plácidamente al igual que todos los demás en la ciudad. Después de tres años habían logrado acostumbrarse al calor; yo no, pues sentía que estaba a punto de hervir.

Casi como si quisiera torturarme a mí misma, recordé que cuando el reloj diera las cuatro de la mañana, debía asistir a mi entrenamiento con Ligre, pero del que realmente temía era de mi entrenamiento con Carter. ¿Acaso Levi había decidido atacarme por los puntos más bajos sólo por querer combatir? Sus palabras, aquellas en las que había asegurado desear protegerme, ya no tenían

sentido alguno. Me había empujado a un abismo tan sólo con asignarme a Carter como entrenador.

Sintiendo de nuevo la frente empapada, supuse que un baño de madrugada podría refrescar mi cuerpo acalorado y relajar mis músculos adoloridos debido al ejercicio del día anterior. Al menos el agua que salía de las duchas estaría fresca. O... ¿Y si sólo me lanzaba a la cascada?

Ventaja número uno de ser inmune: poder zambullirme en agua contaminada. Desventaja número uno: exceso de ideas estúpidas.

Tomé mis cosas y salí de la cabaña sin hacer ni un mínimo ruido. Afuera, los caminos estaban vacíos y envueltos en un profundo silencio. Me dirigí sin prisa a los baños, pasando por vías que casi no reconocí por no estar abarrotadas de gente.

Y me detuve cuando vi una cabaña de puro metal.

Pensé que el calor me estaba haciendo alucinar, pero era tan real como el suelo que pisaba. Sí, estaba hecha de metal, no de manera como todas las demás, sino de metal mismo.

Podía ser posible no haber reparado en ella porque no me había tomado el tiempo necesario para recorrer toda la ciudad, y porque también sólo conocía los caminos que conducían a los laboratorios y al edificio de control.

Escrutando la cabaña desde mi posición —que estaba lo suficientemente lejos como para no parecer una fisgona y lo suficientemente cerca como para observarla con detenimiento— contemplé como la puerta se abría lentamente y como de ella salía un hombre.

Reconocí a Levi de inmediato. Se detuvo de frente, como si estuviese diciendo algo hacia el interior, y entonces un delgado y pálido brazo femenino se desplegó hacia él, extendiendo una mano portadora de largas uñas. Él la tomó y se inclinó hacia adelante para depositar un beso sobre los nudillos de la persona desconocida, en un claro gesto de caballerosidad.

Eso me desagradó.

La puerta de la misteriosa cabaña se cerró, Levi se giró para irse y yo fui incapaz de mover un pie para continuar mi camino. Entonces, ambos nos miramos con desconcierto.

—¿Qué haces despierta a esta hora? —preguntó después de llegar a donde me encontraba. Lucía muy informal con un pantalón de tela suave, una camisa sin mangas y el cabello negro completamente despeinado, incluso guapo...

—Iba a bañarme —respondí. Volví a echar un vistazo a la cabaña y pregunté—: ¿Quién vive ahí?

—No puedes andar por aquí a estas horas. La gente duerme, Drey —contestó en tono de reproche.

—¿Es su novia? ¿Se ven a escondidas?

—No puedo permitir tanta confianza, tengo una postura que mantener, por lo tanto, lo que haya hecho no te concierne —se excusó casi con amabilidad.

—Bien, ya sé que es propio de usted ocultar las cosas —murmuré con un ápice de molestia. El comandante frunció el ceño.

—Ve a dormir lo que resta de horas porque hoy tendrás un fuerte entrenamiento —expuso e intentó irse, pero antes de que desapareciera le dije:

—¿Por qué hace esto? Sabe que tengo mucho miedo de que Carter se acerque a mí.

—Querías ser un soldado, ¿no?, pues los soldados pasan por cosas muy duras y aun así tienen que aprender a enfrentar sus miedos. Carter está bajo mis órdenes, ya no puede hacerte daño —refutó con voz neutral.

—Necesito tiempo... —musité, casi suplicante. Por unos segundos sólo se dedicó a observarme, pero después bajó la cabeza.

—No hay tiempo. Debemos atenernos a las consecuencias de nuestras propias decisiones, sean buenas o malas hay que enfrentarlas —dijo y avanzó por mi lado para alejarse, pero no sin antes añadir—: Ve a bañarte y luego regresa a tu cabaña, es una orden.

No me volví para ver su figura alejarse, tan sólo mantuve la mirada fija en la enigmática cabaña de metal. El deseo de saber a quién pertenecía el escuálido brazo me incitó a acercarme para averiguarlo, pero un impulso más fuerte y menos reconocible me exigió no mover ni un pie, así que terminé pensando que lo mejor era irme ya que no tenía derecho a inmiscuirme en los asuntos del comandante.

De igual modo sentí cierta decepción porque no podía negar que el diario y lo que tenía escrito, había despertado en mí una pequeña ilusión hacia Levi.

Podía ser admiración, aunque no era capaz de reconocer por completo el sentimiento, o simplemente no quería darle nombre.

Había pasado la mitad de la adolescencia con los otros seis supervivientes y nunca hubo tiempo para permitir que surgieran las actitudes propias de la edad, por lo tanto, había tenido que aprender a ser adulta y a reprimir cualquier aspecto de la inmadurez y la juventud. En aquel momento pude dar por desecha la ilusión y me encaminé hacia los baños.

Tardé más de lo que había planeado mientras dejaba que el agua corriera sobre mi cuerpo. Pensé a profundidad en lo que me habían hecho durante la niñez, en mi inmunidad, en la OPE, en las mentiras de Exen, en la estúpida actitud del comandante, en el desconocido y maldito brazo —denominado así igual que los malditos cadáveres— y en si mi madre y mi padre habían permitido que experimentaran conmigo.

Pensé en todo y a la vez no llegué a nada.

Quedé con más dudas que antes.

...

El entrenamiento matutino con Ligre era como cualquier otro. Se llevaba a cabo en el terreno libre de la ciudad junto a los demás soldados. Yo los había llamado «tropas» por mis conocimientos básicos militares, los que sabía por cultura general, pero Exen me explicó que el equipo de combate de La RAI estaba muy bien estructurado.

El subcomandante era quien los dirigía y quien tenía total control sobre ellos. Constaba de mil doscientos soldados dispuestos bajo el mando de Ligre, divididos en dos unidades llamadas «defensa» y «ofensiva», con seiscientos hombres y mujeres en cada una. Las unidades especiales como la principal y la de operaciones, poseían menos miembros con mayores capacidades. Entonces, Exen pertenecía a las tropas de defensa, pero se empeñaba en dejar claro que su deseo era formar parte de las tropas de ofensiva, a las que Ligre no le había concedido entrar.

Durante el trote, el soldado no dejó de hacer comentarios sobre mi ascenso a la OPE, casi haciéndome sentir culpable por haber entrado sin hacer esfuerzo alguno.

—Harás los mejores trabajos y sólo llegaste hace una semana. Yo llevo tres años aquí, he pedido ingresar cinco veces y sigo siendo parte de la defensiva.

No te lo voy a negar, Drey, te envidio mucho en este momento —bufó con voz jadeante. Yo corría a su lado.

—Los mejores trabajos son los más peligrosos. Tú al menos estarás seguro aquí, yo ni sé que sucederá conmigo, quizás muera en la primera misión.

—No lo creo. Tus heridas internas sanan rápido, eres resistente, por eso sobreviviste a la tortura de Carter. Bueno, ahí tienes la razón por la que te unieron, no para que le cojas miedo, sino porque creen que eres lo suficientemente fuerte para luchar.

—Si tuvieras esta capacidad que tengo, ¿harías lo que estoy haciendo? Digo, ¿tomarías la decisión que tomé acerca de unirme al equipo? —le pregunté. El resopló con diversión.

—Lo que yo haría sería quedarme quieto para que los demás lo hagan todo, y como yo sería «la posible solución para regresar a la superficie» exigiría demasiado, como, por ejemplo, que Ligre trotara para mí durante ocho horas seguidas —contestó, pero luego se echó a reír—. No, en realidad no haría eso. Lo cierto es que tomaría la misma decisión que has tomado y usaría todas mis capacidades para ayudar, así que no te preocupes, contribuirás mucho, yo creo en ti.

Ambos nos sonreímos.

—¡Palafox, Moretti! —gritó Ligre en tono de reproche cuando pasamos trotando frente a él. Inmediatamente nos detuvimos al mismo tiempo que corríamos sobre nuestros pies. El subcomandante se acercó —. ¿Qué es tan gracioso? ¿Quieren que los expulse del entrenamiento la semana entera?

—¡Sí! —exclamó Exen rápidamente—. Me leyó la mente, es casi mi sueño. Tuve que reprimir las ganas de reír.

Ligre tensó la mandíbula, entornando los ojos. El comentario no le cayó bien, pero parecía que a Exen le importaba muy poco el hecho de hacer disgustar a su superior. El hombre cambió la expresión y lentamente formó una sonrisa que ensombreció su rostro.

—Te la das de humorista, ¿cierto? —pronunció con detenimiento, mirando al soldado—. Veamos si sigues siéndolo cuando se hagan las dos de la tarde y aun estés trotando.

—¿Qué?! ¡¿Por qué?! ¡Eso es demasiado tiempo! —bramó Exen.

—Fue mi culpa —intervine—. Lo distraje hablándole sobre lo mal que quedaron algunos miembros del equipo por el trote.

Ligre me miró. Continué corriendo sobre mis pies, aun sin cansarme demasiado como para quejarme. Él enarco una ceja; no me dedicaba miradas tan intimidantes como las que le dirigía a Exen, sin embargo, sentí que estaba reprochándome algo.

—Casi lo olvido —dijo finalmente en tono hermético—. Debes ir al edificio de control. Levi quiere hablar contigo —anunció y posteriormente devolvió su atención a Exen—. ¿Tú qué esperas? Ponte en marcha, y por cada vez que te detengas será media hora más de trote.

Exen me observó con pesar. Me habría gustado poder interceder por él, pero sabía que cualquier cosa que dijera no sería tomada en cuenta.

No me hice ninguna idea acerca de lo que Levi quería hablar conmigo, pero cuando llegué al edificio de control y me introduje en la sala de reuniones, la curiosidad me invadió al ver al comandante, a dos hombres —entre ellos el muchacho de cabello color cobrizo— y a una chica.

—Ya estamos completos —vociferó Levi después de que entré.

Me ubiqué en uno de los asientos que estaban dispuestos frente a la gran pantalla que reflejaba el logo de La RAI y luego me fijé en los presentes. El hombre que se hallaba más cerca de mí lucía muy joven, casi como Exen, y poseía unos profundos y llamativos ojos azules que contrastaban a la perfección con su cabello castaño claro.

Miré más allá de él y le eché un vistazo al portador del cabello color cobrizo cuyo nombre era Ecaín. El brillo del ámbar en su mirada volvió a otorgarme calma y tranquilidad, como si todo él emanara serenidad.

—Drey, como ya sabes formarás parte de la OPE —dijo Levi, sacándome de mis pensamientos—. La unidad está dividida en dos partes: operaciones interiores y operaciones exteriores. Las personas que ves aquí, sentadas al igual que tú, son los únicos miembros capacitados para realizar las operaciones exteriores y serán tus compañeros de ahora en adelante. Son personas responsables y entrenadas. Están al tanto de tus capacidades y han jurado mantener la confidencialidad del asunto como lo han hecho desde el instante en que la unidad se creó.

Nuevamente observé a los demás. El tercer miembro era una muchacha cuya expresión denotaba mesura. Ella tenía un estilo que, debía admitir, lucía genial. Su cabello estaba corto hasta debajo de las orejas por un lado, y largo hasta el final del cuello por el otro; era lacio y muy negro, y sumado a eso poseía unos ligeros rasgos asiáticos, finos y agraciados.

—El motivo de esta reunión es puramente informativo —continuó el comandante—. Anoche recibimos un mensaje importante. El Imperio dio un paso adelante. Tomaron una sección de la superficie y están tratando de limpiarla para poder poblarla. ¿Cómo lo hacen? Al parecer han creado trajes que les permiten estar arriba por mucho más tiempo. Esto nos perjudica, así que debemos actuar rápido. Me reuní con la Unidad Principal de Especialistas y decidimos que es momento de empezar a intervenir más a fondo. No podemos dejar que poco a poco El Imperio se vaya apoderando de pequeños territorios en la superficie, así que llevaremos a cabo la misión que nos habíamos planteado dos años atrás. Rescataremos a los cuatro científicos que, como sabemos, El Imperio mantiene cautivos bajo amenazas. —Levi inhaló suavemente y se hizo a un lado permitiéndonos mirar la pantalla que aún no reflejaba más que el logo—. La información llegó a nosotros esta mañana por medio de un video enviado desde la misma sede de El Imperio. La persona que se arriesgó de esa manera es Daniel Garrier, uno de los científicos. Lo verán ustedes mismos.

Todos se inclinaron un poco hacia adelante, expectantes. Esperamos unos segundos y después la pantalla pasó de mostrar el logo a reproducir una imagen. Apareció un hombre a punto de decir algo. Era delgado, portaba gafas pequeñas y tenía aspecto cansado.

—Julian, amigo, espero que veas esto tan pronto lo recibas. Me aseguré de enviarlo a donde tú mismo me indicaste la última vez que hablamos. Me dijiste que vendrían por nosotros y no esperaba que fuera pronto, lo sé, pero el objetivo de este mensaje es para pedirte que aceleren el proceso. —La voz del hombre en el video se escuchaba algo temblorosa. Detrás de él lo que se veía era el ambiente de una sala de laboratorio—. Nos obligaron a trabajar con los trajes para mejorarlos, hicimos lo que pudimos y logramos prolongar la estadía en la superficie, pero el material que utilizamos no es fácil de encontrar, así que quieren más. Ahora piensan que lo hemos hecho a propósito para limitarlos y no nos dejan salir de los laboratorios.

»Amigo, ¡esto es un infierno! Han logrado subir y están intentando limpiar territorio. Es terrible que ustedes estén en el Sur y nosotros en el Norte, pero no me preocupo demasiado. Piensan purificar por secciones de tierra para ir dividiendo a la población en pequeños grupos que pertenezcan a uno más grande, uno que determinarán por su descendencia. Gregori se esconde bajo un lema de paz que es sólo una fachada. Jura que ha terminado con las divisiones, con las catástrofes, con las guerras y con la mala economía, pero sabemos que no es verdad. Advértele a tu grupo, Julian, ellos están tomando áreas, Gregori está haciendo de esto su nuevo orden mundial, y ni siquiera podrás imaginar todo lo que ha hecho dentro de El Imperio.

»Las personas que se unieron a él, como población, ahora son sometidas a una «limpieza». Los obligan a asistir a cuarenta y siete horas de sesiones en donde les imparten la nueva modalidad de vida. Unos pocos se resistieron, pero los lanzaron a la superficie. Los que aún no han sido limpiados, viven con miedo. Temo por nosotros, Julian, ¿qué pasará si Gregori logra purificar esta tierra? Hará un imperio mundial gobernado bajo sus ordenanzas. No podemos permitirlo, pero nosotros aquí podemos hacer muy poco. Si llegamos a desobedecer, nos matan.

»Me gustaría que lo vieras con tus propios ojos, que vieras las condiciones de vida que tenemos. Hace de las mujeres un género muy inferior, no hay igualdad: ellas sirven, los hombres ordenan. Pero sólo aquellos hombres privilegiados pueden mandar, porque los demás deben trabajar para beneficiar a otros. Intentan hacernos retroceder. Vaya, quien diría que este proyecto terminaría tan mal, pero sé que si nos unimos podremos acabar con las flores y con el gas. Sólo debemos trabajar en equipo, pero para que suceda, tenemos que estar juntos.

»Estaremos esperando, sepan que Gregori no es un líder, es un dictador, uno que sabe que, si nadie se resiste, puede lograr cualquier cosa que se proponga; pero ustedes son La RAI, ¿cierto? Mientras ustedes existan, él se verá limitado de alguna manera. Este imperio es muy grande, como si fuese un país entero, las personas tienen miedo, pero no pueden alzarse porque saben que están atrapados bajo tierra. Lo único que necesitamos es libertad y esperanza, algo que les haga pensar que pueden surgir, pero mientras no podamos demostrar eso, todos seguirán bajo la opresión. Nadie es libre aquí, ni siquiera el mismo

Gregori, y además de él nuestro peor y más grande enemigo reside en la naturaleza, ¿cómo podríamos vencerlo? No se rindan.

El video finalizó y la indignación y el coraje se manifestaron en los rostros de los otros tres miembros de la unidad. Pude percibir el temor y la desesperación en la voz del científico, y por un momento sentí que formaba parte de ellos, que también estaba atrapada bajo la crueldad de Gregori, y entonces sentí rabia hacia él, tanta que se convirtió en impotencia.

—¿Han logrado obtener alguna otra información sobre su ciudad? —inquirió la chica ubicada en una de las sillas. Levi negó con la cabeza.

—Desde que perdimos a nuestro infiltrado no hemos podido saber nada más de la vida en los terrenos de Gregori —confesó el comandante—. Por ahora no vemos conveniente enviar a otro hombre porque la única entrada que conocíamos está siendo resguardada por la guardia de El Imperio. Necesitamos estudiar la zona para encontrar entradas alternas, o al menos para hallar la forma de crear una.

—Estamos a ciegas, entonces —comentó el hombre de ojos azules.

—No por mucho tiempo —aseguró Levi—, pero como les decía, retomaremos la misión que nos habíamos propuesto. En cuanto fijemos una entrada a la ciudad subterránea, los enviaremos a rescatar a los científicos. Disponemos de aproximadamente dos meses para prepararlo todo. Si podemos planear una buena estrategia, los tres irán en avión hasta un punto de aterrizaje lejano a la sede de El Imperio para que no puedan ser detectados por los radares, y a partir de ahí podrán trasladarse en vehículos que pondremos a su disposición.

Me atreví a interrumpirle.

—¿Los tres? —pregunté, confundida—. Somos cuatro.

El comandante me observó y luego miró a los demás como si hubiese algo que yo no supiera.

—Tú no irás —respondió con simpleza.

—Pero soy parte del equipo —expuse, aún más confundida.

—Sí, eres parte del equipo, pero también eres la única persona inmune, ¿cómo crees que vamos a enviarte a los terrenos de El Imperio? Eso sería entregarte a ellos en bandeja de plata —explicó como si fuera muy obvio—. Tú asistirás a las expediciones para recolectar materiales. —Luego de decir eso, no me permitió objetar algo más y continuó—: Entonces, esta será una misión de

alto riesgo, por lo tanto, se asegurarán de que nadie les vea. Se trasladarán vistiendo los trajes y cuando ingresen a la ciudad, podrán dejarlos en algún lugar seguro y lejos de la vista de cualquier residente. Así tendrán toda la movilidad que se requiera para poder extraer a los científicos.

Nadie puso objeción alguna, todos parecían estar de acuerdo, incluso parecían preparados, pero yo, yo estaba indignada sobre mi asiento.

Quizás tenía cara de estúpida, pero no lo era. Por supuesto que no iban a elegirme para una misión tan importante, porque probablemente mi idea de que Levi me había unido a la unidad para hacerme temer, no era la correcta. Él conocía a su equipo, podían ser profesionales, pero yo no lo era, por lo tanto, no se arriesgaría a que una novata lo echara todo a perder. No había otra verdad; estaban intentando mantener segura la inmunidad, no a Drey.

Cuando indicó que la reunión terminó, todos salimos de la sala. Observé el gran reloj desde una de las ventanas del edificio. Me quedaba una hora para el almuerzo, después de eso, tendría práctica de tiro.

Justo antes de salir rumbo al comedor, alguien me interceptó en uno de los pasillos. El hombre del cabello color cobrizo se situó frente a mí.

—No te decepciones, si yo fuera el comandante tampoco te dejaría ir —dijo, acompañando las palabras con una sonrisa reconfortante. De inmediato, me sentí más tranquila—. Cuando supe que eres inmune, ni siquiera podía creerlo. Nunca pensé que fuese posible.

—También fue una sorpresa para mí.

—Bueno, tampoco es que se pueda pensar que alguien que luce tan frágil, tenga un secreto tan grande —dijo, encogiéndose de hombros.

—Ya ves, las apariencias engañan.

—Sabemos que eres muy inexperta —comentó ensanchando la sonrisa, como si la afabilidad fuese parte de su rostro—. Aunque no me lo creo del todo. Si estuviste allá arriba, algún instinto o alguna capacidad tuviste que haber desarrollado.

—Era todo muy fácil, en realidad —confesé—. La comida estaba a nuestro alcance y las medicinas también, así que no había necesidad de recurrir a trucos o habilidades para conseguir lo que queríamos, pero tan tonta no soy y puedo aprender, y Levi parece no darse cuenta de eso. Sólo... pensé que me habían incluido en el equipo para contribuir.

—Y si no es para contribuir, ¿entonces para qué? —inquirió, un poco confundido.

—No lo sé —resoplé con cierto fastidio—. Creo que al final tiene razón. Sería muy peligroso.

—Todo lo que tenga que ver con El Imperio, lo es —expuso. Su mirada apacible alejó cualquier disgusto que pudiese sentir—. Enviarte sería una muy mala idea. Por ahora deberías concentrarte en aprender, ya que dices que se te da bien. Después, cuando te hayas fortalecido, no le quedarán dudas de que tiene que enviarte a una misión importante.

—Gracias, eso me tranquiliza.

Me propuso ir juntos al comedor. Dejé atrás todos los pensamientos y las ideas que solían confundirme y di paso a la calma que me inspiraba su compañía.

Nunca había conocido a una persona que emanara tanta serenidad. Me agradó, sobre todo porque su presencia resultaba indirectamente consoladora. Probablemente, debía dejar de agobiarme a mí misma con tantas dudas y permitir el paso a la tranquilidad, aunque fuera por un rato. Tal vez sólo debía concentrarme en mis objetivos, en mi entrenamiento y en la nueva vida que tenía la oportunidad de llevar.

Quizás, sólo quizás, debía empezar a cambiar.



A través de la ventana del consultorio del doctor, podía verse el gran reloj.

—Deja de mirarlo, aún te queda media hora —me repitió Julian. Él estaba de pie frente a mí anotando algo en su libreta, mientras que yo, sentada en la camilla, sólo dirigía mi vista hacia los dígitos que en él se reflejaban.

—Siento que pasa muy rápido. No puedo creer que Levi haya adelantado mi entrenamiento con Carter —murmuré y entrelacé los dedos para apretarlos con nerviosismo.

Julian me observó por encima de sus gafas. Tan sólo media hora atrás, el comandante me había mandado a decir que mi entrenamiento con el especialista no sería a las tres, sino dos horas antes pues lo ideal era que tuviera más tiempo de aprender todo lo que se requería para poder alcanzar el nivel de la unidad. La noticia me tomó por sorpresa y me había dejado pasmada.

—Ya te dije que es muy normal lo que sientes. No es fácil para la mente liberarse de un estrés y un trauma tan grande como el que sufriste. Puedes estar paranoica, pero lo vas a superar, así que debes venir a esta hora todos los días para que podamos trabajar en ello. Ahora, ¿por qué no me cuentas de tus sueños?

—Son pesadillas y en todas está él. Es como si fuese a golpearme de nuevo, a hacerme cosas peores —respondí, pronunciando las palabras con cuidado—. Tengo una mente muy débil.

—No, claro que no. Los humanos sentimos miedo, Drey, incluso los más fuertes lo sienten, pero han aprendido a sustituirlo con algo igual de intenso

como... la ira, aunque ese no es un buen sentimiento. ¿Te gustaría sustituir tu miedo por algo mejor?

La propuesta me sonó tentadora.

—Sí, no quiero sentirme temerosa o frágil y creo que ya no puedo permitírmelo. —confesé. Tragué saliva y busqué los grisáceos ojos del doctor—. Pero es algo que me sucede sin pensarlo o esperarlo. Mi cuerpo reacciona en defensa si alguien se me acerca demasiado, y a veces veo a Carter en todos lados a punto de llevarme a la sala de torturas.

—Drey —comenzó a decir después de un suspiro. Se sacó las gafas y se encaminó hasta el escritorio para dejar su libreta sobre él—. Levi te está enfrentando a Carter porque sabe que no te hará daño. Tienes que hacerle entender eso a tu mente, que no te lastimará de nuevo porque tiene claro que no eres el enemigo. Cuando pienses en él, con miedo, aleja el temor pensando en algo positivo, como, por ejemplo, tus razones para soportar esto, para ser un soldado. ¿Por qué quieres serlo? —preguntó después de girarse.

Se cruzó de brazos y entonces esperó pacientemente mi respuesta.

—Ayer sólo lo deseaba para demostrarme que soy fuerte. Hoy, después de ver el video que envió uno de los científicos, supe que debo hacerlo por todos —contesté—. Esto va más allá de lo que quiero. Yo, entre todas estas personas, puedo respirar el gas. No soy alguien normal y eso significa que debe haber una razón ligada al proyecto. Usted lo entiende. Si yo fuese una chica común sin órganos internos que sanan con rapidez o sin la capacidad de inhalar gas letal, quizás no tuviera un motivo para luchar, pero mi realidad es otra, doctor. Quiero ayudar y también saber por qué mi organismo es tan resistente. Siento que más que una capacidad, ser inmune es una responsabilidad. Estoy lista para someterme a las pruebas. No podemos seguir esperando.

Mis palabras causaron un brillo de fascinación en sus ojos. Era momento de comenzar a buscar respuestas y de descubrir por qué era diferente a los demás.

—Muy bien, tenemos que empezar tan pronto como podamos. Quiero tomar algunas muestras y también analizar más a fondo tus tejidos, pero, claro, antes de hacer todo esto debo decírselo a Levi —expresó con entusiasmo.

Di un pequeño salto fuera de la camilla. Me quedaban veinte minutos, pero ya no estaba tan nerviosa.

—Él estará de acuerdo, ¿no?

—Por supuesto, sólo esperábamos que dieras tu consentimiento.

Hubo un pequeño silencio en el que lo único que hice fue acercarme a la ventana. La ciudad estaba como todos los días, tranquila y concentrada en sus deberes.

—Doctor —le llamé sin girarme para observarlo. Supuse que él estaba prestándome atención—. ¿Por cuánto tiempo planearon el proyecto ASFIXIA?

—Tengo entendido que desde el año dos mil ya se estaba estudiando la posibilidad de alterar genéticamente las plantas. En secreto, por supuesto. Eran pequeños proyectos altamente confidenciales sin buenos resultados —explicó—. El proyecto ASFIXIA fue ideado por seis personas, entre ellas Gregori, y posteriormente fue puesto en desarrollo por un científico cuyo nombre nunca fue revelado. Ese hombre trabajó en él por cuatro años y después, por causas que desconocemos, fuimos reunidos seis científicos más para finalizarlo porque aquel sujeto ya no podía continuar. Para ser más claro, nosotros trabajamos con lo que ya se había desarrollado, una base. Fue fácil, la mitad ya estaba estructurada.

—Entonces, ¿ustedes no desarrollaron por completo el proyecto?, ¿los seis científicos no son los desarrolladores? —indagué.

—No, antes de que nosotros interviniéramos, alguien más ya lo había puesto en marcha. Sólo nos encargamos de terminarlo.

Lo encaré y noté su expresión facial ansiosa, un tanto inquieta, como si no le gustara mencionar demasiado el proyecto.

—¿Pasa algo? ¿Le incomoda hablar del tema? —inquirí, ceñuda. Él rápidamente negó con la cabeza.

—No pasa nada. Me pone nostálgico recordar aquellos tiempos de trabajo, cuando no teníamos ni idea de que el proyecto sería ejecutado de esa forma tan cruel —comentó y se pasó la mano por la nuca—. Los seis sabíamos que era delicado y peligroso, y aun así juramos terminarlo. Pudimos haberlo detenido, pudimos haber eliminado el proyecto, si tan sólo no hubiéramos tenido tanto miedo... Siempre fue difícil. Daniel, el hombre que viste en el video, decía que estábamos manipulando la naturaleza y que ella iría contra nosotros por eso. Es un castigo para un científico creer en algo más que lo comprobable, sin embargo, él pensó que estábamos haciendo un gran mal.

—Y si sabían lo peligroso que era, ¿por qué no lo abandonaron?, ¿sólo por miedo? —pregunté. Julian resopló con falsa diversión. Fue un gesto muy parecido al de su hijo.

—No podíamos. Trabajábamos para el gobierno, no para cualquier cosa. Habíamos firmado un contrato, pero ni siquiera era al papel a lo que lo temíamos, era a lo que podían hacerles a nuestras familias lo que nos ataba al proyecto —bufó, pero después su rostro se entristeció—. Tenía que pensar en Exen. Su madre había muerto y debía mantenerlo conmigo dentro de las instalaciones del gobierno. Nos habían dado una casa e incluso una niñera. Teníamos todas las comodidades, todos los lujos, él iba a una buena escuela, tenía buenas cosas, pero ese crío era muy astuto y se escabullía para meterse en todos lados. Me causó muchos problemas, aun así, era mi hijo y debía protegerlo.

Me divirtió la imagen de un Exen más joven y revoltoso escuchando tras cada puerta.

—Entonces, estaban obligados a terminar el proyecto, pero, ¿por qué ustedes y no el hombre que lo inició? ¿Por qué él no lo finalizó?

—Nunca lo supimos. Esa información no nos concernía. Lo único que debíamos saber era lo que ese hombre estructuró del proyecto para poder terminarlo —dijo. Lucía un tanto abatido al hablar de aquello—. Había demasiadas cosas que no sabíamos, como el proyecto INMUNOEficiencia en el que participaste. No tenía ni idea de que cuando estábamos desarrollando ASFIXIA, siguiendo el esquema que el científico anterior estableció, INMUNOEficiencia ya estaba terminado. ¿Lo ves? Sucedían muchas cosas en secreto y siempre ha sido así. Lo que hay detrás de los planes gubernamentales ha estado bien protegido por décadas, y en todos los casos ha sido terriblemente perverso.

Volví a mirar por la ventana. Lo que me quedaba de tiempo se había ido entre la charla. Disponía de ocho minutos para llegar al entrenamiento.

—Ya debo irme, pero volveré mañana. Me gustaría seguir esta conversación. ¿Está usted dispuesto a contarme todo sobre el proyecto?

Julian se relajó un poco al saber que habíamos terminado con el tema.

—Claro que sí, igual podemos hablar de lo que quieras durante las pruebas —aceptó—. Y recuerda, Drey, puedes sustituir el miedo por un sentimiento mejor e igual de intenso. Sólo deja de temer.

...

El entrenamiento con Carter se daba en un lugar que todos llamaban «La Cancha», un espacio muy grande y dividido en tres áreas especiales para entrenamientos. Cuando me introduje en la primera área de paredes lisas, con estantes y sacos de boxeo cerca de las esquinas y con una gran almohadilla cuadrada reposando sobre el suelo, vi al especialista aguardando por mí. Tal y como en mis pesadillas, la diversión estaba reflejada en su rostro.

El corazón me palpitó con rapidez. Las manos me temblaron, pero traté de que las palabras de Julian sobre el miedo, persistieran en mi mente

—Drey, adelante —le escuché decir.

Mis pasos no eran seguros, pero traté de no demostrar el temor. Debía sustituirlo por algo más intenso. Sí, por las ganas que tenía de ser un soldado; por el sonido de todas las voces en La RAI; por el mundo que queríamos volver a poblar.

Me detuve frente al inicio de la almohadilla como si fuera mi límite, y ahí me mantuve hasta que él decidió acercarse.

—Tuvimos un mal comienzo, lo admito, pero no tiene que haber resentimientos, ¿o sí? —dijo y aguardó por mi respuesta. Me le quedé mirando con toda la desconfianza que me inspiraba. Finalmente, después de un minuto, hablé:

—No, no debe haberlo.

—Bien, muy bien, porque ahora seré tu entrenador. Qué irónico, ¿cierto? Uno puede aprender de quien menos lo espera —comentó. Aquel toque satírico en su voz me hizo pasar de la inquietud al disgusto—. Bueno, no le demos más larga, tienes demasiado por aprender. Primero quiero saber unas cuantas cosas, ¿tienes alguna habilidad? Supongo que tres años en la superficie tuvieron que haberte forjado alguna destreza.

—Nada además de ser inmune.

—¿Has disparado un arma con anterioridad?

Negué con la cabeza. Nunca había disparado. En la superficie no habíamos tenido la necesidad de hacerlo, así que las clases de disparo nunca se llevaron a cabo. Carter se acercó más para rodearme. Se paseó alrededor mientras me estudiaba de arriba hacia abajo.

—Estás muy delgada —terminó por decir sin detenerse—. De ahora en adelante comerás doble ración. Necesitas ganar masa muscular para poder sostener las armas, aunque también podríamos usar tu peso a tu favor. El combate cercano y el combate cuerpo a cuerpo son las técnicas básicas de los soldados de La RAI, pero no te iría del todo bien con ellos pues no creo que puedas si quiera retener a un hombre con esos brazos tan flacos.

No poseía un cuerpo ni un poco parecido al de los soldados. No estaba del todo en forma, me veía como una muchacha desgarrada, pero podía hacer lo necesario para aumentar de peso y recuperar la masa perdida por los tres años de mala alimentación. La comida en el comedor estaba estrictamente preparada para proporcionarle a los soldados los nutrientes necesarios para ser robustos y vigorosos, por lo tanto, si debía engullir doble ración, lo haría.

—Trabajaremos en todas las áreas. Puedo enseñarte lo básico para el combate cercano, sin embargo, no será tu fuerte hasta que ganes fuerza y resistencia —agregó a su detallado análisis sobre mis incapacidades—. No tendrás una habilidad específica, no voy a limitarte, te haré dominar varias y todas vas a usarlas según lo veas necesario. Aprenderás a desarmar, neutralizar, interrogar, disparar y pelear. Yo te imparto los conocimientos, aplicarlos correctamente dependerá de ti. Sígueme.

Nos trasladamos desde la primera área de La Cancha a la segunda, la cual era una sala de tiro. Tenía más de cuatro estantes llenos de armas de todo tipo y una gran variedad de blancos situados al fondo.

Carter se dirigió a uno de los estantes y los examinó buscando algo.

—¿Ya conociste a los demás miembros de la OPE?

—Sólo los vi, no interactué con ellos —confesé.

—Muy mal. Lo primero que un soldado debe hacer es conocer a su equipo y sus capacidades. —Procedió a tomar una pistola del estante. No reconocí el tipo porque no sabía demasiado sobre armas, pero semejaba a las que, anteriormente, los policías más comunes habían utilizado—. E Cain dispara con mucha precisión, lo suyo son las armas cortas. Muy eficaz si de enfrentamiento directo se trata, en casos de urgencia, cuando lo único que quede sea asesinar. —Se acercó a mí y me extendió la pistola. La tomé por la empuñadura y sentí todo el peso de ella. Inmediatamente notó el temblor en mis manos y volvió a coger el arma para regresar al estante con ella—. Sora, la muchacha, se

especializa en explosivos. Sabe cuál podría sacarlos de una mala situación y cual podría empeorarlo todo. Puede desactivarlos perfectamente y colocarlos de forma estratégica. —Con sus dedos señaló un estante que contenía todo tipo de granadas y otras cargas que no reconocí. Posterior a eso, avanzó a otra de las repisas en donde había una larga fila de cuchillos y objetos parecidos a varas eléctricas—. Leiton, el tercero, se desenvuelve en combate cercano. Puede estrangular en cuestión de segundos y ejecutar técnicas que dejarían inconsciente hasta al más peligroso guardia de El Imperio. Y bien, tú, la cuarta... —Hizo una pausa para volver al estante de armas, y antes de abrirlo me observó—: Si te hubieras tomado el tiempo para conocerlos, sabrías que lo único que le falta a este equipo para ser eficiente al cien por ciento en batalla, es un francotirador.

Tomó un rifle y me lo ofreció. Era tan grande que dudé en poder sostenerlo, así que, al percibir mi fluctuación, el especialista me insistió en tomarlo y me señaló la forma correcta de aguantarlo. Una mano sujetando bien el guardamano y la otra sujetando la empuñadura; mis brazos se acoplaron al rifle a la perfección. Me pidió que no me moviera y que no intentara apuntar, que tan sólo me mantuviera quieta. El arma pesaba, pero por alguna razón no tanto como para hacerme temblar los dedos.

—En este caso, una francotiradora.

Me pidió que girara hacia la derecha y entonces me vi reflejada en el cristal del estante. La figura alta y desgarrada había cambiado con tan sólo el porte del rifle, se había potenciado y parecía propia de un soldado, justo como quería verme. Carter se situó a mi lado y se sumó a la imagen.

Por primera vez desde la tortura, no me estremecí al ver su rostro. Había sido mi verdugo y en ese momento pasaba a ser mi maestro. Quizás el miedo no se había evaporado del todo, pero comprendí que ya no podía hacerme daño.

—Los hombres de El Imperio se hacen llamar guardias, pero son mercenarios —explicó—. Si te enfrentas a ellos tienes que saber que no les importará matar, por lo tanto, a ti tampoco deberá importarte. ¿Estás lista para el verdadero entrenamiento?

—Estoy lista.

...

Durante la cena, Nina escuchaba mis charlas sobre Ecaín. A pesar de que ella estaba haciendo anotaciones en su cuaderno de ideas, de vez en cuando me miraba al percibir que mi voz adquiría un tono de emoción.

Estaba exhausta por tantas horas de entrenamiento, y aunque la idea de estar cerca de Carter aún me incomodaba, ya no me afligía tanto. Por el contrario, había decidido obedecerle en cuanto a subir de peso, así que, por pertenecer al equipo de soldados, recibí doble ración de comida y no tuve problema en engullirla.

—La cabaña de Ecaín está cerca de la cabaña de mi mamá. Es muy amable, siempre da los buenos días, abre las puertas y hace todas esas cosas caballerosas. La verdad es que es demasiado bueno como para ser cierto — comentó ella mientras conducía su lápiz sobre la hoja, creando trazados casi perfectos.

—¿Qué? ¿No puedes creer que existan personas así? —inquirí con un toque de diversión después de tragar lo que había estado masticando.

—No es que no lo crea, sólo pensé que no había espacio para la caballerosidad en estos tiempos, pero en eso de que el muchacho es agradable y atractivo, no puedo refutarte. Ecaín está como quiere. —Hizo un último trazo y dio vuelta al cuaderno para que pudiera observarlo—. Bien, querías que te hablara sobre los trajes protectores que tenemos, ¿no?

—Por supuesto —afirmé e hice a un lado la bandeja; estaba satisfecha. Señaló una de las hojas en donde había dibujado un traje tal y como si un maniquí lo portara. Era amplio y parecía pesado, semejante a la vestimenta de un astronauta.

—Lo cierto es que no son muy eficientes. Cualquiera puede pensar que es muy sencillo crear trajes protectores de gas, pero, para comprender lo difícil que en realidad resulta producirlos, se necesita saber más sobre ASFIXIA — comenzó a decir de manera muy elocuente, demostrando su amplio conocimiento sobre el tema—. El gas es muy inteligente y muy capaz de colarse hasta por los espacios más pequeños, por lo tanto, la única opción para subir es separar el gas del oxígeno y purificarlo, pero con las maquinarias que tenemos el proceso es lento, así que aquí se hicieron trajes con tanques de oxígeno incluidos que permiten estar sobre la superficie por seis horas consecutivas. Está muy bien por ahora, pero los trajes de El Imperio permiten al menos nueve horas

porque ellos tienen mayor acceso a materiales y a ingenieros que pueden hacer diseños de alto nivel.

—¿Lo único que los limita es la falta de materiales?

Nina asintió.

—Y de profesionales también. No es imposible crear un traje que permita estar en la superficie por tiempo ilimitado, pero es muy difícil encontrar los materiales y las maquinarias que requiere su producción —aclaró y pasó algunas hojas para mostrar otro traje—. Yo diseñé este, es capaz de purificar el aire por su propia cuenta para que el sujeto pueda tener tanto oxígeno como hay en la tierra, pero para producir uno se necesitaría hacer varias expediciones a antiguas sedes científicas y trabajar con nanotecnología avanzada.

El boceto del traje no sólo lo hacía ver ligero, sino también muy moderno. Se adhería al cuerpo y tenía una máscara conectada a la tela por manguerillas muy delgadas, todo lo contrario al traje que Levi había pretendido usar la noche del *predator* y al anterior dibujo que me había mostrado.

—Tienes que enseñarle este cuaderno a Levi, él sí tomará en cuenta tus ideas.

Ella sonrió con cierta suficiencia, haciendo un gesto bastante gracioso que realzó sus redondeadas mejillas.

—¿Sabes qué? Lo he considerado. Se lo mostraré después de mi prueba en las fosas. Cuando sepa que aprobé para subir de nivel, estaré mucho más tranquila y lista para exponerle cada cosa que hay en estas páginas.

En ese instante vi al comandante entrar al comedor. Casi todos lo saludaron, como de costumbre, y él les devolvió el saludo en forma respetuosa. Se dirigió a donde estaban las bandejas, recibió la comida y fue a sentarse en su mesa con los demás superiores. A su lado derecho siempre estaba Ligre, y al izquierdo estaba Butterfly, que, aunque era muy obvio que le coqueteaba, no era la mujer del maldito brazo, y yo quería saber quién era.

Volví mi atención hacia Nina. Se había dedicado a dibujar y hacer anotaciones. Quise preguntarle acerca de la cabaña, pero tenía que asegurarme de no hacerle sospechar nada.

—Nina —le llamé. Ella, muy concentrada y sin mirarme, respondió con apenas un sonido, así que aproveché para soltar la pregunta—: ¿Recuerdas la cabaña de metal?

—Sí, ¿qué hay con ella? —contestó sin mucho interés.

—Se me ha hecho muy difícil recordar quien vive allí. ¿Podrías decirme?

Dejó el lápiz a un lado e inhaló hondo mientras miraba al vacío.

—A ver... Creo que tampoco lo recuerdo... ¡Ah, claro! Sí, ya sé, ahí vive...

Y entonces le interrumpieron. La voz de Exen llegó hasta nuestros oídos arruinando la confesión de Nina. El soldado parecía ansioso, pero también obstinado, como si algo le molestara demasiado.

—Necesito hablar contigo —dijo.

—Espera a que termine la hora de la cena —le dije y volví toda mi atención hacia Nina, esperando que pudiéramos retomar la conversación, pero Exen se mantuvo ahí.

—No, debe ser ahora —refutó, insistiendo.

—Ya, Exen, lárgate de aquí, hueles a puros engaños —bufó Nina con molestia al ver que no se iba. Exen la ignoró por completo.

—Drey, es necesario que hablemos —pronunció él con detenimiento, intentando hacerme saber que era algo muy importante.

—No iré, así que ya vete, sólo estas estorbando como siempre —rebató Nina, pero para sorpresa de ambas, Exen apoyó sus palmas sobre la mesa y se inclinó hacia ella. Sus rostros quedaron muy cerca.

—No estoy hablando contigo, nunca hablo contigo. ¿Por qué no dejas de meterte en todo y te dedicas a comer ya que se nota que es lo único que sabes hacer bien?

Lo miramos, estupefactas. Los parpados de Nina se abrieron y cerraron repetidamente, mientras que yo buscaba las palabras necesarias para intervenir sin causar una discusión entre ambos.

Me apresuré a levantarme de la silla y tomé a Exen por el brazo para hacer que se enderezara.

—Vamos —le dije, pero antes de irme posé una mano en el hombro de Nina para luego susurrarle—: Yo me encargo.

Lo seguí a la salida del comedor hasta que estuvimos lo suficientemente lejos como para no ser vistos o escuchados. Nos ubicamos detrás de una de las cabañas por donde ya no pasaba ni un alma, y le encaré bajo la tenue luz de las lámparas.

—¿Qué pasa contigo? ¿Por qué le hablas así? —reproché—. Realmente te comportas como idiota algunas veces.

—Nina me da igual. Cada vez que me ve intenta provocarme, y se me hace muy difícil quedarme callado —respondió con indiferencia y cambió rápidamente de tema—. Necesito contarte algo. Hace unas horas escuché una conversación muy importante entre Levi y Ligre.

—¿Qué escuchaste?

Miró hacia ambos lados antes de hablar.

—Bueno, primero hablaban de ti, sobre lo inexperta que eras y de lo mal que fue tu primer día de entrenamiento con Carter. ¿En serio eres tan torpe? —murmuró. Eso me desanimó un poco, pero era cierto.

—Pues sí, pero, ¿qué esperan? Nunca había hecho algo así. No soy la chica que sale de la nada con dotes y cualidades magníficas que puede controlarlo y lograrlo todo.

Exen curvó su boca hacia abajo y asintió con la cabeza.

—Sí, en eso tienes razón. No te convertirás en un buen soldado de la noche a la mañana. En fin, después de que hablaron de ti, Levi le mencionó a Ligre que sospechaba que había un infiltrado de El Imperio entre nosotros.

—¡Te lo dije! —exclamé sin alzar demasiado el tono de voz. Exen dio un paso hacia adelante para acercarse más a mí.

—¡Ajá! Pero eso no es lo más extraño. Lo que me pareció raro fue que se lo estuviera diciendo solamente a Ligre y no a Butterfly y a Carter que también forman parte de su unidad principal —añadió—. ¿Sabes? Creo que hay algo muy raro aquí, algo interesante está pasando. Ellos son una unidad, si van a hablar de cosas importantes lo hacen juntos, no por separado.

—¿Escuchaste algo más?

—Levi dijo que una traición no se pasa por alto, y que quien sea que fuese, lo agarrarían.

—¿Una traición? ¿Por qué habla de traición? ¿Será que cree que el infiltrado es alguien cercano? —murmuré.

—Y ese alguien debe ser el mismo que sabotó las plataformas.

—Pero, ¿será de la Unidad Principal de Especialistas?

Se formó una sonrisa en el rostro de Exen.

—Tenemos que descubrir quién es —propuso—. Debemos hacerlo.

—¿Y qué es lo que tienen que hacer?!

Una voz femenina y chillona nos sobresaltó. Cuando nos dimos vuelta, nos encontramos ante una Didi enfadada, con los brazos cruzados y la ira llameándole en la mirada. Me di cuenta de lo mal que podía verse la escena a través de sus ojos. Exen y yo nos hallábamos completamente solos, casi a oscuras, muy cerca el uno del otro.

—Me habías dicho que esta... chica, sólo era tu amiga, pero veo que es otra de tus millones de mentiras. Debí imaginar que te escondías por aquí con ella, imbécil —bramó la rubia, paseando su mirada despectiva sobre ambos.

—¿No puedes quedarte quieta en un solo sitio? —le preguntó con cierto fastidio—. ¿Tienes que seguirme a todos los jodidos lados?! ¿Eres mi cola o qué?

—¡Eres mi novio, por lo tanto, tengo derecho a saber todo lo que haces y con quién lo haces!

—¡Te he dicho que no, que no debes saber todo lo que hago! ¡Maldita sea! ¡Me tienes la vida hecha mierda! ¿No lo entiendes? —soltó él.

No supe si irme despacio o quedarme ahí escuchando la discusión.

—¡Y tú me volverás loca con tus infidelidades! ¡Siempre lo haces! ¿Por qué tienes que engañarme de esa manera?

Casi gritaban, así que supuse que pronto alguien más escucharía el escándalo.

—¡Que no te estoy siendo infiel! ¿Podrías dejar el drama aunque sea por un momento?

—¿Entonces qué haces aquí, escondido, murmurando, y con ella? —alegó y por último me señaló.

—¡Estamos hablando! ¡Hablando! ¿Sabes lo que es hablar? No, no lo sabes, porque sólo sabes gritar y discutir —vociferó Exen, haciendo gestos exagerados—. ¡Estás loca y desquiciada!

Didi resopló tan fuerte que pudimos escucharla. Apretó con fuerza sus manos y formó puños tensos. Estaba muy enojada y aunque por la poca luz que había no podía detallar bien sus ojos, estaba segura de que se le habían humedecido. La forma en la que ambos se trataban era detestable y muy injusta tanto para ella como para él, pero yo era la que menos podía opinar o intervenir, así que no pronuncié palabra.

—¿Sabes qué, Exen? ¡Te detesto! Me aseguraré de que todos sepan lo mentiroso que eres, me aseguraré de que te arrepientas de haberme engañado —pronunció ella, con detenimiento, haciendo énfasis en cada palabra.

Exen puso los ojos en blanco y torció el gesto. La amenaza no le asustó, pero a mí me sonó muy convincente.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a decirles a todos que soy un infiel porque no ando pegado a ti a toda hora? ¿Vas a decirles que soy malo porque no hago lo que tú quieres? Si vas a hacerlo, entonces asegúrate de añadir que tú tampoco eres una santa.

—Ya verás, Exen Palafox —murmuró Didi con una nota de resentimiento en su voz.

Y se fue. El soldado suspiró con cansancio, también estaba molesto, pero la rubia lo estaba más. Aunque las amenazas de su novia no le hacían temer ni un poco, a mí me parecían bastante reales. No había nada peor que una mujer dolida, y si Didi era tan manipuladora como parecía, lo que deparaba para Exen y su relación no podía ser nada bueno.

—Habla mañana, ¿de acuerdo? —me dijo.

Asentí haciéndole entender que lo comprendía completamente. Sin perder tiempo se apresuró a marcharse, pero mientras se alejaba pude escuchar:

—¡Didi! ¡Didi! ¡Joder, ven aquí ahora mismo!

Eran una pareja muy extraña, pero no me concernía su relación, así que me dediqué a pensar en el tema del infiltrado. Eso ya lo había escuchado de Levi en la habitación médica, pero no le había dado toda la importancia que merecía. El hecho de que él se lo dijera exclusivamente a Ligre podía dar a entender que no confiaba demasiado en los otros dos miembros de la unidad, por lo tanto, valía la pena preguntarse: ¿por qué? Que hubiera un infiltrado era peligroso, eso podía deducirlo cualquiera, pero, ¿quién podría ser?, ¿de quién se podía sospechar?

Repentinamente, sentí una punzada en la cabeza. Me llevé la mano a la frente y emití un quejido; era un ligero dolor, uno incómodo. Fruncí el ceño y luego volví a sentir otra punzada, como si algo hiciera presión en mi cerebro. Inhalé hondo y cerré los ojos con fuerza, esperando que pasara. Después de unos segundos, el dolor cesó por completo, pero la inquietud se mantuvo palpitante en mis pensamientos.

—La anestesia hará efecto de inmediato, no te preocupes —dijo el doctor Julian.

Estaba sentada sobre una camilla. Me habían colocado anestesia para poder realizar una biopsia y también me habían explicado que estaría despierta en todo momento, pero que no sentiría dolor alguno.

—¿Cree que mis pulmones puedan revelar algo? —inquirí. En la sala de operaciones sólo estábamos el doctor, una enfermera muy joven y yo.

—No estoy seguro, pero espero que los análisis del tejido nos proporcionen información importante —respondió él—. Por favor, recuéstate boca abajo, pero antes es necesario que tengas el torso desnudo. ¿Estás de acuerdo?

—No hay problema.

Sin vestir nada me veía mucho más delgada, pero no siempre había sido así. Antes, cuando las personas aún poblaban la tierra y mi madre me alimentaba y podíamos consumir todo tipo de nutrientes, había tenido más peso, piernas más llenas, brazos más llenos y mejillas más llenas, y cuando lo recordaba terminaba extrañando aquellos días. No había parecido tan frágil ni tan menuda, y pretendía volver a esa contextura.

Me coloqué boca abajo en la camilla, ya con el torso desnudo. Un segundo después, la enfermera acudió a mí, puso una almohada bajo mi estómago y entonces me incliné hacia un lado, recostándome con los brazos extendidos por encima de la cabeza. En esa posición mi pecho estaba totalmente al descubierto. No me sentía del todo cómoda, pero debía soportarlo porque no duraría demasiado.

Julian se aproximó con un carrito de implementos médicos y después de dejarlo cerca, fue a lavarse las manos. Me fijé en que detrás de mí había un aparato con una pantalla que supuse que él usaría.

—Mantendrás el brazo alzado hasta que te lo indique —dijo después de regresar y de que la enfermera le colocara sus respectivos accesorios médicos.

—Esto es incómodo —confesé.

—Tranquila, no tardaré. Sólo relájate.

No sentí nada, pero supe que él estaba haciendo su trabajo.

Los minutos pasaron y sólo me dediqué a esperar o a mirar hacia el vacío. Perdería ese día de entrenamiento, pero lo veía necesario. Nadie más que yo deseaba con tantas ganas conocer el origen de la inmunidad, y estaba dispuesta a someterme a todos los procesos que se requirieran para poder descubrirlo.

La puerta del quirófano se abrió y el comandante se introdujo en el lugar. La vergüenza que sentí por tener el pecho desnudo ante él, me obligó a sonrojarme. Me observó por un instante, entrecerrando ligeramente los ojos, pero luego posó toda su atención en lo que Julian estaba haciendo.

—Lo lamento, estaba en una reunión importante con Ligre —habló. Llevaba una bata y un tapabocas como los del doctor—. ¿Va todo bien?

—Este es un procedimiento sencillo, ya te lo dije, pero por hoy no podrá entrenar. Para mañana no habrá inconveniente con que lo haga, ya que internamente sanará muy rápido —le informó Julian.

Levi fijó su atención en mí.

—¿Cómo te sientes, Drey? —me preguntó.

Tragué saliva. ¿Que cómo me sentía? Expuesta, apenada, con unas inmensas ganas de salir corriendo de allí. Busqué la mirada de Julian, por si acaso entendía que quería cubrirme, pero estaba sumido en su trabajo y no se percataba de nada más. Observé también a la enfermera en busca de ayuda, pero ella también estaba ensimismada en lo que el doctor hacía. El comandante lucía tranquilo, muy cómodo con mi desnudez al descubierto.

—Bien —me limité a responder.

—Todo acá luce normal; voy a extraer lo que necesito —comentó Julian. Ambos miraron por encima de mí, quizás hacia la pantalla.

—¿Los exámenes de sangre dieron algún resultado importante? —inquirió Levi.

—La hematología completa nos dice que Drey está en perfecto estado, aunque con un poco de anemia por la mala alimentación, pero no mostró nada fuera de lo normal. Hay que hacer exámenes más profundos para buscar alguna variación, alguna diferencia en ella que nos de pistas sobre qué la hace tan resistente al gas.

El comandante asintió con la cabeza, como aprobándolo todo.

—Haz los exámenes que creas pertinentes.

Pasados unos minutos, nuestras miradas se encontraron. Estaba segura de que mis mejillas lucían rojas como un tomate y que parecía un cachorro asustado. No deseaba ser observada en ese estado y mucho menos por él. Me pregunté entonces por qué Julian lo había dejado entrar, por qué le había permitido verme tan vulnerable, y quise reprocharle por eso.

—Julian me dijo que has tenido pesadillas —comentó. Alcé las cejas con sorpresa.

—¿No se supone que eso es secreto entre psicólogo y paciente? —pregunté. El doctor Julian rio entre dientes y dijo:

—No hay secretos para el comandante, Drey.

—¿Mi desnudez no podía ser un secreto? —bufé.

—Tú no te preocupes, Levi es tan profesional como. Si no lo supiera, no estaría aquí —expresó Julian—. Hay cosas que no sabes de él, como que estuvo estudiando enfermería por dos años mientras estaba en el ejército.

—Ah, qué polifacético —refuté, girando los ojos.

Aunque hubiese estudiado para ser astronauta, no le daba el derecho de hacerme sentir expuesta.

—No tienes nada que no haya visto ya —intervino Levi—. Ahora dime, ¿todas tus pesadillas son con Carter o hay algo más en ellas?

Lo pensé por un instante. El sonido de la caja de música, el tintineo y además los números...

—Números. Hay unos números, a veces en una canción y otras veces sólo escucho que alguien los pronuncia, una voz irreconocible, como si no tuviera género.

Ambos hombres fruncieron el ceño. Lo de los números era intrigante, pero no les había dado importancia. Realmente, no le estaba dando importancia a lo que se debía.

—¿Números? ¿Puedes decírmelos?

—Eh sí, creo que era: cero, uno, uno, dos, tres, cinco... —pronuncié, pero por más que traté de recordarlos completamente, no pude—. Lo siento, no recuerdo qué sigue.

—¿Será cero, uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece? —soltó Julian.

—Sí, así es.

El doctor continuó mirando lo que hacía, pero había duda en su rostro. Levi, en cambio, lo observó esperando una aclaración que yo también quise escuchar.

—Esos números pertenecen a la sucesión de Fibonacci. Es una sucesión infinita en donde cada término es la suma de los dos términos anteriores. Se define por la relación de recurrencia; uno más uno es dos, dos más uno es tres, tres más dos son cinco, cinco más tres son ocho y así sucesivamente. Es infinita, pero... no le encuentro una explicación a por qué está en tus sueños —explicó Julian.

—¿No tienes ni una pequeña idea de lo que pueda significar? —le preguntó el comandante. El doctor extendió la mano hacia la enfermera quien le proporcionó algo que no pude observar bien.

—Tengo una idea, pero no del todo clara. Se me ocurre que puede ser la manifestación de algún recuerdo que la terapia electroconvulsiva bloqueó. Si es así, entonces es algo muy bueno, así que, el hecho de que sueñe con una sucesión de números es algo que no se puede pasar por alto —dijo y luego suspiró—. Tú sabes que nunca he estado de acuerdo con esto, pero creo que debes llevar a Drey a ver a Pantera.

—¿Crees que sea buena idea?

Julian se giró para encararlo, dejando a un lado el procedimiento de la biopsia, aunque en realidad no supe si había terminado.

—Confías en las capacidades de Pantera, ¿cierto? —le dijo—. Entonces es momento de permitir que ella entre en la mente de alguien más.

El comandante me echó una última mirada, pero esa vez fue más completa. Desde mi torso desnudo hasta mi rostro sonrojado; vi como sus ojos recorrieron mi piel. No pude decir nada, ni siquiera quise hacerlo.

Después salió de la habitación sin decir algo, y en mi mente sólo había una duda: ¿quién era Pantera?

...

Después de que Julian realizara la biopsia con éxito, me indicó que debía ir a la cabaña a descansar por el resto del día, porque a pesar de que no se trataba de un gran procedimiento quirúrgico, tenía una abertura suturada que sanaría en tan sólo veinticuatro horas.

Me había quedado pensando en lo que se habló dentro del quirófano, aquello sobre una tal Pantera y sobre que Levi debía dejar que ella entrara en otra mente. Había sido una conversación muy extraña, pero, ¿qué no era extraño en aquel lugar?

Cuando llegué a la cabaña, me encontré a Ecaín parado frente a la puerta. Llevaba el habitual uniforme de camisa verde y unas botas negras muy parecidas a las que usaba Ligre. Bajo la luz especial de las lámparas, su cabello lucía más brillante y él parecía más encantador. Al verme esbozó una gran sonrisa y todo su semblante cambió.

—Espero no molestar, quería hablar contigo un rato —dijo cuándo me acerqué.

—No molestas, vamos, pasa.

Abrí la puerta y ambos entramos a la cabaña. Nina no estaba ahí porque sus clases duraban casi todo el día, así que me fui con cuidado a la cama para poder recostarme. El efecto de la anestesia estaba pasando, así que comenzaba a sentir una ligera molestia en la espalda y no tenía ganas de quedarme por mucho tiempo de pie.

—¿Te incomoda si me recuesto? Es que acaban de hacerme unos análisis —le dije mientras me posicionaba sobre el colchón.

—Para nada, ponte cómoda, es tu cabaña. —Se sentó al final de la cama, muy cerca de mis pies—. ¿Te están haciendo muchos exámenes? ¿Te sientes bien con ello?

—No tantos, pero di mi consentimiento. Todos queremos saber qué es lo que me hace tan diferente —confesé. Él se quedó en silencio por un momento, como si dudara en hablar.

—Bueno, vine porque quería preguntarte algunas cosas, nada fuera de lugar. No sé, siento mucha curiosidad sobre ti, pareces ser muy especial.

—Bien, ¿qué quieres saber?

Ecaín separó las piernas, entrelazó los dedos y miró hacia arriba.

—A ver... —murmuró, pensativo—. ¿Qué se siente respirar el gas? Digo, ¿huele a algo?

—No, no huele a nada. Ni siquiera sabía que había gas en el aire, no puede diferenciarse del oxígeno.

Me entretenía hablar con él, tal y como lo habíamos hecho en el comedor después de la reunión con la unidad.

—¿Y cómo es estar sola allá arriba?

La pregunta me hizo recordar aquellos años, mi poco entendimiento sobre lo que había sucedido, mi confusión y mi forma de reaccionar ante la soledad. Tantas noches de insomnio, tantas preguntas, tantas caminatas por las calles pobladas de cadáveres, tanta tristeza me había dejado en un muy mal estado. Desde que llegué a La RAI, nadie se había atrevido a hacerme esa pregunta, y ahora que Ecaín me la formulaba ni siquiera sabía cómo responderle o cómo resumir todo lo que había sentido.

—Es terrible —fue lo que pude decir. Se me formó un nudo en la garganta. Ecaín puso cara de vergüenza.

—Lo lamento, no quería dar en un punto sensible —se excusó—. ¿Te sientes bien aquí en La RAI? Todo esto debe ser muy nuevo para ti.

Tomé un poco de aire y me obligué a formar una sonrisa que no se parecía ni un poco a las maravillosas y tranquilizadoras que él me obsequiaba.

—Me siento bien aquí.

Él asintió.

—Bien, tú... ¿Necesitas algo? Puedo traerte la comida, ¿quieres? Tenía muchas preguntas, pero como que se me esfumaron de la mente.

—Eres demasiado amable, Ecaín, más de lo normal —le dije. Se rascó la nuca.

—¿Eso es bueno o malo? —inquirió con algo de preocupación.

—Es bueno, aunque no sé si eres amable conmigo porque puedo soportar el gas o porque te agrado.

Lo dije en broma, pero él pareció no darse cuenta.

—Siempre soy así —alegó y me miró con timidez, algo que me tomó por sorpresa—. Pero sí, me agradas y también me pareces muy bonita.

Era la primera vez en toda mi vida que alguien —a excepción de mi madre— me halagaba de esa manera. No supe qué decir.

—Supongo que debo agradecer —murmuré y torcí el gesto. Ecaín frunció el ceño.

—¿No te gustan los cumplidos?

El ambiente se tornó un poco incómodo.

—Nunca me habían hecho uno y, de todos modos, nunca estuve tan de acuerdo con los halagos innecesarios a la apariencia física.

—Pues vaya, eso es un gran pensamiento —soltó alzando las cejas—. ¿Puedo al menos pensar en secreto que eres bonita?

—Eso no puedo impedírtelo —dije, riendo.

Él también rio, con dulzura, con un poco de timidez y con un brillo maravilloso en los ojos. Ecaín era muy diferente a las personas que conocía. Era notablemente diferente a Exen, a Ligre, a Carter, a Julian y sobre todo a Levi, porque sentía que cuando me observaba veía a Drey, a una chica, y no a la persona capaz de respirar el gas, lo cual la hacía valiosa. Con Ecaín el ambiente era distinto, más tranquilo y muy sereno, casi reconfortante. No había preocupación ni temor alguno, sólo existía la satisfacción de una conversación agradable y de una compañía entretenida.

—Entonces, ¿querrás que te traiga la comida? Puedo cenar aquí contigo —preguntó nuevamente.

—No, no te preocupes, puedo caminar. Aunque no suena nada mal —bromeé, pero entonces sentí la necesidad de esclarecer la duda que tanto me estaba inquietando—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Quién es Pantera? —inquirí—. No la conozco, pero lo que he oído de ella hasta ahora me causa mucha curiosidad.

Ecaín relajó el rostro. Quizás se esperaba una pregunta diferente.

—Pantera es la quinta miembro de la Unidad Principal de Especialistas —contestó bajando un poco el tono de voz—. Diría yo que la más interesante de esa unidad, pero también la más peligrosa.

—¿Peligrosa? ¿Por qué?

Miró hacia un punto fijo del vacío y vaciló en responder, lo supe por el silencio que mantuvo durante un minuto y por la expresión de incomodidad que se le dibujó en el rostro.

—Toda unidad, grupo, movimiento y hasta ejército, tiene un arma secreta. Pantera es tan importante para La RAI como tú. Es un arma de doble filo —explicó. No parecía muy cómodo hablando de ello—. Es una mujer... diferente.

—Eso no responde completamente a mi pregunta. ¿Por qué es peligrosa?

Ecain exhaló. Era notable que no quería hablar de eso, pero deseaba saber qué había tras aquella persona. Si preguntárselo a Nina no funcionaba, con Ecain debía obtener al menos alguna aclaración.

—Todos pensamos que lo es, pero deberías esperar a verla tú misma. En algún momento tendrás que conocerla, todos en algún momento la conocemos.

—No entiendo por qué tanto misterio —murmuré—. ¿Cómo que es diferente?

—Mira, Drey, lo que pasa es que a mí no me gusta hablar mucho de ella o mencionarla. Si le preguntas a cualquier soldado sobre Pantera, te dirá que es mal augurio. Cosas tontas, sí, pero cuando la conozcas probablemente pienses lo mismo.

—¿Un mal augurio mencionar a alguien? Eso parece de leyenda urbana —objeté, cruzándome de brazos.

—No tanto así, es sólo que no les gusta el tema. Creo que a nadie le gusta. Todo lo relacionado a ella es muy raro. ¿Por qué crees que nunca la has visto desde que estás aquí? No se mezcla con la gente.

Quise levantarme para quedar sentada sobre la cama, pero sentí un dolor punzante en la espalda y solté un quejido. Ecain acudió de inmediato y al acercarse demasiado percibí su aroma. Oía a jabón, a frescura. Se inclinó, colocó una mano en mi espalda y con la otra tomó mi mano.

—No te esfuerces —me susurró. Me sentí extrañamente nerviosa.

—Ya, sólo quería acomodarme.

Su rostro se mantuvo cerca y su expresión denotó preocupación. Era atractivo, al menos para mí, así que deseé que el momento se ralentizara y no terminara.

—¿Segura? ¿Te duele algo? ¿Quieres agua? ¿Necesitas acompañante? —preguntó con rapidez, intentando no disimular la diversión.

—Basta...

Me agradaba, aunque no sabía mucho de él, pero me gustaba tenerlo cerca. Probablemente era porque mis hormonas nunca afloraron o porque mis necesidades adolescentes estaban reprimidas, pero sentí que Ecain causaba

algo en mí, una chispa, un cosquilleo, algo que nunca había experimentado. Encogí las piernas y le permití sentarse frente a mí. Estábamos cara a cara, y como cada vez que lo tenía cerca, me encontré en calma.

—¿Sabes? Me ha ido muy mal en los entrenamientos —le comenté—. Carter dice que tengo brazos muy delgados, y pues no quiero que piense que no puedo ser capaz de convertirme en buen soldado. ¿Podrías ayudarme a entrenar más duro? Podrías aconsejarme, no lo sé. Eres casi un experto.

—Claro que sí —aceptó con ánimo—. Podemos hacer fuertes esos brazos de pollo.

—¡Los pollos no tienen brazos!

A ambos nos causó gracia. Se me relajó el cuerpo al reír. Podía incluir a Ecaín en mi círculo de posibles amigos, pero si era sincera, muy en el fondo, algo me dictó que podía incluirlo en el círculo de posibles más que amigos. Un círculo que acababa de trazar.

—¿A qué hora quieres empezar? —inquirió después de que se prolongó mi silencio.

—Bueno, puedo una hora en la mañana, entre el almuerzo, y una hora en la tarde, tú escoge.

De repente se puso serio, como si acabara de ver algo que le disgustó.

—Esos moretones que tienes en la cara, ¿cómo te los hiciste?

Él ignoraba por completo lo que Carter me había hecho, porque entre la información que Levi les dio, de seguro no añadió ese pequeño detalle. Me llevé los dedos a la comisura de la boca, ahí en donde sabía que tenía un golpe que ya estaba sanando. Deseé en ese momento que las heridas externas pudieran curarse tan rápido como las internas.

—Me los hice cuando caí en la fosa, cuando llegué aquí —mentí.

Se movió un poco hacia adelante y con su mano acarició uno de los moretones.

—Les falta poco para sanar.

Pudimos quedarnos así por un buen rato, sólo mirándonos. Pude haberle pedido que dejara su mano sobre mi mejilla o también pudimos habernos conocido mucho más de no ser porque la puerta se abrió y el sonido producido por unos pasos, llenó el recinto.

Giramos la cabeza al mismo tiempo y nos encontramos ante la imponente presencia de Levi. Ecaïn bajó la mano rompiendo el contacto y entonces sentí un gran disgusto hacia el comandante por haber arruinado el momento.

—Ecaïn —dijo. Completamente circunspecto, nos evaluó como si nos hubiese encontrado haciendo algo malo—. Pensé que a esta hora entrenabas con la unidad.

—Sí, pero me tomé un momento para visitar a Drey. Me enteré de que le estaban haciendo algunos procedimientos y quise saber cómo estaba.

—¿Y ya te aseguraste de que está en perfecto estado? ¿Viste que está entera? —soltó Levi. Quise interrumpirle y pedirle que se marchara, pero no pude hacerlo delante de Ecaïn.

—Sí, señor.

—Entonces puedes volver a tu entrenamiento —le ordenó.

El soldado se levantó de la cama y me dedicó la mejor sonrisa que tenía. No quería que se fuera, pero el comandante había hablado y él, como inferior, no podía refutarle o negarse a cumplir con lo ordenado.

—Te veo mañana —me dijo.

Mientras salía de la cabaña, le seguí con la mirada. Así de frustrante se sentía cuando algo que te gustaba, acababa. Levi se acercó, pero yo seguí observando el lugar por el que Ecaïn se había ido. El instante estropeado me dejó una sensación de vacío.

—¿Les arruiné el momento? —dijo de repente. Me concentré en él, recordando que seguía ahí.

—Mentiría si le digo que no —contesté con un muy disimulado toque de molestia.

—Mejoras en sinceridad y comunicación, pero no en los entrenamientos. ¿Cómo funcionas, Drey? —comentó con cierta diversión, una que no compartimos.

—Bueno, lamento decepcionarle. Ahora, ¿qué necesitaba?

—No tienes que enojarte, verás a Ecaïn todos los días. Vine porque necesito que me acompañes.

—¿Y a dónde? —pregunté. Él tomó asiento en la cama, pero mantuvo la distancia.

—¿Recuerdas algo de tu infancia que tenga que ver con el proyecto INMUNOEficiencia? —inquirió. El cambio de tema me desconcertó.

—No, todos los recuerdos que tengo son normales —confesé. Levi asintió como si lo supiera.

—Bueno, eso es un telón —dijo. No comprendí el término—. Tus recuerdos normales y felices cubren los recuerdos del proyecto, de los experimentos, de todo aquello que no serás capaz de saber a menos de que el telón se abra —explicó.

—¿Un telón? ¿Y usted como sabe eso?

—Eso es lo de menos. Lo importante es que tenemos que abrirlo. Tenemos que ver lo que está oculto en tu mente —expuso con insistencia—. Drey, para que sepamos por qué eres inmune, vas a tener que recordar.

—Y ¿cómo lo haré?

—Vas a acompañarme. Te llevaré a conocer a alguien que te ayudará. Ella abrirá tu telón.

Levi y yo salimos de la cabaña cuando todos se dirigían al comedor para la cena. La anestesia había pasado y sentía un incómodo dolor en las costillas, pero no era nada que me impidiera caminar.

Supuse que me llevaría a ver a Pantera, tal y como se lo había dicho Julian, así que estaba ansiosa por saber quién era ella y por qué había tanto misterio relacionado a su persona.

Esa incertidumbre que experimentaba se transformó en confusión cuando me di cuenta de que íbamos hacia la cabaña de metal. Quise preguntar algo, pero ni mi boca ni mi mente me lo permitieron.

Las ansias aumentaron.

Nos detuvimos frente a la puerta. El comandante le dio unos toques. Pasados unos segundos, nadie abrió, así que él se encargó de hacerme pasar.

La piel se me erizó al atravesar la entrada. Las paredes eran enteramente de color plateado; había un pequeño y gastado refrigerador contra una de ellas y algunos sofás se hallaban dispuestos en el centro. No había ninguna cama ni nada relacionado a los muebles básicos de una habitación.

Era una cabaña muy vacía y deprimente.

En una esquina, frente a un gran espejo ovalado, sentada sobre un pequeño banco de madera perteneciente a un viejo peinador, estaba una mujer de tez nívea que peinaba con delicadeza su largo y lacio cabello negro azabache. Solamente movía sus brazos con cierta gracia, aun cuando los mismos parecían débiles.

Reconocí los pálidos nudillos y las largas uñas, por supuesto, porque era la mujer con la que Levi había estado aquella madrugada.

—Pantera, ella es Drey —habló el comandante.

A ella le pertenecía el maldito brazo, y sentí cierta molestia al estar ahí.

La mujer dejó a un lado el cepillo y se levantó del asiento para dar la cara. Un iris casi transparente, brilló. En sus sienes se exponían dos cicatrices redondeadas y abultadas, además, su rostro exhibía una belleza indiscutible. Entendí entonces por qué el comandante mantenía una relación con ella, era hermosa.

La misteriosa dama se aproximó con un sugerente contoneo. Sobre su escuálido cuello reposaba un bonito collar plateado que casi parecía de metal, como todo a su alrededor.

—Conozco a Drey —dijo—. Sentí su llegada.

Su voz era suave, penetrante, instigadora y también reconocible para mí. Era la misma que había escuchado en los laboratorios, la de aquella mujer que nunca pude ver. De inmediato, el recuerdo de las palabras de Carter llegó a mi mente:

«¿Que no ves que quería infiltrarse? De no ser por Pantera, jamás lo hubiésemos sabido. Pero qué suerte que es muy tonta la rata esta, quiso entrar por una de las fosas abandonadas. Ni siquiera merece vivir...».

Pantera. Ella les había informado sobre mi caída en la fosa, pero, ¿cómo? Sólo habría podido saber en dónde me encontraba si me hubiese visto caer, pero nadie lo había presenciado, había estado sola. Entonces ella... había sentido mi llegada. Otro recuerdo se hizo presente. En la fosa, cuando casi me daba por vencida, sentí fuertes punzadas en la cabeza. Eso había sido como... había sido...

—¿Cómo si alguien penetrara en tu mente? —inquirió Pantera.

—Tú... Tú causaste las punzadas en mi cabeza. Tú haces que me sucedan.

Las comisuras de sus gruesos labios se elevaron paulatinamente y una sonrisa maliciosa se dibujó en su lozano rostro.

—Las punzadas que sientes se producen porque tu mente colisiona con la mía —aclaró mientras se acercaba a Levi—. Así sucedió cuando caíste en la fosa, sentí tu miedo, tu dolor, y te encontré.

—Entonces sabías que no era una infiltrada —murmuré, intentando comprenderlo. Miré al comandante tratando de encontrar alguna respuesta, pero él se mantuvo en silencio.

Pantera pasó una mano por su hombro, casi como una caricia. Él no se inmutó

—Puedes irte —le dijo ella después de extender el roce hasta su barbilla. Parecía ser muy afectiva, pero, ¿sería así sólo con él?

No quise que nos dejara a solas. Traté de transmitirle mi inquietud con la mirada, pero él asintió, obedeció y se encaminó hacia la puerta para desaparecer. Fui incapaz de emitir alguna palabra que le hiciera quedarse. Ante Pantera me sentí diminuta, casi indefensa, pues su intimidante presencia hizo que el ambiente se tornara pesado y turbio.

—No tengas miedo, al menos no de mí —me dijo—. Se quedará afuera. Se preocupa demasiado como para irse.

Me pregunté por qué estar cerca de ella producía una sensación de intranquilidad agobiante. Era como si dentro de la cabaña fuese un mundo distinto, uno más sombrío y triste.

Miré hacia todos lados estudiando el entorno. No había más que una simple ventana y al no hallar otra, el aire comenzó a faltarme. En la pared que estaba a mi izquierda, pude visualizar algo que me llamó mucho la atención. Cuatro recortes de periódico estaban adheridos en forma de collage, reflejando algunas noticias que no podía leer desde mi posición.

Pantera se dirigió hacia el gran sofá que había en medio del recinto —muy cerca de una puerta que podía conducir a alguna parte— se sentó en él y me indicó que tomara asiento a su lado.

—¿Qué es lo que quieres recordar? —me preguntó.

Desde mi sitio podía detallarla mejor, pero traté de no concentrarme en las cicatrices de sus sienes.

—Levi quiere que... —comencé a decir, pero antes de continuar, ella me interrumpió.

—No me interesa lo que Levi quiera. Pregunté qué es lo que quieres tú, así que dime, ¿qué es lo que deseas recordar?

Me hice la misma pregunta. ¿Qué era lo que yo quería? Necesitaba recordar el momento en que habían experimentado conmigo, pero más que eso, deseaba saber si mis padres lo habían consentido, si todo había sido planeado. Quería saber a qué edad, en qué momento y en dónde había tenido lugar la intervención.

—No lo sabes con exactitud, ¿cierto? —comentó, rompiendo el silencio. Se le veía muy serena, completamente cómoda.

—Sí, es sólo que... —Reí con cierto nerviosismo—. No comprendo cómo vas a ayudarme. No lo entiendo.

Ella dejó caer lánguidamente sus parpados, tomó aire, sonrió como si estuviese disfrutando el momento y entonces, en un tono hermético, dijo:

—En esta vida existe una gran conexión entre una mente y otra. Hay quienes lo llaman «almas gemelas», pero no es más que el cerebro humano atrayendo como un imán a su semejante. No se trata de parejas, ni de amor. Es una conexión únicamente mental, y no han existido nunca más de dos mentes relacionadas entre sí... hasta ahora. Es posible desprenderlas, eliminar el lazo que las une, pero, aunque lo intente, la conexión entre tu mente y la mía no se rompe. Estamos vinculadas.

Cerró con más fuerza los ojos y experimenté una intensa corriente en la cabeza. Tuve que soltar un quejido por el dolor, pero la incómoda sensación desapareció después de unos segundos cuando ella relajó el rostro y desplegó los parpados.

—¿Cómo haces eso? —no pude evitar preguntar, asombrada.

—¿Tú cómo respiras el gas?

—Por un experimento llamado INMUNOEficiencia —le respondí. Su sonrisa volvió a ensancharse, como si acabara de oír algo entretenido.

—Estamos cortadas por la misma tijera. No tienes ni idea de quién eres, pero lo podemos descubrir.

Pantera se levantó del sofá y se acercó a la pared en donde estaban adheridos los recortes de periódico. Me coloqué de pie y le seguí. Cuando estuve lo suficientemente cerca como para leer los encabezados, fueron una revelación.